

ALPARDI (Luchino).—Fragmento de construcción árabe, existente en la Casa, sur. PASTILLO.



AGOSTO.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.	LUNA.	
Salida.	Se pone.			Salida.	Se pone.
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.
5.00	7.00	1 Juev. San Pedro Advincula, san Félix, mr., y san Vito, ob.	1808.—Continuacion del sitio y bombardeo de Zaragoza.	8.00 ^m	8.38 ^m
5.06	7.05	2 Vier. Ntra. Sra. de los Angeles, y san Pedro, ob.	1797.—Muere en Madrid el pintor Carlos José Filippi.	9.11	9.07
5.07	7.04	3 Sab. La Invenzion de san Esteban, proto-mártir, santos Krontonio, ob., Asprei, ob. y cf., y Nicodemo.	1896.—Felipe II pensiona con cinco escudos mensuales durante su vida á la heroica Maria Pita.	10.23	9.37
5.08	7.03	4 Dom. Sto. Domingudo Guzman, fund. y mr., y san Eleuterio.	1808.—Los franceses intiman la rendicion á Zaragoza.	11.34	10.10
5.09	7.02	5 Lun. Ntra. Sra. de las Nieves, san Emigdio, ob. y sta. Afra.	1762.—Sentencia del Parlamento de Paris contra los jesuitas.	12.46	10.48
		☽ Cuarto creciente, á las 12 h. y 54 m. del día.			
5.10	7.01	6 Márt. La Transfiguracion del Señor, y stos. Justo y Pastor.	1825.—Independencia de Bolivia.	1.56 ^a	11.22
5.10	7.00	7 Miér. San Cayetano, fr., y san Alberto de Sicilia, cf.	1758.—Entierro del escultor Valenciano Francisco Vergara.	3.09 ^a	12.24
5.11	6.59	8 Juev. Stos. Cirilco y comps. mrs., san Emiliano, ob. y cf., y stos. Hormisdas, Largo y Bismaragudo, mrs.	1740.—Fundacion por los españoles de la ciudad de San Felipe, una de las mas bellas de Chile.	4.03	» »
5.12	6.58	9 Vier. San Roman, mr., y san Domerciano, cf.	1767.—El virey Assat expulsa del Perú á los jesuitas.	4.54	1.22 ^m
5.13	6.57	10 Sáb. San Lorenzo, mr., y sta. Asteria, vg. y mr.	997 ^a —El califa Almanzor se apodera de Compostela.	6.37	2.24
5.14	6.56	11 Dom. San Tiborcio, mr., y stas. Ploncena y Susana, vgs.	1806.—Rindese á los españoles el general Beresford en B. Aires.	6.13	3.28 ^a
5.15	6.55	12 Lun. Sta. Clara, vg. y fra., y stos. Rusebio y Horculano, cfs.— (Eclipse parcial de LUNA, visible en España.)	1828.—El heroico Hernán Cortés dispone el asalto de la ciudad de Méjico, de la cual se apodera el día siguiente.	6.43	4.32
		☾ Luna llena, á las 11 h. y 51 m. de la noche.			
5.15	6.54	13 Márt. Stos. Hipólito y Casiano, mrs., y sta. Anrora, vg.	1807.—Instalacion de la Chancilleria española, en Concepcion.	7.09	5.33
5.16	6.52	14 Miér. San Eusebio, cf.—(Fuglia y absencia.)	1863.—Instalacion de la Real Audiencia de la Coruña.	7.33	6.32
5.17	6.51	15 Juev. † LA ASCENSION DE NUESTRA SEÑORA, y san Pe- layo.	1812.—Rindese el ejército del general frances Lafont al Duque de Wellington, en Madrid.	7.56 ^a	7.30
5.18	6.50	16 Vier. Stos. Roque y Jacinto, cfs., y san Tito, diácono.	1773.—Extincion de la Compañia de Jesus por Clemente XIV.	8.19	8.26
5.18	6.49	17 Sáb. Stos. Pablo y Juliana, herms., mrs., y san Anastasio.	1850.—Muere en Francia el ilustre general argentino S. Martín.	8.42	9.23
5.19	6.48	18 Dom. San Joaquín, padre de Ntra. Sra., y sta. Elena.	1791.—Fallecimiento del grabador en linco Alonso Cruzado.	9.09	10.20
5.20	6.46	19 Lun. San Luis, ob. y cf.	1618.—Inauguracion de la nueva Casa Consistorial en Madrid.	9.39	11.19
5.21	6.45	20 Márt. San Bernardo, ob., san Samuel, prof., y san Severo.	1799.—Regresa de Egipto á Francia el general Bonaparte.	10.14	12.20
5.22	6.44	21 Miér. Stas. Juana Francisca Fremot, vda. y Basa, mrs.	1620.—Destruccion de Medina del Campo por tropas de Fonseca.	10.57	1.21 ^a
		☽ Cuarto menguante, á las 3 h. y 43 m. de la mañana.			
5.23	6.42	22 Juev. Stos. Timoteo, Sinfiriano, Fabriciano y Hipólito, mrs.	1864.—Convencion de Cinetra para socorrer á los heridos.	11.42	2.21
5.23	6.41	23 Vier. San Felipe Beucolo, cf., y san Restituto, mr.	1695.—Muere el pintor Rouzro y Escalante, en Sevilla.	12.48	3.18
5.24	6.40	24 Sáb. San Baricome, apóstol y mr., y san Jorge, mr.	1775.—Fallecimiento del escultor Felipe de Castro en Madrid.	» »	4.09
5.25	6.38	25 Dom. San Luis, rey de Francia, cf., stos. Julian, Magin, y Gineo de Arlés, mrs., y san Ueruncio, ob.	1825.—Independencia del Uruguay.—1860: Presquise una fuerte escuadra inglesa á la vista del Ferrol.	1.56 ^m	4.53
5.26	6.37	26 Lun. Ntra. Sra. de la Consolacion, y san Uelerino, p.	1767.—Los jesuitas son expulsados de Chile.	3.08	6.32
5.27	6.36	27 Márt. San José de Calasanz, fr., y stos. Rufo y Rufino, mrs.	1624.—Muere el pintor Francisco Zurbarán, en Valencia.	4.22	6.08
5.27	6.34	28 Miér. San Agustin, ob. y dr., y san Moises, cf.	1780.—Solemne sesion en la Academia de San Fernando.	5.36	6.37
		☾ Luna nueva, á las 5 h. y 35 m. de la mañana.			
5.28	6.33	29 Juev. La Degollacion de San Juan Bautista, y sta. Sabina.	1813.—Inauguracion de la Biblioteca de Santiago de Chile.	6.04	7.27
5.29	6.31	30 Vier. Sta. Rosa de Lima, vg., y san Emeterio, mr.	1595.—Consagracion del templo de El Escorial.	6.50	7.07
5.30	6.30	31 Sáb. San Ramon Nonnato, cf., y san Robestiano, mr.	1829.—Convénio de Vergara, entre Estarzen y Maroto.	6.18	8.10

AGOSTO.

(HACER SU AGOSTO.)

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY EN PAGO DE UN GRAN BENEFICIO QUE NO OLVIDA EL AUTOR.

I.

Pardiez que cualquier nacido
Hubiera jurar podido
Que era Tomás de Pampliega
En la comarca manchega
El labrador más querido.

Cristiano de antiguo cuño,
De faz ruda y pecho noble,
Vivió, pegado al terruño,
Con su honradez y su puño
Capaz de tronchar un roble.

En llano, en monte y en sierra
Trabajó con mano avara
Moviendo á los surcos guerra:
El los hacía en la tierra
Y el tiempo sobre su cara.

De esta incansable porfía
El labrador se reía
Y se le daba un ardite,
Buscando al tiempo el desquite
Cuanto más viejo se hacía.

Resúmen de tal refriega:
Tanto trabajó Pampliega
En surcos propios y extraños,
Que fué rey en pocos años
De la comarca manchega.

Rey, que en forma extra-oficial,
Á viva voz decretaba
Sobre el coto, el pegujal,
La viña, el ato, el marjal,
La sementera y la cava.

Rey que imponía su ley,
El azadon en la mano,
Haciendo ver á su grey
Que era en el trabajo rey
Y en la virtud soberano.

Rey, en fin, que dirimía
Las cuestiones más abstrusas
Con el ejemplo por guía,
Y que jamas admitía
Disgustos, ergos ni excusas.

¡Ay! ¡Cuanto príncipe amado
Por su esplendor palaciego
Hubiera quizás trocado
El cetro por el arado
De aquel monarca manchego!

Cierta vez Rufo Contreras,
Eminencia concejil,
Le habló entre burlas y véras

Al verle andar por las eras
Con entusiasmo febril.

«Duro es usted como un guiño;
Siempre ausente del cortijo
Con su lucha maldecida;
¡Siempre retando á la vida!
Quien pierde es usted de fiyo.

»Vea usted cómo ha labrado
El tiempo sobre su frente,
Y arroje la esteva á un lado;
El tiempo tiene un arado
Que trabaja eternamente.»

Y en apoyo del consejo
Corrió á buscar un espejo,
Volvió con él al instante
Y se lo puso delante
De las narices al viejo.

Vióse al soslayo Tomás,
Y echando un taco redondo,
Y haciéndose un paso atras,
Dijo: «El tiempo cava más,
Pero yo cavo más hondo.»

Y afirmando entrambos piés
Alzó y clavó de traves
La reja con golpe brusco
Llenando de polvo al chusco
De la cabeza á los piés.

¡Ay! ¡Pero Rufo tenía
Razon! Tomás, cierto día,
Al rayar el alba incierta,
Salió á barbechar la huerta
Que más cuidaba y quería.

Y al alzar con soberano
Impulso él rudo azadon,
Sintió el indomable anciano
Que flaqueaban su mano,
Su vista y su corazón.

Era la aurora postrera
Del mes más ardiente, y era
Llegado el feliz momento
De seguir con nuevo aliento
La interrumpida carrera.

Pronto daría tributo
La tierra con nuevo fruto;
Ya hallaban de vida un hucco
La flor en su cáliz seco,
El rio en su cauce enjuto.

Ya revivía el plantel
En la pajiza pradera;
Ya en el desnudo verjel

El higo lleno de miel
Se columpiaba en la higuera.
Ya el verde pámpano hacia
Paso al racimo apretado,
La almendra gomosa abría
Su prision, y el sol teñía
De oro y azul el granado.
Todo en el tibio calor
A impulso del viento suave
Tomaba nuevo vigor;
La tierra, el árbol, la flor,
El hombre, el bruto y el ave.
Y el viejo Tomás, al ver
Que todo empezaba á dar
Señales de renacer,
Que iba el arroyo á crecer,
Que iba el fruto á madurar,
Que el huerto reverdecía
Y la otoñal estacion
Pronto á reinar tornaría,
Y que él jamas volvería
A manejar su azadon,
Sintió un mundo de tristezas,
Miró con tierno cariño
Los campos de sus proezas,
Y en medio de sus riquezas
Rompió á llorar como un niño.
Ah, soñadores dichosos
Que cubris de ricas galas
Vuestros sueños ambiciosos,
Inmortales venturosos
Que vais de la gloria en alas!
No os cause desprecio, no,
Un hombre tosco y de bien
Que con el tiempo luchó,
Y haciendo surcos soñó
Con ser inmortal tambien.
Que tengo por Dios sabido
Que en esta fatal derrota,
Si el cuerpo cayó rendido,
Su espíritu enaltecido
Sobre el tiempo vive y flota.
Volvamos al triste dia:
Luchando con la agonía
Tomás llegó á su cortijo
Donde en paz y en Dios vivía
Con su mujer y su hijo.
El hijo quedó un segundo
En un estupor profundo
Al ver inerte á su padre;
Y tanto gritó la madre,
Que despertó al moribundo.
«Esto es hecho, — dijo el bravo
Tomás con acento bronco.—
Es ley de Dios.... Aquí acabo.
No hay rama que al fin y al cabo
No se desprenda del tronco.
»Tú, hijo mio, á trabajar;
Creo que has dado en soñar
No sé que extrañas quimeras,
Que odias de muerte las eras,
Las viñas y el olivar.
»Mal hecho.... Date á razones....
Olvida sueños extraños....
Aplicate á tus terrones:
Quien sólo siembra ilusiones
Coge sólo desengaños.
»Yo he dado al campo una reja.
Tendréis un rio de mosto,
Mucho vino.... mucha jeja....;
En fin, si mi vida os deja,
Mi amor os hizo el agosto.

»Adios, Blasa. ... Juan, adios....
Trabaja tú por los dos....
Sigue mi huella esforzado;
La huella de un padre honrado
Conduce al seno de Dios.»
Y dando un leve ronquido,
Quedóse como dormido
El buen Tomás de Pampliega,
El labrador más querido
De la comarca manchega.

II.

Pasó un año.... Juan y Blasa
Viéndose están sin mirarse
Y hablándose sin hablarse
Junto al umbral de su casa.
Ve Juan el callado afan
Que Blasa en el alma siente;
Blasa, la oculta corriente
Que arrastra el alma de Juan.
Y ambos, fingiendo sosiego,
Distraen sus mudas fatigas
Viendo hacinadas espigas
Que rizan aires de fuego.
De pronto Juan se exaspera,
Pone el gesto duro y fosco,
Y audaz, decidido y tosco
Prorrumpe de esta manera:
«Madre, de hoy mismo no pasa;
Me voy.... la razon es obvia;
Esta existencia me agobia
Y esta atmósfera me abrasa.
»¿Qué quiere usted! No he nacido
Para estas viles tareas;
Los campos y las aldeas
Me aburren, y no he podido
»Pensar en serio una vez
Bajo estos desnudos techos
En trillas, podas, barbechos
Y cosas de este jaez.
»Y es natural, porque al fin,
Quien ha estudiado sin tino
En el Padre Calepino
Y sabe hablar el latin,
»No ha de vivir entre topes,
Sin hablar lenguaje humano,
Con el destal en la mano,
Mondando encinas y chopos.
»Mi padre, que estaba en caja
Metido en tau ruda brega,
Lograba hacer cada siega
Su agosto de grano y paja.
»Y yo, con más ambiciones,
Hartó de grano y de mosto
Me voy para hacer mi agosto
Y realizar ilusiones.
»Con que cese todo ardid
Para atajar mi partida;
Madrid me llana á otra vida
Y hoy parto para Madrid.»
Como pesa más que el mundo
El mundo del sentimiento,
Blasa quedóse un momento
Doblada al dolor profundo.
Y cuando pudo alentar,
Discurrir y comprender,
Tanto y tanto quiso hacer
Que no hizo más que llorar.
La tibia luz vespertina
El horizonte bañaba,

Y una mujer se empinaba
 En lo alto de una colina.
 Mirando con ansia loca
 El encendido horizonte,
 Vió correr del llano al monte
 Y penetrar en la boca
 De un túnel hondo y sombrío
 Una atronadora fiera
 Cuya ardiente cabellera
 Llenaba de humo el vacío.
 Al verlo tendió anhelante
 La mujer sus brazos yertos,
 «¡Hijo!» en los campos desiertos
 Repitió con voz amante.
 «¡Hijo del alma querido!»
 Y en tanto el monstruo se hundía,
 Se alzaba y se retorcia
 Lanzando al aire un silbido.
 Cuando la pálida luna
 Envuelta en tenues vapores
 Besaba con sus fulgores
 El olivar, la laguna,
 La casa, el huerto, la vega,
 Y aquellos campos sagrados
 Con el sudor empapados
 Del buen Tomás de Pampliega,
 En alas del desvario
 Juan en el monstruo volaba,
 Y Blasa se desplomaba
 Diciendo siempre: «¡Hijo mio!»

III.

¿Qué hizo Juan en Madrid? De vez en cuando
 Llegaba un eco á la region manchega
 Las glorías y placeres pregonando
 Del hijo ilustre de Tomás Pampliega.
 ¿Hizo su agosto Juan? Nadie lo ha dicho,
 Ni consta en las historias,
 Ni yo tuve el capricho
 De apuntarlo en mi libro de memorias.
 Solo sé que una tarde sosegada
 Del mes ardiente del voraz estío,
 Ya el sol en el ocaso,
 Detuvo Juan el vacilante paso,
 Fijando una mirada
 Llena de inmenso amor en el vacío.
 Tenía ante sus ojos
 Los anchos campos que maldijo un día,
 Y una tumba sombría
 Guardando los despojos
 De aquella madre, que al saber su suerte,
 Sólo supo llorar hasta la muerte.
 Las sombras de la noche silenciosas
 Poblaron de fantasmas el espacio;
 Juan se sintió morir. Vertiginosa
 Su pasada existencia
 Cruzó y volvió á cruzar en rauda vuelo,
 Sin dar á su conciencia
 Sombra de luz ni rastro de consuelo.

¡Un hijo que abandona
 La madre anciana que le dió la vida!.....
 Ni el cielo lo perdona
 Ni la afrentada sociedad lo olvida.
 Por eso Juan, vagando por las eras,
 Perdido en plata y en latin cansado,
 Contempla con miradas lastimeras
 Al prócer concejil Rufo Contreras
 Dueño del fruto aquel tan despreciado.
 Por eso un día, al despuntar la aurora,
 Venciendo al fin la vanidad maldita,
 Á Rufo acude y proteccion le implora,
 Y Rufo, que es un hombre que medita,
 Dándole un azadon pesado y fuerte
 Le dice de esta suerte:
 «¿No tienes y me pides? Santo y bueno:
 Copia á tu padre como yo le copio,
 Y ara, si quieres, sobre el surco ajeno
 Ya que no araste sobre el surco propio.»
 Y por eso al morir la luz medrosa
 Del sol poniente, en tan funesto día,
 Juan, con voz angustiada,
 Delante de una tumba, así decía:
 «Padre, despues de diez años
 Me acerco á tu tumba estrecha
 Con una triste cosecha
 De afrentas y desengaños.
 »Creí tu cielo vacío,
 Pobre tu mundo y angosto,
 Y al querer hacer mi agosto
 No hice ni el tuyo ni el mio.
 »Ve cuán horrible contraste!
 Padre mio, aquí me tienes
 Sin mi madre y sin los bienes
 Que tú, al morir, me dejaste.
 »Si en el mundo de la fe
 Tu vida piadosa labra
 Y es fecunda tu palabra
 Como en la tierra lo fué,
 »Ruega al Supremo Hacedor
 Árbitro y juez de mi suerte,
 Que cambie en sombras de muerte
 Las sombras de mi dolor.»
 ¿Llegó á Tomás de Pampliega
 La voz doliente y sentida
 Del sér á quien dió la vida?
 ¿Quién lo afirma? ¿Quién lo niega?
 Lo que sí puede afirmar
 El que estos renglones traza,
 Y desafia y emplaza
 Al que lo quiera negar,
 Es, que en las horas sombrías
 En que más el alma siente,
 Juan, resignado y ferviente,
 Sembraba todos los días
 Tristes lágrimas de duelo
 De sus padres en la fosa,
 Con la esperanza dichosa
 De hacer su agosto en el cielo.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

PRINCIPALES FAMILIAS REALES DE EUROPA.

(CONCLUSION.)

ITALIA.

VÍCTOR MANUEL II, rey de Italia. Nació el 14 de Marzo de 1820; sucedió á su padre en 23 de Marzo de 1849; tomó el título de *Rey de Italia* en 17 de Marzo de 1861; casó en 12 de Abril de 1842 con Maria-Adelaida, archiduquesa de Austria, que falleció en 20 de Enero de 1855; casómorganáticamente con Rosa Vercellana, condesa de Miraflore.

HIJOS.—*Clotilde-Maria-Teresa*, nacida el 2 de Marzo de 1843 y casada con el príncipe Napoleón-José-Carlos-Bona- parte;

Humberto-Reniero, príncipe real, nacido el 14 de Marzo de 1844; casado con la princesa Margarita de Saboya;

Amadeo-Fernando, duque de Aosta y ex-rey de España, nacido el 30 de Mayo de 1845 y casado con *Maria Victoria*, princesa del Pozzo della Cisterna, en 30 de Mayo de 1867; viúdo en 8 de Noviembre de 1876;

Maria-Pla. (Véase Portugal.)

PAPA.

Pío IX, antes *Juan-Maria-Bautista*, de la casa condal de Mastai-Ferretti. Nació en Sinigaglia el 13 de Mayo de 1792; fué elegido Papa á la muerte de Gregorio XVI, el 16 de Junio de 1846, y coronado el 21 del mismo mes y año.

PAÍSES-BAJOS.

GUILLERMO III, rey de los Países-Bajos, príncipe de Orange-Nassau, y gran duque de Luxemburgo. Nació el 19 de Febrero de 1817; sucedió á su padre Guillermo II en 17 de Marzo de 1849; casó el 18 de Junio de 1839, con *Sofia-Federica*, princesa de Wurtemberg.

HIJOS.—*Guillermo-Nicolas*, príncipe de Orange, nacido en 4 de Setiembre de 1840;

Guillermo-Alejandro, nacido en 25 de Agosto de 1851.

PORTUGAL.

LUIS-FELIPE-MARÍA, rey de Portugal y de los Algarves. Nació el 31 de Octubre de 1838; sucedió á su hermano Pedro V el 11 de Noviembre de 1861; casó el 6 de Octubre de 1862 con *Maria-Pla*, hija de Víctor-Manuel II, rey de Italia; nacida el 16 de Octubre de 1847.

HIJOS.—*Carlos-Fernando* (28 de Setiembre de 1863) y *Alfonso-Enrique-Napoleon* (31 de Julio de 1865).

RUSIA.

ALEJANDRO II NICOLAYEVITCH, emperador de todas las Rusias. Nació el 29/17 de Abril de 1818; sucedió á su padre Nicolás I en 2 de Marzo (18 de Febrero) de 1855; casó el 28/16 de Abril de 1841 con

Maria-Alejandrovna, antes *Marimiliana-Guillermina-Augusta-Maria*, hija del gran duque de Hesse, Luis II.

HIJOS.—*Alejandro*, cesarevitch, gran duque heredero; nació en Marzo de 1845, y casado con la princesa *Maria-Dagmar* de Dinamarca, el 9 de Noviembre de 1866;

Vladamiro, nacido el 22/10 de Abril de 1847 y casado con *Maria-Paulowna*, hija del gran duque de Mecklenburgo, el 27 de Agosto de 1874;

Alejo, nacido el 14 de Enero de 1850;

Maria, nacida el 17/5 de Octubre de 1853 y casada con el príncipe *Alfredo* de Inglaterra;

Sergio, nacido el 11 de Mayo de 1857;

Pablo, nacido el 3 de Octubre de 1860.

SAJONIA.

ALBERTO FEDERICO AUGUSTO, rey de Sajonia. Nació el 23 de Abril de 1828; sucedió á su padre el 29 de Octubre de 1873; casó en 18 de Junio de 1853 con

Carolina-Federica-Francoisca, hija de Gustavo, príncipe de Wasa, nacida el 5 de Agosto de 1833.

SUECIA Y NORUEGA.

HOSCAR II FEDERICO, rey de Suecia y Noruega. Nació el 21 de Enero de 1829; sucedió á su hermano, el rey Carlos XV, en 18 de Setiembre de 1872; casó el 6 de Junio de 1857 con

Sofia-Guillermina-Mariana-Enriqueta, hija de Guillermo de Nassau.

TURQUÍA.

ABDUL-HAMID-KHAN, sultan de Turquía, 34º soberano de la familia de Osman. Nació el 22 de Setiembre de 1842 y sucedió á su hermano Murad V el 31 de Agosto de 1876.

WURTEMBERG.

CARLOS I FEDERICO-ALEJANDRO, rey de Wurtemberg. Nació el 6 de Marzo de 1823; sucedió á su padre el rey Guillermo I en 25 de Junio de 1864; casó en 13 de Julio de 1846 con

Olga-Nicolaitovna, hija del emperador de Rusia Nicolás I, nacida el 11 de Setiembre (30 de Agosto) de 1822.

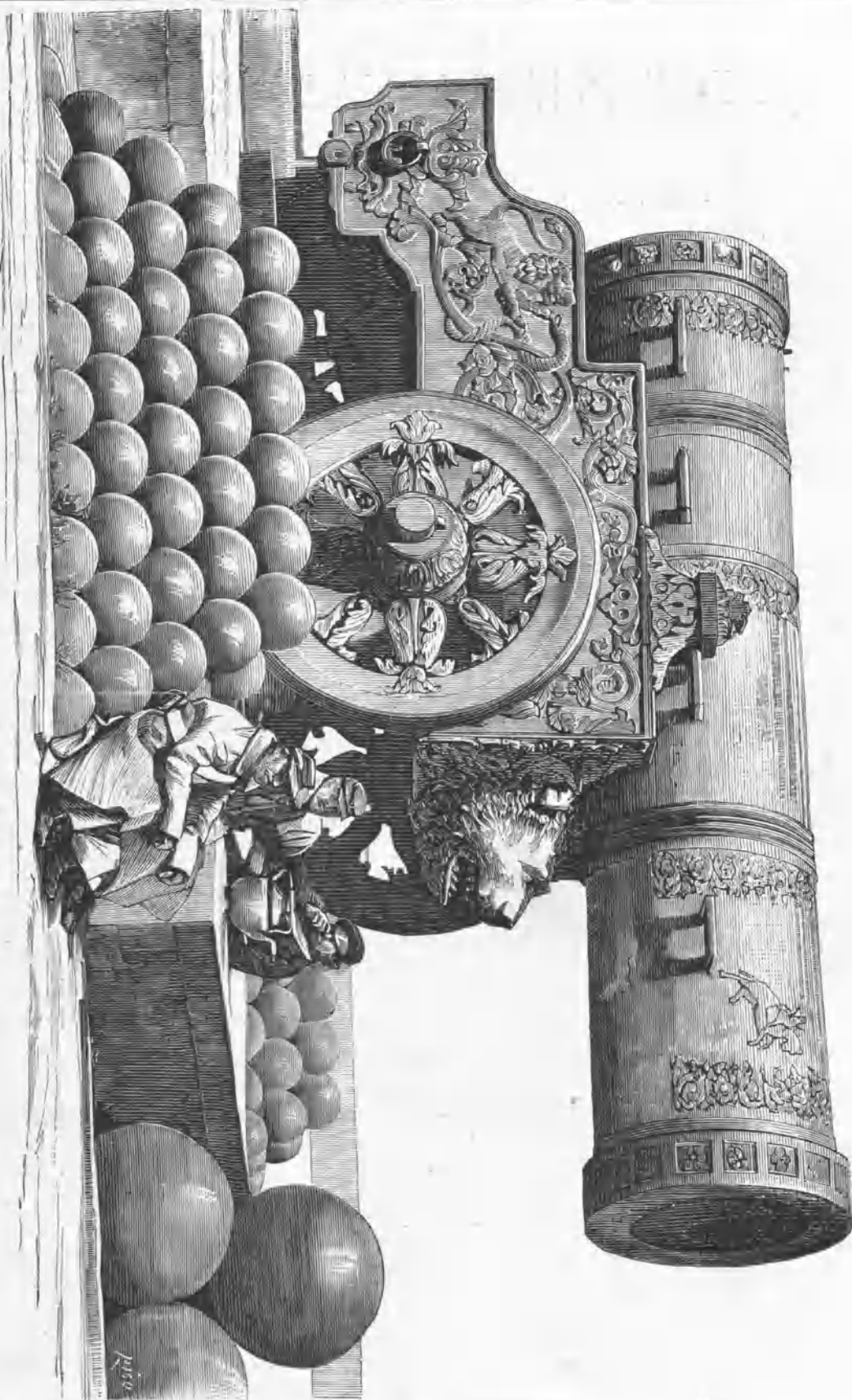
RESÚMEN DE LOS PRINCIPALES SOBERANOS REINANTES EN EUROPA (1).

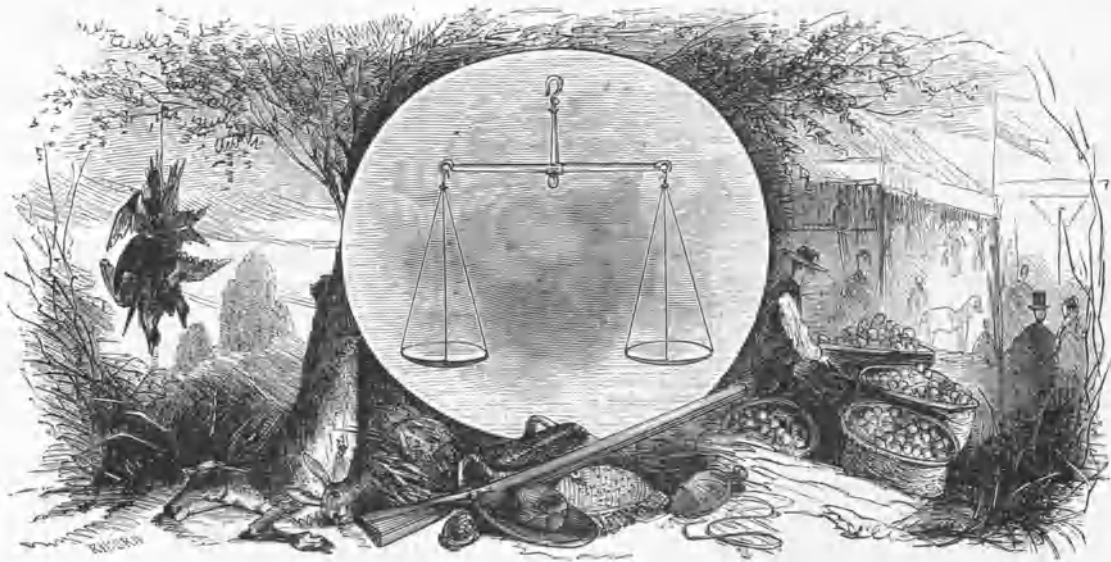
(POR ÓRDEN DE EDAD.)

NOMBRES.	NACIMIENTO.			EDAD.			NOMBRES.	NACIMIENTO.			EDAD.		
	DIA.	MES.	AÑO.	AÑOS.	M ^o .	D ^o .		DIA.	MES.	AÑO.	AÑOS.	M ^o .	D ^o .
Pío IX, papa.....	13	Mayo	1792	85	1	18	Oscar II, rey de Suecia y Noruega..	21	Enero	1820	48	5	10
Guillermo I, emperador de Alemania.	22	Marzo	1797	80	3	9	Francisco José I, emperador de Austria.....	18	Agosto	1830	46	10	18
Luis III, gran duque de Hesse.....	9	Junio	1806	71	9	21	Leopoldo II, rey de los belgas.....	9	Abril	1835	42	2	21
Guillermo III, rey de los Países Bajos.....	19	Febrero	1817	60	4	11	Luis I, rey de Portugal.....	31	Octubre	1838	38	8	9
Christian IX, rey de Dinamarca...	8	Abril	1818	59	2	22	Abdul Adnuid Khan, emperador de Turquía.....	22	Setiembre	1842	35	9	9
Alejandro II, emperador de Rusia...	29	Abril	1818	58	2	1	Luis I, rey de Baviera.....	25	Agosto	1845	31	10	6
Victoria I, reina de la Gran Bretaña.	24	Mayo	1819	58	1	7	Jorge I, rey de los Hellenos.....	24	Diciembre	1845	31	6	7
Víctor Manuel II, rey de Italia.....	14	Marzo	1820	57	3	17	S. M. el Rey D. Alfonso XII, rey de España.....	28	Noviembre	1857	19	7	2
Carlos I, rey de Wurtemberg.....	6	Marzo	1823	54	3	24							
Alberto I, rey de Sajonia.....	23	Abril	1828	49	2	7							

(1) En 1.º de Julio de 1877.

MOSCÚ.—El Rey de los Casacas (Czar Pouchko) exhibiendo sus El Ximulín.—(Vasee la pág. 45.)





SETIEMBRE.

SOL.		SANTORAL.	EFEMERIDES.	LUNA.	
Salida.	Se pone.			Salida.	Se pone.
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.
5,31	6,20	1 Dom. San Gil, ab., y stos. Vicente, Loto, y comps. mrs.	1606.—Felipe III concede mayor sueldo á Maria Pita.	10,32 ^m	8,47 ^m
5,31	6,27	2 Lún. San Antolin, mr., san Esteban, rey de Hungría, san Filadelfo, cf., y stos. Zenon y Comodilo, mrs.	1726.—Publicase por primera vez el tomo primero del <i>Teatro Crítico</i> , popular obra del P. Feijó.	11,46	9,30
5,32	6,26	3 Mart. San Ladislao, rey de Polonia, y san Sordelio, mr.	1769.—Ley en Portugal extrañando del reino á los Jesuitas.	12,55	10,20
		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 8 h. y 1 m. de la noche.			
5,33	6,24	4 Miér. Stos. Candida, Rosalia y Rosa de Viterbo, vgs.	1838.—Fallecimiento de la heroína Maria Pita, en la Cornúa.	1,58 ^m	11,16
5,34	6,23	5 Juév. Stos. Lorenzo y Justiniano, obs., san Victorino, ob. y mr., san Bertin, ab. y cf., y sta. Otelalia, vg.	1778.—Ultima sesion del Concilio provincial celebrado en Lima, bajo la presidencia del arzobispo de aquella diócesis.	2,52	12,18
5,35	6,21	6 Viér. San Eugenio y comps. mrs., y san Celestino, ob.	1846.—Concilio provincial en Salamanca.	3,27	» »
5,35	6,10	7 Sáb. Sta. Regina, vg. y mr., y stos. Pánfilo y Clodoaldo, cfs.	1822.—Independencia del Brasil.	4,15	1,21 ^m
5,36	6,19	8 Dom. † LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrian.	1562.—Felipe II pensión al pinoz Becerra.	4,46	2,24
5,37	6,17	9 Lún. Sta. Maria de la Cabeza, y san Cipriano, ob.	1702.—Desastrosa inundacion en Mondoñedo.	5,13	3,25
5,38	6,15	10 Mart. San Nicolas de Tolentino, cf., y sta. Palqueira, rehu.	1586.—Colocacion del obelisco en la plaza de San Pedro, en Roma.	5,38	4,25
5,39	6,14	11 Miér. Stos. Proto y Jacinto, mrs., y san Vicente, ab. y cf.	1691.—Es nombrado pintor de Cámara Vicente de Benavildes.	6,01	5,22
		● <i>Luna llena</i> , á las 3 h. y 25 m. de la tarde.			
5,40	6,13	12 Juév. Stos. Leoncio, Lemes y comps. mrs., san Eulogio, ob., y stos. Guillon, cf., Amato, ab., y Selerio, mr.	1559.—Miguel Paleólogo se apodera de Constantinopla: último periodo del imperio de Occidente.	6,23	6,19
5,41	6,11	13 Viér. Stos. Felipe y comps. mrs., y san Amado, ab.	1561.—Alonso Berruguete visita el sepulcro de Cisneros.	6,47	7,16
5,42	6,10	14 Sáb. La Exaltacion de la Santa Cruz, y san Materno, ob.	1852.—Fallecimiento del ilustre Duque de Wellington.	7,12 ^m	8,13
5,43	6,09	15 Dom. Los Dolores Gloriosos de Ntra. Sra., Stos. Nicomedes, Jeremias, Emilliano y Porfirio, mrs.	1817.—Abolicion de los títulos de nobleza en Chile por decreto del general O'Higgins.	7,41	9,11
5,43	6,07	16 Lún. San Cornelio, papa, y san Gorgonio, mr.	1820.—Ejecucion de Suarez de Deza en las prisiones de la Rocha.	8,14	10,11
5,44	6,05	17 Mart. Las Llagas de San Francisco de Asis, y san Pedro Arnes.	1830.—Primer número del <i>Araucano</i> , primer periódico chileno.	8,53	11,11
5,45	6,04	18 Miér. Sto. Tomás de Villanueva, ob. y cf., san José de Cupertino, cf., y stos. Eustorgio, ob. y cf.—(Témpora.)	1761.—Violento incendio destruye las Casas Capitulares de Santiago.	9,40	12,19
5,46	6,02	19 Juév. San Genaro, ob., y san Desiderio, mr.	1663.—Bula de Alejandro VII á favor de Tolcío.	10,35	1,07 ^m
		☾ <i>Cuarto menguante</i> , á la 0 h. y 5 m. de la tarde.			
5,46	6,01	20 Viér. San Eustaquio y comps. mrs., san Agapito, p. y cf., y stas. Felipa, Candida, vg. y mr.—(Témpora.)	1437.—Muere Diego de Anaya, fundador del Colegio Viejo de Salamanca.	11,37	1,59
5,47	5,59	21 Sáb. San Mateo, ap. y evang., y sta. Maura.—(Témpora.)	1177.—Conquista de Canca por el Rey D. Alfonso VIII.	12,45	2,45
5,48	5,58	22 Dom. San Mauricio, mr., y san Florencio, ob.	1774.—Muerte del pontífice Clemente XIV.	» »	3,25
5,49	5,56	23 Lún. San Lino, p. y mr.—(Sol en Libra.—Oroño.)	1783.—Ultima sesion de las Cortes en el Salon de Reinos.	1,57 ^m	4,00
5,50	5,55	24 Mart. Ntra. Sra. de las Mercedes, y san Gerardo, ob.	1667.—Fundacion del Colegio de la Inocencia, en Madrid.	3,10	4,32
5,50	5,53	25 Miér. San Lope, ob. y cf., y san Cleofas, mr.	1513.—Vasco Nuñez de Balboa descubre el Océano Pacífico.	4,23	5,03
5,50	5,52	26 Juév. San Cipriano, ob. y mr., y sta. Justina, vg.	1604.—Real privilegio para la primera edicion del <i>Quijote</i> .	5,37	5,33
		☽ <i>Luna nueva</i> , á las 1 h. y 46 m. de la tarde.			
5,51	5,50	27 Viér. Stos. Cosme y Damian, mrs., y san Pelegrin, ob.	1870.—Capitulacion de Strasburgo despues de heroica defensa.	6,53	6,06
5,52	5,49	28 Sáb. Stos. Wenceslao y Adolfo, mrs., y sta. Eustaquia, vg.	1730.—Fallecimiento del escultor Salvador Dini, fraile cartujo.	8,09	6,37 ^m
5,53	5,47	29 Dom. La Dedicacion de San Miguel Arcangel.	1333.—Muere en Madrid el rey D. Fernando VII.	9,26	7,24
5,54	5,46	30 Lún. San Jerónimo, fr. y fr., y sta. Sofia, viuda.	☿ 1814.—Fallecimiento del sabio astrónomo D. José Rodríguez.	10,40	8,13

SETIEMBRE.

(LAS EMIGRACIONES.)

« ¿Qué hablan las golondrinas.
Junto al viejo techado,
Al oír el crujido de las hojas
Que secas y amarillas caen del árbol?
Vuelan, mirando á un punto,
Y tornan, revolando,
Y dicen que se van y les da pena
Dejar su nido allí tan solitario.»

(Del libro del autor, LAS CUATRO ESTACIONES.)

I.

Los labradores apilan
Los frutos en sus hogares,
Y los campos quedan solos
Y tristes las heredades.

Los pájaros enmudecen;
Caen las hojas de los árboles,
Y tiemblan los yertos nidos
En el desnudo ramaje.

Libres las reses del yugo,
Del manso arroyo en la margen,
Rumian con ánsia los tallos
De las hierbas otoñales.

Allá el desbandado cuervo
Graznando su vuelo abate,
Y el grano perdido busca
Para entretener el hambre.

En lo profundo del bosque
Gime el viento, llora el ave,
Y crujen las secas hojas
En remolino al chocarse.

Y llega del mar vecino
Más fresco y húmedo el aire,
Y es el rumor de las olas
Más imponente y más grave.

Y vense en el horizonte
Tristes y oscuros celajes,
Anuncio del frío y germen
De las lluvias torrenciales.

II.

Iba Setiembre acabando:
Era en el fondo de un valle,
Entre la falda de un monte
Y los jardines de un parque.

Levántase allí una casa
Que, en madera, hierro y mármoles,
Al mundo rústico muestra
La soberbia de los grandes.

La moda, el dinero, el fausto,
Su templo por meses abren
Donde la naturaleza
Se alza en eternos altares.

Llaman *de campo* esas casas
Donde, entre seda y encajes,
Cambia el ocio de postura,
Cansado de las ciudades.

De campo, donde no pueden
Alma y cuerpo restaurarse,
Si huye el cuerpo el ejercicio
Y el alma volar no sabe.

Donde, de sí mismo esclavo,
El espíritu cobarde
No busca un mundo en la estrella
Que ejerce influjo en los mares;
Ni oye el canto del silencio
En las noches estivales,
Ni ve el amor que se mueve
En el vuelo de las aves.

III.

Eso es la casa ó, si quereis, palacio
Que en el fondo del valle alzó la moda,
Que, hallando allí para el capricho espacio,
Asombro fué de la comarca toda.

Vive allí una mujer, como se sabe
Que viven donde quiera esas mujeres
Que acaso encuentran su dolor más grave
En no hallar novedad en sus placeres.

Duerme en lecho de pluma, y yo sospecho
Que, aun en el campo, nuestra gran señora
Nunca se digna abandonar el lecho
Para ver las sonrisas de la aurora.

¿Cómo hacer tan horrible sacrificio
Por ver gracias y encantos naturales,
Ella, que ha refinado el artificio
Por vencer en belleza á sus rivales?

No miró de su parque en los jardines
Ni jazmines ni fuentes con enojos,
Porque al fin vió en sus trenzas los jazmines
Y en el cristal del agua el de sus ojos.

Del ruiseñor no escucha el dulce arrullo,
Pues de noche, al piano, voz profana
Le recuerda los triunfos de su orgullo
En su palco de la Opera italiana.

De grandezas que el campo allí le ofrece,
Nunca en la santa admiracion se abisma;
Que allí la sigue el mundo, y la adornece
El idólatra culto de sí misma.

IV.

Y esa mujer es madre; tiene un niño
Que se crió robusto, y sano y bueno,
Aunque, al nacer, el maternal cariño

La sangre le negó del propio seno.
 Que, al fin, para crecer la criatura
 Y los años vivir que á Dios le cuadra,
 ¿A qué tocar la flor de la hermosa
 Y el tesoro de gracias de su madre?...
 Y aquel niño soltó los andadores
 En manos de doncellas bondadosas,
 Que corrieron tras él entre las flores
 Y cazaron con él las mariposas.
 Y en brazos de solícitas doncellas
 Fué aprendiendo á comer poquito á poco,
 Y áun arrullado por canciones de ellas,
 Se acostumbró á dormir, por miedo al coco.
 Y el pobre niño todas las mañanas
 Se encontraba en la quinta nuevas gentes,
 Que allí pasaban días ó semanas
 A título de amigos ó parientes.
 Mas sólo despertó sus emociones
 Huésped que allí vive más despacio,
 Sin lograr las amables atenciones
 De la ilustre señora del palacio.
 Huésped encantadora y expansiva
 Que la infantil curiosidad divierte,
 Y del sol y la luz vive cautiva,
 Y sin luz y calor halla la muerte.

V.

La golondrina dulce
 Y alegre y juguetona,
 En la soberbia casa
 Tiene su casa propia.
 La tiene al Mediodía,
 Cual madre previsora
 Que sabe que sus hijos
 Enferman en la sombra.
 Sobre el balcon más alto
 Se fabricó su choza
 Con limo del arroyo
 Y tierra de las trochas.
 Con plumas de su pecho
 Formó la blanda alfombra
 Que del polluelo ha sido
 La cuna deliciosa.
 ¡Qué gritos, qué alborozo
 Al acabar su obra!
 ¡Con qué dulce aleteo
 Celebra su victoria!
 ¡Qué entradas y salidas
 De la avecilla loca,
 Que en su contento mismo
 Su propio afán se cobra!....
 No es ella el cortesano
 Que ocioso, con lisonjas,
 El hospedaje paga
 Que allí da la señora.
 Es reina por derecho
 Que el mismo Dios le otorga;
 Su trono está en su nido,
 Su amor es su corona.

VI.

Quando á sus hijos cria,
 ¡Cómo ante el nido goza
 Al ver aquel racimo
 De cabezas que asoman!
 ¡Con qué febriles ansias
 El alimento acopia,
 Y llévalo en el pico

Y lo reparte pródiga!
 Sin el cazado insecto
 Nunca á su nido torna,
 Cuna de cuyo fondo
 Risas de niños brotan.
 Más tarde, cuando el vuelo
 Ensayo, entre zozobras,
 A la emplumada cría
 Que al aire al fin se arroja;
 Con voz suave la alienta,
 Y con sus alas toca
 Las alas vacilantes
 Que el aire apénas cortan.
 De la volante caza
 La adiestra en las maniobras;
 Que ha de ser madre y debe
 Tambien ser industriosa.
 Y el niño de aquel parque
 Ve ya, jugando á solas,
 Que al fin alados niños
 Por suyo el parque toman.
 Y cuando el rostro alegre
 Con las alas le rozan,
 Quisiera golondrina
 Tornarse ó mariposa.

VII.

Y alza el niño placentero
 Su hermosa frente, soñando
 Que cruza el aire ligero
 Tras el dulce compañero
 Que le acarició volando.
 Mas cuando el pájaro empieza
 A ensanchar más la distancia,
 Dobla el niño la cabeza
 Yo no sé con qué tristeza
 Que siente á veces la infancia.
 Y vuelve otra vez el ave
 Con la alegre algarabía
 Y el revoloteo suave,
 Con que divierte la grave
 Infantil melancolía.
 ¿Cómo el anhelo explicar
 Del niño que da en soñar
 Que, tras el ave al correr,
 Fuera dichoso á tener
 Sus alas para volar?.....
 ¿Encuentra su alma sombrías
 De su materno palacio
 Las lujosas galerías,
 Sin las dulces armonías
 De las aves y el espacio?.....
 ¿Es el ignorado anhelo
 De un ángel, falto de vuelo,
 Que su corazón levanta
 Con la nostálgica y santa
 Pasion del amor del cielo?.....

VIII.

Iba Setiembre acabando,
 La hoja del árbol cayendo,
 Y el pobre niño, jugando,
 El color iba perdiendo
 Y poco á poco enfermando.
 Y su madre se movía,
 Pronta á levantar sus reales;
 Que en la gran ciudad queria
 Buscar placer y alegría

En las noches otoñales.
 Nueva emigracion de aquella
 Singular ave de paso,
 Que sigue á su falsa estrella
 Y, al pasar, no deja huella
 Ni en Oriente ni en Ocaso.
 Y la noble golondrina
 Triste en su nido se posa,
 Y en su inquietud se adivina
 Que el momento se avecina
 De su emigracion forzosa.
 Su gloria en su nido está,
 Y aunque allí su amor bendice,
 Dios le dice: «Véte ya»,
 Y la avecilla se va
 Porque es Dios quien se lo dice.
 Y si alguna queda herida
 Y muere, tambien Dios quiere
 Que allí, donde el ave anida,
 Glorifique amor su vida
 En el pájaro que muere.

IX.

En la soberbia casa
 En donde el sol ha visto
 A la hermosa y alegre golondrina
 De sus amores fabricar el nido;
 En su cuna dorada
 Se muere un pobre niño,
 Y en su cuna de barro, entre las plumas
 Del pecho maternal, un pajarillo.
 Alegres camaradas
 En el verano han sido,
 Y en los primeros dias del otoño
 Van á morir bajo el techado mismo.
 Y la señora y madre
 Sufre dolor tan vivo,
 Que por primera vez deja el encanto
 Del culto de sí misma en el olvido.
 Le ve morir y aprende
 Lo que es amar á un hijo,
 Y ve todos los goces inefables
 Que, por sus vanas glorias, ha perdido.
 Está transfigurada,
 Hay algo de divino

En aquella hermosura que ilumina
 El resplandor sagrado del martirio.
 Y el ángel le sonríe,
 Y su postrer suspiro
 Es la esencia rimada del poema
 De infantiles tristezas que ha sufrido.
 Y se oye en los cristales
 De la alcoba del niño
 Como el roce del ala de algun pájaro
 Que ha soñado el amor de lo infinito.

X.

Yo sé, yo sé que hay madres,
 Sublimas corazones
 Que la razon no escuchan que profana
 La santa religion de sus dolores.
 Madres que, de la muerte
 Con las ansias atroces,
 Al horror del vacío de una cuna
 Entregan toda el alma en una noche.
 Pero, al fin, esta madre
 No ha visto en sus albores
 La cuna de ese niño, que ha encontrado
 En su sueño final su primer goce.
 Por eso la persuaden
 Las piadosas razones
 A emigrar al placer, que es el olvido,
 No bien la patria del dolor conoce.
 Mientras, la golondrina
 Está en su nido inmóvil,
 Abrigando al polluelo moribundo
 Que bajo el ala maternal se esconde.
 En vano la reclama
 Con fraternales voces
 La inmensa caravana que en el valle,
 Al Africa mirando, el vuelo rompe.
 Vuelve los tristes ojos
 Hacia aquellas regiones,
 Se le eriza la pluma, dobla el ala,
 Y á su dolor mortal se entrega dócil.
 Y cuando al nuevo dia
 Sonrien valle y monte,
 Glorifica en su muerte aquella madre
 La vida del amor de los amores.

EDUARDO BUSTILLO.

EL OTOÑO.

FRAGMENTO.

Parece á primera vista que el sentimiento más vivo en nosotros debiera ser el sentimiento de la Naturaleza. Parece que todo cuanto nos circunda debía despertar en el pecho emociones y en la mente ideas, las cuales se lanzaran sobre las cosas externas á extraer su quinta esencia, de la misma suerte que se lanzan sobre las flores las abejas á extraer su miel. La poesía, como la elocuencia, es la idea vivamente sentida y expresada con hermosura. No basta para ser poeta tener ideas, pues también las tiene el sabio, el naturalista, el matemático; se necesita tenerlas en el corazón, es decir, sentir las con esa profundidad del sentimiento artístico en que refluyen los sentimientos generales humanos, y encarnarlas en formas bellísimas y próximas al ideal de toda perfección. Hay muchos seres humanos, muchísimos, que no sienten la Naturaleza, que no se extasian en la contemplación de los cielos, que no se recrean con la voz de los mares, que no gozan con los cuadros trazados por la luz y las sombras en los crepúsculos, que no admiran la palmera elevándose sobre los granados y los naranjales en horizontes encendidos por el color, ni el lago medio envuelto entre neblinas, repitiendo al pié de los Alpes las diamantinas crestas de nieve y los negros pinos y abetos y abedules de sus tranquilas orillas. Siempre recordaré una tarde en que contemplábamos la puesta del sol allá por los alrededores de Ginebra. Caían las sombras sobre la oscura ciudad con majestuosa tristeza. El Lemán, semejante á una miniatura del mar, reverberaba en sus aguas los últimos resplandores del día, llenos de reflejos que parecen religiosos, porque despiertan con su tristeza la idea religiosa por excelencia, la idea de la muerte. Las sombras ennegrecían todo aquello, que es sombrío de suyo, como los bosques, y no acertaban á envolver los edificios, cuyas líneas tomaban en el suelo cierta transparencia semejante á la que toman las doradas y argentadas nubes sobre el ocaso. A nuestra derecha la uniforme cordillera del Jura, tras la cual se había ocultado el sol, ofrecía por su color celeste tonos y toques de los venecianos cristales, y á nuestra izquierda, cuando ya la noche avanzaba por lo profundo, allá en las alturas, resplandecían las cimas del Monte Blanco y sus nieves con arboles, que ora se extremaban hasta llegar á la encendida púrpura, ora se desvanecían hasta perderse en tintas rosas, como si fuera la montaña gigantesco astro de varios y cambiantes aspectos. Todos estábamos extasiados á la puerta de una cabaña alpestre, donde oíamos la esquila del ganado, recordándonos los idilios, y la campana de la oración, recordándonos las tragedias de esta vida. Todos estábamos extasiados he dicho, y he dicho mal; todos menos uno, que ni veía ni oía nada de cuanto veíamos y oíamos los demás.

Pero ¡cómo hablar de individuos cuando tenemos épocas enteras en que el sentimiento de la Naturaleza ó se pierde ó se pervierte! Imposible olvidar aquellos cuadros gigantescos y aquellos frescos esculturales en que solamente se ven las líneas de la forma humana como si la humanidad viviera en los espacios desiertos. Imposible olvidar aquellos poemas en que se sustituye á la Natura-

leza viviente la Naturaleza poblada de una mitología, cuyas fábulas, habiendo desaparecido de la fe universal, no tienen ni realidad ni vida. El ingenio humano cegaba así una fuente perenne de ideas y de emociones bellísimas. El ingenio humano se iba en pos de lo artificioso, y á la manera de un mal pintor, copiaba el maniquí de su estudio, el maniquí de trapos, en vez de abrazar la eterna realidad y anegarse en sus océanos de vida. ¡Cuán horrible sería, de poderse realizar, aquel bosque soñado por uno de los poetas mayores del siglo XVI, en que los troncos de los árboles se componen de humanos cuerpos! A esa obra del arte, que debiera superar la naturaleza, preferirá el sentido común los altos árboles mecidos por el viento; la resina y la goma que por los troncos fluye; el recorte de las hojas festoneadas de luz y repetidas y dibujadas por las sombras en el mullido suelo; la monótona vibración y los brillantísimos cambiantes de los zumadores y de los pintados insectos; el serpentear y correr de las aguas entre las frescas hierbas; los aromas y las esencias de verdadero bosque. Pero no extrañemos los seculares errores de esta pobre humanidad, que anda á tientas por el universo como si anduviera á oscuras.

Y, sin embargo, nada hay tan hermoso como la primera luz desvaneciendo las sombras, quebrando sus rayos en la atmósfera, produciendo alboradas y auroras del color de los ópalos, que despiertan á todos los seres y arrancan su coro de gorjeos á las avejillas atraídas hácia alturas henchidas de purísimas esperanzas y sonrosadas ilusiones, como el alma y las mejillas de una virgen inspirada por el pudor, no rubor, de los primeros amores. Y no quiero encarecer la salida del sol con todos sus arreboles reflejados en las gotas de rocío que tiemblan por las hojas de la fresca hierba; ni la noche cargada de estrellas; ni los reflejos de las auroras boreales, semejantes á incendios de los aires; ni las varias formas de las nubes errantes; ni la extensión del mar azul con sus ondas que palpitan, con sus espumas que hierven, con sus estelas que brillan como si fueran gérmenes de mundos, con sus algas y sus caracoles que embellecen las orillas, con sus brisas que cantan con la sublime voz de lo infinito.

No me habéis de aquellas edades en que apenas sentía el alma humana los encantos de la Naturaleza. No me habéis de aquel misticismo que ha divorciado al hombre de la creación y que ha hecho del terreno donde debía brotar la raíz de la personalidad el áncora de la tiranía y el título de la servidumbre. No me habéis de aquellas esculturas cuyos cuerpos rígidos parecen cadáveres; de aquellas crónicas en las cuales se registran con tanta indiferencia los fenómenos más interesantes del mundo físico, y de aquellos terrores que oían la trompeta del juicio final resonando en las alturas, y á través del centelleo de los astros descubrían la total ruina y desquiciamiento de la máquina celeste, y bajo las formas de la hermosura femenina, el hedor de los cadáveres unido á la fealdad de los esqueletos, y por todo residuo de este universo, donde brillan y sueñan en sus elipses celestes tantos astros, un montón de cenizas disipado por el soplo de los ángeles ex-

terminadores, á quienes la cólera de Dios enviaba con cometas por espadas, sus cabelleras de fuego, sus hábitos de muerte sobre la tierra ennegrecida por la culpa, y ni siquiera rescatada por la Pasión de Jesucristo y el próximo amor de nuestro eterno Padre. ¡Cuánto prefiero aquellas edades en que vivíamos contentos con nuestras estrechas relaciones entre el espíritu y la Naturaleza; sin esa desproporcion de la forma con la idea que hoy nos acorcha; sin la tristeza interior que á todas partes llevamos; viéndolo en cada recodo del camino, sobre las colinas sombreadas de mirtos y en los hondos valles cubiertos de adelfas, al borde de los arroyos y á la orilla de los mares, en el rizado de las ondas y en la sombra de los árboles, entre las nieblas que coronaban las cimas de los montes y las gotas de rocío que temblaban en los pétalos de las flores, la forma humana dibujándose perfectamente, con la hermosura propia de los dioses, la ninfa en el arroyo, la náyada en el río, la sirena en el mar, la bacante en los campos, los faunos entre las hojas de los bosques, el dios Pan con su caramillo por los oteros, componiendo un coro inmortal, como si todas las cosas tuvieran almas, y todas las almas exhalarán armoniosos y no aprendidos cantares en aquellas fiestas animadas por un regocijo universal!

Entónces todas las estaciones parecían bellas. ¿Cómo no había de serlo, por ejemplo, el Otoño? Ya oigo murmurar á algun descontentadizo que nos empeñamos en poetizar lo feo y que preferimos la estación de las nieblas y de las lluvias á la estación de las flores. No, ciertamente. Parecemos bellísima la Primavera, en que la savia hincha las yemas, las hojillas brotan, la flor campea, las aves enamoradas cantan, los nidos penden de las ramas llenos con esperanzas de vida, el cielo se hermosa por los crecimientos del día, y la tierra entera se atavía de sus más bellos adornos, como la juventud y el amor, esos paraísos de la vida. Yo digo de las estaciones de la tierra lo mismo que digo de las edades del hombre. Todas tienen su belleza. Cuando estamos en la madurez de la vida, cuando nos dirigimos á la ancianidad solemos dolernos de nuestros años presentes, próximos achaques y deplorar la juventud perdida. Pero si nos dieran que volviéramos á comenzar nuestro camino, de seguro nos resistiríamos con resistencia invencible. No deseáramos la vuelta á los tiempos en que balbuceábamos la lengua y no comprendíamos la vida, y nos formábamos ilusiones desmentidas luego por el tiempo, y pasábamos las enfermedades propias de la juventud del cuerpo y las pasiones propias de la juventud del alma; y nos perdíamos en sueños, ambiciones, combates, amores, juegos, esperanzas que habían de evaporarse y desvanecerse sin dejar tras sí ningún rastro, malogrando una parte considerable de nuestro tiempo, y fingiendo fantasmas tan hermosos, pero tan vanos como las pintadas y fugaces mariposas.

Si la estación de las flores tiene su hermosura, también la estación de los frutos. ¿Qué sería de nosotros si no pasáramos del florecimiento y de sus aromas y de sus pintados colores? Nos pareceríamos á aquellos viajeros del apólogo indio que pasaron por un campo de arroz y de trigo y lo menospreciaron creyéndolo baladí, para detenerse y pararse ante un campo de rosas y azucenas á fin de aguardar allí los frutos ofrecidos por tan bellas flores. El fruto es en la naturaleza como la consecuencia en lógica, como la idea concreta en metafísica. La estación provista ó providencial por excelencia es la estación en que se siembra el grano y se cosecha el vino; en que las frutas más sabrosas y más necesarias penden de los árboles, despojadas de flores y próximos á perder sus hojas. Por la armonía que hay entre la vida del hombre y la vida de la Naturaleza, parece á esa edad de la madurez de nuestras existencias, en que las pasiones se dejan guiar por la voz de la razón, y los actos por la voz de la conciencia, y las ideas tienen cierta armonía y las facultades todas cierto

equilibrio, teniendo aún nuestro ser, de la juventud, la robustez con la hermosura, y de la ancianidad, esa majestad que dan los años y que tan profundo respeto inspira por las indelebles sanciones del tiempo y por sus larguísimas y solemnes experiencias.

Es verdad. Los días se acortan. Crecen las noches con grande crecimiento. El cielo se empañá porque el desequilibrio entre el aire enfriado por las largas tinieblas y las tierras encendidas por los calores del estío trae las lluvias. Comienza á coronarse la alta montaña de nieves, semejantes á las primeras canas, y los valles á cubrirse de hojas secas, semejantes á ilusiones muertas. La mariposa pliega sus alas y deja de ostentar sus mil colores y matices por la dilatada campiña. Los pájaros que amamos más se van, como la sagrada golondrina, cuyo regreso tanto nos ha alegrado en otro tiempo. Sécanse las flores, y cierta solemne melancolía se apodera del alma y se extiende como un paño fúnebre por toda la creación.

Pero, á cambio de eso, ¿qué tiene que ver un paisaje de Abril con un paisaje de Octubre, para quien sabe contemplar los espectáculos de la Naturaleza? Todo verde en la Primavera, todo embellecido por ese matiz uniforme de las primeras hierbas y de las primeras hojas, variadas sólo con algunas flores que el calor de la vida y sus esperanzas abren por las ántes secas ramitas de los arbustos frutales. Y el Otoño da á los bosques una indecible variedad de colores y de matices. Mallida alfombra de hojas secas se extiende bajo vuestros pies, y en las enramadas toman los árboles una indescriptible variedad de matices, teñidos de una indefinible poesía por lo mismo que tienen verdadera tristeza. Ya se ven hojas de color de oro que tiemblan al vientecillo y se transparentan cual si fueran luminosas. Ya hojas que del color amarillo pasan al color naranjado con graduaciones de una inexplicable belleza, como las de esas cintas de vapores tendidas sobre el ocaso y por los bordes del horizonte. Ya un color purpurino enciende y enrojece con toques de fuego árboles que se elevan junto á otros árboles de un verde desmayado y pálido.

Nunca olvidaré una tarde de otoño en ese Escorial tan sombrío como majestuoso, en que las piedras todas os hablan de la muerte. El color pálido de las hojas que comenzaban á caerse contrastaba con las verdes jaras del suelo, y las nubes aglomeradas en diversos espacios del horizonte con los resplandecientes claros de azul celeste, y la lluvia prendida á las hojas con los rayos de un sol canicular que salían de pronto y animaban el paisaje hácia el Mediodía, entonado por una tempestad oscura y tonante, y al Norte embellecido por las primeras nieves que acababan de caer sobre la violácea cordillera, cuyos transparentes riscos se armonizaban de una manera admirable con las parduscas piedras de la inmensa y faraónica tumba.

Pero también tiene la estación otoñal sus alegrías. Yo recuerdo aún los otoños de mi valle meridional con piadoso regocijo. Henchíase la casa con toda suerte de frutas. Sobre anchas piedras las familias campesinas abrían las almendras extrayéndolas de su primera corteza toda perfumada por la resina y la goma bien olientes. Cortábamos las colmenas, defendidos contra el aguijón de las abejas con impenetrables guantes y máscaras y capacetes de alambre, y recogiendo en cambio aquella rica miel, quinta esencia de las flores de primavera cosechada en los primeros días del otoño. La acefuna negreaba por los olivos. La higuera, entre sus hojas todavía verdes, ostentaba los sabrosos y oscuros higos. A las puertas de nuestras casas alzábanse grandes montones de maíz, cuyas espigas encerradas en áureas hojas que adornaba sedosa madeja, una vez desprendidas y echadas al suelo producían singular ruido, que no puede explicarse con la palabra, pero que todavía cubrenve más anfratas y evoca en mi mente los dulces recuerdos de la infancia con su lejano susurro. La naturaleza se unía á todas estas fiestas campesíes, pues celebrábamos como si fuera una boda la inmolacion de los

cerdos, con penden de mis lectoras, como decían nuestras buenas gentes. Cuando aun no amanecía sacaban allá por triste mañana de Noviembre al perezoso animal de su lecho de inmundicias. Tiene la infancia tal crueldad, por lo mismo que ha experimentado poco el sentimiento y casi nada el dolor, que nos deleitaba despertarlos al són desgarrador de sus lamentosos gruñidos, cuyo estridor ahora, francamente, no podríamos soportar. Tendíanlo en una mesa, donde forcejeaba con la furia propia del apego que todos los seres tienen á la vida, y lo acababan abriéndole con ancho cuchillo honda incisión en la garganta, por cuya herida lanzaba borbotones de sangre y ronquidos de muerte. Quemábanle luego la piel, para extirpar las cerdas, con hachoncillos de esparto, cuya luz, cuyo humo, cuyo calor nos encantaba con indecibles encantos. No sabéis, no, lo que es el campo, lo que es el pueblo, los placeres de la vida del hogar y de la vida del trabajo, si no habeis visto en la ancha caldera hervir la morella negra como el azabache; en el lebrillo verde amontonarse la masa de los chorizos rojos como los pimientos riojanos; en la blanca tripa crecer la sonrosada longaniza; por un lado los jamones recién cortados, por otro los huesos mondadísimos, aquí el mondongo, allá el rabo y la cabeza y las orejas, abriendo el apetito con la oferta de convertirse á la lumbre y por providas manos aderezados en sabrosísimos manjares, los más gratos á nuestro paladar, porque, á decir verdad, y aunque no venga á cuento, no me extrañan los combates de nuestra política por el presupuesto, después que he averiguado, al recorrer las cocinas europeas y sentarme en las mejores mesas, por la preferencia dada á los alimentos con que mantuvimos nuestra infancia sobre todos los demas alimentos, como el órgano por excelencia patriota de nuestro cuerpo, más patriota aún que el corazón, es el estómago.

Pero la fiesta por excelencia del Otoño es la vendimia. Amarillean los pámpanos, y de los gruesos sarmientos penden los opimos racimos. ¡Cómo se transparentan, cómo se engordan, cómo se endulzan pidiendo la necesaria transformación en esa caliente sangre de la tierra que se llama vino! Las abejas corren á picar los granos y zumban como si les dieran una serenata ó las alabaran por su riquísima miel. Mirad los vendimiadores inclinándose ó irguiéndose para cortar el racimo, trabajo que amenizan con alegres tragos y alegrísimas canciones. Junto á las cepas, en espaldas grandes, en canastos circulares, lucen las uvas blancas, negras, purpurinas, verdes, ora tirando al color del ámbar, ora al matiz de la rosa. Una tarde estaba yo en Málaga, en viña amenísima, sobre una colina al borde del mar, volviendo de continuo la vista desde las orillas doradas por la arena á las montañas por el sol poniente esmaltadas y sobre cuyas crestas se veían, como si fuera la luna llena saliente, el pico más alto de Sierra Nevada circundado por las reverberaciones de un cielo espléndido y clarísimo. En aquella feraz campiña, entre cepas de pámpanos rojos y verdes, bajaban como en coro las jóvenes campesinas, llevando sobre sus esféricas cabezas cestos semejantes á las ánforas antiguas, llenos de áureos y olorosos moscateles, que les daban el aspecto de las bellísimas cantoras griegas, cuando en las llanuras de la Atica mantenían sobre sus frentes, por el cincel de Fidias y Praxíteles esculpidas, los templos de los dioses armónicos en su sencilla arquitectura como los exámetros de los poetas. Otro día me paseaba por los campos de Mantua al terminar Octubre, recitando en mi memoria los versos más bellos de Virgilio. Una carreta se paró en el camino, tirada de bueyes que llevaban sobre el testuz sendas guiraldas de frescas y olorosas hierbas. Dos jóvenes campesinos metidos dentro de aquella carreta, que era como un lagar ambulante, pisaban las uvas con las cadenas y los compases de un baile. Desde la zaga caía por una especie de caño abundante chorro de vino, tan grueso como el chorro de una fuente, que esparcía vivificador aroma. En

torno de la carreta, niños medio desnudos, pero coronados de pámpanos, muchachas de una belleza escultórica, con las sienas ornadas de flores, bailaban de tal suerte y cantaban con tanta solemnidad y tanta poesía, que me creí en una de aquellas danzas religiosas de otros tiempos, como si el Dios-Naturaleza viviera y habitara todavía el santuario de los campos, recibiendo ofrendas y holocaustos de los felices campesinos. ¡Oh! La vendimia, el matiz de las hojas, la transparencia de los racimos, los sarmientos inclinados al enorme peso, los montones de uvas aquí y allá, las espaldas llenas, los carros y carretas en todas direcciones, los coros alegres de los vendimiadores, el lugar donde pisan al són de las canciones y con los compases del baile el mosto olorosísimo, la alegría de la vida exuberante, todo esto compone un poema campestre, un idilio que no puede olvidarse y cuyo recuerdo recrea el ánimo y esparce la imaginación en cielos espléndidos de pura é inextinguible poesía.

Las fiestas de la Primavera se diferencian mucho de las fiestas del Otoño. La religión, que tiene tanta poesía, ha puesto en los meses de Abril y Mayo las Pascuas floridas, la Ascension á los cielos, los días consagrados á ofrecer á la Virgen la cosecha de flores nacidas y brotadas al soplo de su divino amor. ¡Cuántas veces, de niño, he unido mi voz á las letanias cuando el clero de mi parroquia iba por las mañanas á bendecir con la Cruz de Mayo los campos henchidos de exuberante savia! ¡Cuántas veces he creído, el día de la Ascension al cantarse la misa de hora, acompañada por el órgano, que los olivos volvían el revés de sus hojas al verlo, tornándose de verdugros en albos y plateados para contemplar la subida de Cristo en sonrosada nube á los cielos! En Otoño las pardas nieblas vienen y lloran; las golondrinas se van y dejan sus vacíos nidos en los aleros de los tejados, en los techos de las cabañas. ¡Cuánta diferencia entre su alegre venida, que anuncia la luz, el calor, la vida, las flores, la alegría universal, y su triste despedida, que anuncia el cierzo, el hielo, el desluzo, la muerte! Mil veces, á las últimas, á las más atrasadas golondrinas, á las que revolotean atéricas en torno de nuestros cristales ya cerrados, como si no quisieran dejarnos, y pian una de sus elegíacas lamentaciones, les he rogado que me llevarán con ellas, en sus alas, á través de los mares, allá á las tierras del sol, exentas de nuestras escarchas, donde el invierno brilla como una primavera perpétua. Pero vuelan, se van y se llevan un año de vida en sus tenues alas. Y nos dejan próximos á esas largas noches de invierno en que el viento ruga y la lluvia azota nuestras ventanas. ¡Oh! Se van, se van y nos dejan. Por eso, como en el mes de Mayo las flores de María, en el mes de Noviembre la fiesta de los muertos. Si, á vosotros los que os habeis ido de nuestro lado, los que paseais por otros mundos, dejándonos por toda herencia vuestros huesos y vuestras cenizas, os conmemoramos todos los años, cuando los ruidos se callan, cuando las golondrinas se van, cuando los árboles se deshojan, cuando las hojas se pudren por la fiesta de Noviembre, que se llama también la fiesta de los muertos. Entonces vamos á los cementerios y recogemos nuestra alma en los recuerdos y consagramos una oración á los muertos. Todo es sombrío, todo triste. Pero así como bajo la escarcha se oculta y germina la semilla, que lleva las espigas, bajo el sepulcro se oculta y germina la resurrección, que lleva en sí la inmortalidad. Todo renace en el universo y todo renace en el alma. La vida es una transformación y un renacimiento continuo. La tumba es una larva de la cual sale un alma que extiende sus alas en lo infinito y llega hasta las cimas de la gloria. Ya que la vemos, creamos la resurrección universal y elevémonos á Dios, en cuyo seno se despertarán y se transformarán nuestras almas.

EL OTOÑO.

BALADA.

LETRA DE D. MANUEL DEL PALACIO Y MÚSICA DE D. VALENTIN ZUBIAURRE.

CANTO. *Allegretto maestoso.*

PIANO. *Allegretto maestoso*
dol.

dolce.

Pa - só la pri - ma - ve - ra, los pá - jaros se van,

sf *eres.* *dim.*

Y en vez de flo - res, de ho - - jas se cu - bre el cie - lo ya:

eres. *dim.* *P*

mf
To-do se a-gos - ta y mue - re, To-do sus - pi - ra al par, Y el

mf

f rit. a piacere. a tempo.
cie - lo co - mo el al - ma Nu - bes tie - ne no mas.

f rit. *f* con la voz. *mf*
eres:

dol. *sf*
Co - mo el re - cuer - do ha - la - ga Del fir - ma - men - to a -

p

cres.
- zul Cuan - do la tier - ra en - te - ra pal - pi - ta de in - que -

pp dol. cres.

aud; *dol.*

Co_mo las flo_res pa_san, Co_mo pa_só la

dol.

cres. sf ten. *sf* *dim.*

luz, Co_mo las flo_res pa_san Co_mo pa_só la

pp *con la voz.* *sf*

a tempo. *mf*

luz, ay! ¡Ay! pri_ma_ve - ra mi - a! A - si pa_sas - te

p *a tempo.* *mf*

cres. con pasion. *ff* *rit.*

tú! ¡Ay! pri_ma_ve - ra mi - a! A - si pa_sas - te tú!

cres. *ff* *rit.* *con la voz.* *mf* *ff*

GRAVINA Y NELSON.

(ANIVERSARIO LXXIII DEL COMBATE DE TRAFALGAR.)

Si la recordacion de los sucesos infaustos eleva el pensamiento, lo purifica, lo reconcentra, lo dirige hácia la meditacion tranquila de las causas que los produjeron (como ha dicho con verdad un distinguido escritor), oportuno será dedicar en este sitio un recuerdo al memorable combate de Trafalgar, ocurrido en 21 de Octubre de 1805, publicándolo en las páginas 92 y 93 fieles retratos de los almirantes Gravina y Nelson, víctimas los dos, vencido y vencedor, del cumplimiento de su deber.

Si con la paz de Amiens había logrado España días de sosiego y aun de ventura, despues del tratado de París quedó ligada á los caprichos del primer Bonaparte; por eso nuestras escuadras quedaron sometidas á la direccion de ineptos almirantes franceses, que las comprometian en las aguas de Finisterre y las llevaban á la bahía de Cádiz, última etapa de la marina nacional en aquella ocasion tristísima, por orden expresa del malaventurado Príncipe de la Paz, y contra el parecer de Gravina y de Churruca.

Describen la batalla con todos sus sangrientos episodios las páginas de la Historia; poetas de patrióticos sentimientos y estro varonil la han cantado en sonoros versos; artistas insignes, inspirados en el heroísmo y en la gloria de vencidos y vencedores, la han conmemorado en magníficas obras de arte.

Consérvanse innumerables documentos referentes al combate en el archivo del Ministerio de Marina y en el de Simancas, en manuscritos debidos á Gravina, Escaño, Ferrer y Barreda; en libros españoles de los Sres. Alcalá Galiano, Ferrer de Conde, Pavía, Marliani y otros historiadores; en los periódicos ingleses y franceses de la época, principalmente en *The Morning Chronicle* de Londres y en *Le Moniteur* de París, y en muchas obras de escritores extranjeros.

Resumiéndolas en breves líneas, describe así los sucesos un conocido literato:

«Al amanecer del 21 de Octubre, fecha memorable la de ese día! se avistan formalmente las escuadras, se preparan al ataque y se presentan en orden de batalla.

«El *San Agustín* fué el navío que disparó el primer cañonazo contra la columna enemiga de sotavento, luego siguió el *Monarca*, más tarde el *Santa Ana*, en seguida el *Venguesa*, hasta que se generalizó el ataque en toda la línea.

«Callingwood, almirante inglés, combate con maestría. Todo su afán se reduce á cortar la línea, interpolando unos buques con otros. Trabaja, se resiste, vuelve á atacar, vuelve á resistir, se entabla entre Alava y Callingwood terrible lucha de artillería, barreados los dos navíos tan cerca, que sus velas bajas se tocaban; el *Santa Ana* causa destrozos al *Royal Sovereign*, y recibe balas sin cuenta, cayendo heridos el general español y el capitán Gardoqui, y quedando diezmadas y sin buques sus respectivas tripulaciones.

«Nelson, el primer jefe y almirante de la escuadra, quiere cortar la línea. Se le opone el general español Cisneros con el navío *Trinidad*, que causa averías profundas al *Victory* y gran número de muertos y heridos.

«El capitán Lucas se defiende á la desesperada cerca de allí; no le auxilian los buques al mando de Dumanoir por más que lo ordena Villeneuve, y atraviesa el enemigo, á costa de pérdidas inmensas, la línea de batalla.

«En la escuadra de observacion, que cubria la retaguardia, cada navío era un volcan. No se combate en línea ó por escuadras, no; buque con buque, hombre con hombre. Dice Service, escritor francés, que del seno de la mar se eleva un incommensurable incendio con sus zonas de arcos-iris y sus pirámides de fuego, truenan el cañon sin descanso, millares de proyectiles atruenan los oídos, queman y matan; devoran los equipajes, las velas se hacen trizas y quebrantan los palos. Ya desaparecen los navíos tras espesos remolinos de humo, ya se muestran de

uevo saliendo de su nube, como aquellas belicosas deidades de la fábula que intervenian en los combates homéricos.

«Tal coraje, tanto valor sólo se explica por el deseo de apresar la insignia de Gravina. Los buques *San Ildefonso*, *Príncipe de Asturias*, *Argonauta*, *San Justo* y *Neptuno* resisten el empuje enemigo y atacan con heroico esfuerzo; caen heridos Gravina y Escaño, mueren bizarros oficiales....

«El navío *Juan Nepomuceno* combatía en lucha desigual con cinco ingleses, uno de ellos de tres puentes, sosteniéndose con bizarría. Su capitán era el brigadier Churruca, cuyo nombre envuelve el de toda la marina. Allí murió entre una lluvia de metralla, pensando en España. Cuando la bala de cañon derribó á Churruca, dijo aquellas nobles palabras: «Esto no es nada: siga el fuego.» Bien merece que se diga de este insigne marino: «era uno de aquellos hombres que llevan por lema vivir para la humanidad: morir por la patria.» Cómo habrá quedado el *San Juan* lo dice el hecho de que el mando superior recayó en un allérez de navío.

«El Gobierno concedió á la esposa de Churruca la viudedad de teniente general; la marina sufragó magníficas exequias; la municipalidad del Ferrol consagró una obra pública á su buena y santa memoria, y las naciones extranjeras inmortalizaron el nombre del marino español.

«El *Neptuno* y el *Intrepido* trabajaron con éxito y con gloria; Valdés é Infonet merecieron bien de la patria.»

El secreto de tan dolorosa jornada no lo era para Gravina: el almirante español, concienzudo en el consejo y sereno en el peligro, si en aquella ocasion hubiese sido suyo el mando, habría pasado el invierno al abrigo del puerto de Rota, dejando que los ingleses arrastraran en el bloqueo la inclemencia de los temporales; y en tanto, pertrechados sus navíos y adiestrada ya la gente bisoña en el manejo de cañones y de velas, hubierase presentado el momento propicio para retar al enemigo.

Desleñóse por el Gobierno español y por el almirante francés esta previsora opinion del almirante español, y Gravina, esclavo de su deber, murió como valiente y como cristiano. «Cerró su navío, el *Príncipe de Asturias* (cuenta un cronista inglés), por cinco de los nuestros, parecia un volcan que vomitaba la destruccion y la muerte.»

Pero una bala alcanzó á su noble jefe, y aunque la insignia del *Príncipe de Asturias* fué la única que tremoló siempre en el mar del combate, sirviendo todavía despues del desastre para reunir once buques españoles y franceses en el fondeadero de Rota, aquella última insignia, ensangrentada y hecha jirones, cubria ya el cadáver manitado del héroe español, digno de haber vivido en mejores tiempos y con más previsores gobernantes.

Allí murieron Churruca, Galiano, Alcedo, Escaño, Cisneros, Valdés, Uriarte, Alava y tantos otros españoles insignes, y perdió la patria sus mejores navíos.

Horace Nelson, el caudillo ilustre, ídolo de los britanos, vencedor en Aboukir, en Copenhague, en Trafalgar, donde consiguió lauros asombrosos, pereció tambien en la batalla: llevó, empero, al sepulcro la gloria del vencedor.

El contraalmirante francés M. Magon tambien perdió la vida; el almirante Villeneuve se salvó, pero luego él mismo se dió voluntariamente la muerte.

Así conmemoró el combate nuestro gran Quintana:

«Oh España, oh patria el luto que te cubre
Muestra en tan grave afán tu amarga pena;
Pero espera tambien, y con sublimo
Frente, de vil abatimiento ajena,
La alta Gódes contempla, y sus murallas
Besádas por las olas,
Que asombradas aún y enrojecidas,
Tiéndense allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.»

ANIVERSARIO LXXIII

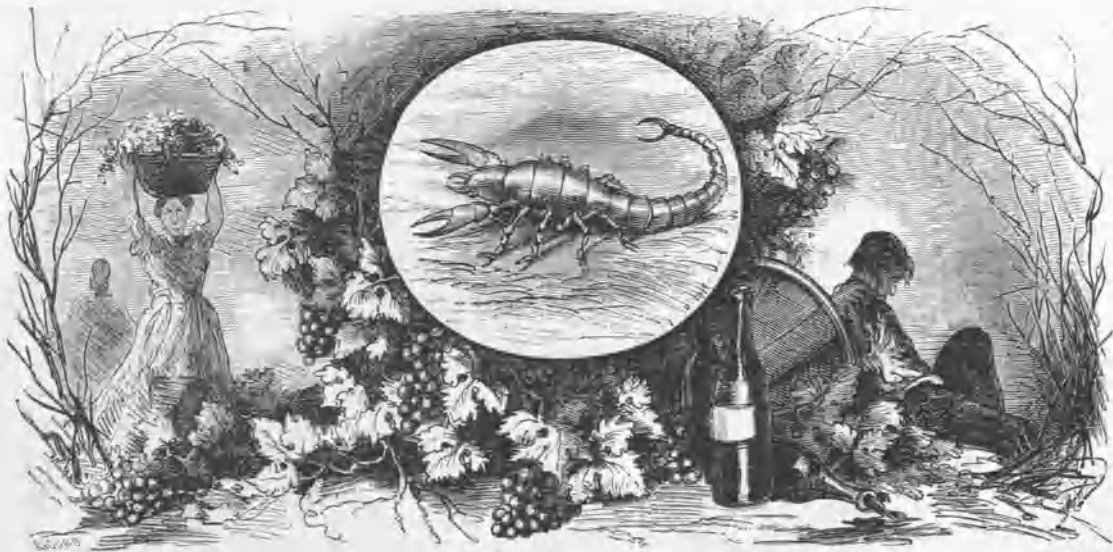


EXCMO. SR. D. FEDERICO DE GRAVINA,
ALMIRANTE DE LA ESCUADRA ESPAÑOLA.

DEL COMBATE DE TRAFALGAR.



LORD HORACE NELSON,
ALMIRANTE DE LA ESCUADRA INGLESA.



OCTUBRE.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.	LUNA.	
Salte.	Se pone.			Salte.	Se pone.
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.
5.55	5.44	1 Martí. El Santo Angel tutelar de España, y san Remigio, ob.	1578.—Fallecimiento de D. Juan de Austria, el héroe de Lepanto.	11.47 ^m	9.09 ^m
5.55	5.43	2 Miérc. Los Angeles Custodios, san Saturio, cf., y san Gerino.	1814.—Sangrienta batalla de Bancagua, en Chile.	12.48	10.10
5.58	5.41	3 Juev. San Camilo, mr., san Gerardo, ob., y san Faustino, mr.	1815.—Ejecucion del general D. Juan Diaz Porlier, en la Coruña.	1.36	11.14
		☉ Cuarto creciente, á las 6 h. y 36 m. de la mañana.			
5.57	5.40	4 Viér. San Francisco de Asis, fr., y san Antonio, ob. y mr.	1348.—Abolicion de los privilegios de la Union.	2.18	12.17
5.58	5.38	6 Sab. Stos. Froilan y Adriano, obs., y san Placido y compa.	1550.—Fundan los españoles la ciudad de Concepcion.	2.49	» »
5.59	5.37	6 Dom. Nuestra Señora del Rosario, y san Bruno, fr.	1590.—Profesa en Santa Maria de las Cuevas el pintor P. Gollas.	3.17	1.19 ^m
6.00	5.35	7 Lun. San Marcos, papa.	1870.—M. Gambetta sale de Paris, en un globo aerostático.	3.42	2.18
6.01	5.34	8 Martí. Sta. Brigida, vda., y sta. Pelagia, penitenta.	1670.—Nacimiento del sabio benedictino Fr. B. J. Feiboo.	4.06	2.17
6.02	5.33	9 Miérc. San Dionisio Arcopagita, ob. y mr., stos. Eleuterio y Andronico, mrs., y sta. Pubia, abadesa.	1868.—Sublevacion separatista de Yara, en la Isla de Cuba: principio de la cruel guerra que aún continua.	4.29	4.18
6.02	5.31	10 Juev. San Francisco de Borja, cf., y san Luis Beltran.	1719.—Desembarque de 4.000 ingleses en el puerto de Vigo.	4.52	5.16
6.02	5.30	11 Viér. San Nicasio, ob. y cf., y stos. Fermín y German, obs.	1707.—Muere el sabio arquitecto D. Jamon Durán.	5.16	6.06
		☽ Luna llena, á las 8 h. y 30 m. de la mañana.			
6.04	5.28	12 Sab. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, y san Serafin, cf.	1702.—Formacion del Batallon de Neolares, en Santiago.	6.44	7.05
6.05	5.27	13 Dom. San Eduardo, rey de Inglaterra, cf., y san Fausto, mr.	1634.—Inauguracion de la torre de Santa Cruz, en Madrid.	6.16 ^m	8.04
6.06	5.26	14 Lun. San Cuixto, p. y mr., y Ntra. Sra. del Remedio.	1613.—Orden para continuar las obras del palacio de Boisain.	6.53	9.04
6.07	5.24	15 Martí. Sta. Teresa de Jesus, vg. y fra., san Bruno, ob. y cf., y stos. Fortunato y Agileo, mrs.	1841.—Fusilamiento del general D. Diego de Leon, primer conde de Beloscoat, en Madrid.	7.27	10.03
6.08	5.23	16 Miérc. San Gudo, ob., sta. Adelaida, vg., y san Florentin, ob.	1868.—Comienza el derribo de la Ciudadela de Barcelona.	8.29	11.00
6.09	5.22	17 Juev. Sta. Euluvigis, vda., san Andrés de Gaudia, monje, san Eron, ob. y mr., y eta. Mamerta, mr.	1777.—Voraz incendio se declara en el monasterio de Covadonga, que destruye el antiguo templo.	9.27	11.53
6.10	5.21	18 Viér. San Lucas, evanq., y stos. Justo, cf., y Julian, em.	1364.—Asesinato de Yussuf L. rey moro de Granada.	10.51	12.39
6.10	5.19	19 Sab. San Pedro Alcántara, ob. y fr., stos. Aquilino, Verano y Eusebio, obs., y eta., y san Vito y compa., mrs.	1876.—Fallece en el convento de San Felipe el Real, en Madrid, el P. M. Gándara, erudito cronista.	11.39	1.20 ^m
		☉ Cuarto menguante, á las 8 h. y 45 m. de la mañana.			
6.11	5.18	20 Dom. San Juan Bautista, cf., sta. Irene, vg., y san Feliciano.	1820.—H. de Magallanes descubre el estrecho de su nombre.	12.49	1.56
6.12	5.17	21 Lun. Sta. Ursula y 11.000 vgs., mrs., y san Hilarión, ob.	1742.—Nacimiento del insigne escritor Artas Tejeiro.	» »	2.29
6.43	5.15	22 Martí. Sta. Maria Salomé, vda., y sta. Ovidia, vg. y mr.	1702.—Destruccion de una escuadra española en el puerto de Vigo.	1.59 ^m	2.59
6.14	5.14	23 Miérc. San Juan Capistrano, cf.—(Sol en Escorpio.)	1699.—Ultima enfermedad del insigne poeta D. Agustin Moreto.	3.11	3.29
6.15	5.13	24 Juev. San Rafael Arcángel, y san Martinian, cf.	1752.—Nace Pascual Calbo, pintor de Maria Teresa de Austria.	4.24	3.59
6.16	5.12	25 Viér. Stos. Crisanto, Daria, Crispin y Crispiniano, mrs., san Bonifacio, p. y cf., y san Frutos, cf.	1574.—Bula de Gregorio XIII elevando á metropolitana la insigne sede burgonesa.	5.39	4.54
		☽ Luna nueva, á las 10 h. y 34 m. de la noche.			
6.17	5.11	26 Sab. San Evaristo, p. y mr., y stos. Luciano y Marciano.	1656.—Fecha de una escritura á favor de Alonso Cano.	6.57	5.13 ^m
6.18	5.10	27 Dom. Stos. Vicente, Sabina, Cristeta y Capitolina, mrs.	1870.—Desastrosa capitulacion del mariscal Buzaine en Metz.	8.14	6.00
6.19	5.08	28 Lun. San Simon y san Judas Tadeo, apóstoles, y san Fidel.	1745.—Violento terremoto destruye la ciudad de Lhna.	9.27	6.54
6.20	5.07	29 Martí. San Narciso, ob., sta. Eusebia, vg., y san Cenobio, mr.	1818.—A poderarse los chilenos de la fragata española <i>Mosca</i> .	10.33	7.55
6.21	5.06	30 Miérc. Stos. Marcelo, Victorio y Claudio, mrs., y san Gerardo.	1777.—Conclusion de la iglesia de los Martires, en Malaga.	11.27	9.01
6.22	5.05	31 Juev. Stos. Quintín y Nemesio, mrs.—(Abstencion de curas.)	1799.—D. Francisco Goya es nombrado pintor de Cámara.	12.12	10.07

OCTUBRE.

LA RUSALKA (1).

Lleva tras sí los pámpanos *Octubre*,
Y, con las rectas aguas insolente,
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas ántes los vecinos campos cubre.

(L. L. DE ARGENSOLA.)

I.

EL LAGO MALDITO.

Entre las tierras famosas
Del Orenburgo y del Viatka,
Cuyos hondos valles riegan
El Ufa, el Volga, el Sakmara,
Y son histórico lustre
De la moscovita raza,
Hay una mágica selva
De ásperos montes cercada,
Donde la mano divina
Quiso prodigar sin tasa
La riqueza y los primores,
La hermosura y la abundancia.
Le dan grandeza los riscos,
Sombra las gigantes ramas,
Claros arroyos fresca,
Las flores aroma y galas.

Con ser la naturaleza
Tan rica, vistosa y vária,
Y tan grandes sus hechizos
Y sus maravillas tantas,
Todos huyen presurosos
De la espléndida comarca...
Reina allí siniestro influjo;
El valle y la selva espantan:
Sólo algún pastor humilde,
Que cruza por la montaña,
O algún cazador que mueven
El entusiasmo y la audacia,
Deja en la hierba del valle
Las huellas de humana planta.

La explicación de este enigma
Es allí sencilla y clara.
Hay de la selva en el centro
Una laguna encantada,
Que Ural y Sakmara undoso
Enriquecen con sus aguas:
Bellos árboles la adornan,
Y alegres islas la esmaltan.
Cuando el sol en sus cristales

Vida y esplendor derrama,
Es aquel valle un trasunto
De las regiones de Arcadia:
Todo allí respira amores,
Todo embelesa y halaga.

Mas llega la noche oscura,
Y el cuadro risueño cambia:
En la ribera, en las ondas,
Cruzan visiones extrañas;
Asoman marmóreos rostros
Ya entre flores, ya en las algas;
Mujeres de áticas formas
Sobre nenúfares saltan,
Y á un tiempo asustan y atraen
Sus fulgurantes miradas;
Ya en altos sauces se mecen,
Ya en fantástica algazara
Se acercan, bailan y huyen,
Juegan, bullen, gritan, nadan...
Si audaz ó incauto algún hombre
Por el valle infausto pasa,
Oye gemidos de muerte,
Rumor de infernales danzas,
O el estridor pavoroso
De siniestras carcajadas.

Es el lago misterioso
Imperio de las *rusalkas*,
Que el vulgo con sano instinto
El Lago Maldito llama.
¡Ay del que cede en su margen
A la seducción infausta,
Y no ve, firme y cristiano,
El *lasciate ogni speranza*,
Tremenda ley con que el Dante
Castiga culpas humanas!

II.

NATATCHA.

Mil arroyuelos en floridos cauces
Riegan del monte la ostentosa falda;
Cedros, alerces, plátanos y sauces
Del lago son magnífica guirnalda.

Una cabaña allí. Quizá algún mago
La formó, huyendo la humanal contienda:
Solitaria, atrevida, junto al lago
Alza su techo la gentil vivienda.

Orlan de las ventanas los contornos
Clemátida olorosa, vid silvestre,
Y despliega en los rústicos adornos
Todo su hechizo el esplendor campestre...

Mas falsamente á su exterior responde:
Cuando parece de la dicha el centro,

(1) Alguna aunque escasa parte del asunto está imitada de un poema dramático del célebre escritor ruso Púchkin. La *rusalka* es en las leyendas moscovitas como la *oudina* ó la *willi* en las leyendas alemanas: una ninfa acuática, especie de sirena, que con sus hechizos cautiva la voluntad humana. Pero la *rusalka* es de índole perversa: atrae de noche á los hombres para hacerles morir ahogados en los ríos ó en los lagos.]



Es tumba hermosa que en su gala esconde
El silencio y la muerte que están dentro.

Allí reina la paz; mas paz sombría:
Ni á la mente da luz, ni al pecho calma:
No es la quietud feliz de la alegría;
Es la angustiosa soledad del alma.

Mora un anciano allí, que esquivo el mundo:
En su noble expresion, adusta y grave,
Huellas asoman de dolor profundo.
Quién es, de dónde vino, nadie sabe.

Su hija Natatcha, niña encantadora,
Vive con él modesta é ignorada:
Las admirables prendas que atesora,
Las aprendió de Dios; del mundo, nada.

Sueña y espera: la ilusion querida
Busca en la soledad de los pensiles:
Esperar y soñar: esa es la vida
En la lozana edad de quince abril.

Su alma vislumbra incógnitos placeres;
Le anuncia la esperanza un nuevo día:
Ve que en la union dichosa de los seres
Hay un mundo de amor y de armonía.

La voz del ruiseñor que en selva inculta
Canta gimiendo con amante halago;
La cascada espumosa que sepulta
Su cabellera espléndida en el lago;

La nube que fantástica se mece;
La blanca luna, el vagaroso insecto,
Cuanto vive y palpita le parece
Obra inmortal de misterioso afecto.

El aura, el sol, la luz de la alborada,
Todo respira amor, y amor le enseña
Hasta la hiedra amante y obstinada
Que busca arrimo en la encumbrada peña...

Natatcha ama tambien: ella al concierto
De la creacion divina se conforma;
Mas dar no puede en misero desierto
A la ilusion celeste humana forma.

Pero una voz secreta le asegura
Que ha de encontrar del corazon la llave,
Y Dios no ha de negarle una ventura
Que da al insecto y á la flor y al ave.

III.

EL PASTOR Y EL BOYARDO.

El Pastor.

Si amas la vida y el alma,
No bajes, Bóris al lago;
Quien allí va, nunca vuelve,
Que es la mansion del diablo.

El Boyardo.

Allí vive una doncella;
La descubrí ayer cazando:
Belleza tan peregrina
Ni vi ni soñé...

El Pastor.

Es dechado
De hermosura; mas ¿ignoras
Que es su padre brujo ó mago,
Y su madre una rusalka?

El Boyardo.

¿Qué me importa, si la amó?

El Pastor.

¿Cómo, imprudente! ¿No miras

Que forman consorcio extraño,
Ella, casi una hechicera,
Tú, un opulento boyardo?

El Boyardo.

¡Hechicera! Sí, lo es;
Toda el alma me ha robado.
Irás en breve á Sarapl,
Gloria á ser de mi palacio.

El Pastor.

Victima, Bóris, serás
De tu autojo temerario.

IV.

REALIDAD DEL ENSUEÑO.

Era una tarde de Abril:

Natatcha flores cogía,
Y de pronto en el pensil
Ve al cazador más gentil
Que soñó su fantasía.

Bóris el afán le expresa
Del inmenso amor que siente:
Ella le oye sin sorpresa,
Y sin rubor le confiesa
Que ya le amaba en su mente...

La mujer siempre ha creído
Que es el soñado amador
El primero que rendido
Hace vibrar en su oído
Dulces palabras de amor...

Bóris, al lograr la palma,
Su loco delirio calma.
Nada hay en ello que asombre:
Amó reservando el alma,
Como suele amar el hombre.

Ella perdió su albedrío,
Y de sus ciegos amores
Fué á su pecho el desvarío
Lo que es el sol á las flores,
Lo que á la planta el rocío...

Mi musa en contar no insiste
Cuitas de su amante pecho:
Contára la historia triste
De todo amor satisfecho,
Desde que la tierra existe.

V.

DESENGAÑO.

Dos meses dió muestras Bóris
De ternura y de entusiasmo;
Pero aquellos juramentos
Y aquellos dulces halagos
Duraron ¡ay! lo que duran
Las flores de Abril y Mayo...
¡Desventura horrible! Un día
Le esperó Natatcha en vano...
Aquel día, y otro y otros,
Pasaron lentos y amargos,
Sin que la grata presencia
Ni aun noticia del boyardo
De la niña enamorada
Viniera á enjugar el llanto...
«¡Está enfermo! se decía...
Y no volar yo á su lado
A darle vida y consuelo [...]

Natatcha le amaba tanto,
Que en su mente no cabia
Que fuese Bóris ingrato.

Pronto vió que encierra abismos
El fondo del pecho humano...
Una mañana en las cumbres
Divisa un hombre á caballo.
Corre á su encuentro azorada;
No es el cazador gallardo:
Es un *mugik*. Llega: humilde
Pone una carta en sus manos,
Y á sus piés dos cofrecillos
De plata y marfil labrados.
Ni una palabra pronuncia
Natatcha. El *mugik*, turbado,
Se inclina, monta, y se aleja
Por los montes escarpados.

Así la carta decia:

«Me es fuerza dar nombre y mano
»A Olga, la ilustre *barina*.
»Su alto blason, su alto estado,
»De mi familia el influjo,
»Los ruegos del Soberano,
»Mi resistencia vencieron.
»Soy Natatcha, desgraciado.
»Ya no hemos de vernos nunca;
»Compadéceme: te amo.»

Natatcha nada comprende
Del lenguaje cortesano.
Que hay allí mengua y perfidia
Le dice su instinto claro,
Y que su dicha se ha roto,
Cual se rompe frágil vaso.

El cofrecillo más grande
Contiene hermosos brocados,
Ricas joyas y preseas
Que son del arte milagros;
El otro contiene en oro
Dos mil rublos... Al mirarlos,
Ella tiembla: le parece
Afrentoso el desengaño,
Cada moneda un insulto
Y cada perla un agravio.

Serénase. Algo la anima
De los seres sobrehumanos:
Ni una lágrima en los ojos,
Ni una palabra en los labios.
Resuelta está: los dos cofres
Lleva á un erguido peñasco,
Cuyo pié las ondas bañan.
Allí con semblante airado
Los arroja, y en un punto
Las ondas los sepultaron.

A su cabaña querida
Vuelve los ojos turbados;
Mas no vacila: su amor
Era de su vida el lazo.
Al lago estóica se lanza
Por dar á su afan descanso...
Era de los tristes séres
De sus pasiones-esclavos,
Que contra humanos dolores
Buscan en la muerte amparo,
No en la heroica fortaleza
Del sentimiento cristiano...

Se hundió: hirviente remolino
Produjo el horrible salto,
Y el sordo rumor del agua
Pareció gemido infausto.
Luégo círculos movibles
Con las ondas se formaron:
Los círculos se extendieron,

Y fué su impulso más blando;
Y despues de unos instantes,
Imágen vil del engaño,
Quedó luciente y sereno
El cristal azul del lago.

VI.

LAS BODAS.

En una ostentosa quinta,
No léjos de Novgorod,
Celébranse de Olga y Bóris
Las bodas. Tanto esplendor,
Tan franca y pura alegría
Jamás la comarca vió,
Y allí se encuentran unidos
El magnate, el labrador.
En honra de los esposos,
Del banquete en el salon,
Entonan las aldeanas
Cantos de dicha y de amor...
Mas de pronto, ¡qué sorpresa!
Cual del trueno el bronco són
Se escuchára en claro día,
Se escucha siniestra voz
Que entona firme, implacable,
Esta insolente cancion:

«No saldrá la dicha
»De esta union fatal.
»Estos dos esposos
»Mal unidos van:
»Bóris es perfidia,
»Y Olga es vanidad.»

La cancion hirió de Bóris
Como un dardo el corazon.
Del concurso en rabia ó miedo
Se convierte el estupor:
Unos la voz sobrehumana
Juzgan aviso de Dios;
Los más traza del demonio...
Fué en balde la indignacion:
Todos oyeron el canto;
Nadie á la cantora vió.

VII.

LOS CANTOS DEL LAGO.

Del despecho el dardo agudo
Olga sintió... Amar no sabe,
Y alma en que el amor no cabe,
Hacerse amar nunca pudo.

No halló Bóris el hechizo
Del sueño de la ventura,
Y aquella union sin ternura
Cual la nieve se deshizo.

Sólo un instante cediera
Del orgullo á los halagos;
Pero hay instantes aciagos
Que abarcan la vida entera...
¿Qué le importa la ambicion,
Si su grandeza presente
No da un destello á la mente
Ni un latido al corazon?...

No puede á su esposa amar;
Y olvidada la *barina*,
Vuelve á la ilusion divina
Que Natatcha hizo brotar.

Fué al Sakmara: el lago vió

Siempre apacible y risueño;
Mas no halló al hermoso dueño
Que el alma le arrebató.

Blanco de su propia saña,
Vió muerto al anciano, y luego
Despojo informe del fuego
La bella y gentil cabaña...

Llega la noche: el horror
De la sombra le importuna;
Mas pronto vierte la luna
Melancólico fulgor.

Divisa á la luz escasa
Vaga forma de mujer,
Y á Natatcha piensa ver
Como al través de una gasa...

No es Natatcha: cual de un astro
Luz brotaba en su mejilla,
Cuando en ésta sólo brilla
El hielo del alabastro.

Genio del bien ó del mal,
Que á la admiracion provoca,
Canta así, sobre una roca,
Aquella forma ideal:

«Yo soy la rusalka,
Del hombre enemiga:
Rencores abriga
Mi raza inmortal.

Con furia implacable
Despliego mi encono,
Sentada en el trono
Del genio del mal.

Si hechiza á un mancebo
Del lago el camino
Y el són peregrino
Del aura sutil,
Se acerca, y admira,
Extático y ciego,
Mis ojos de fuego,
Mi tez de marfil.

Ansiando venganza,
Soy hada ó sirena,
Que el alma envenena
Con cantos de amor.
¡Ay dél, si al viajero
Fascina mi halago!
Las ondas del lago
Castigan su error.

Bóris ve impasible
Visiones nocturnas
De acnáticas urnas
Salir de tropel:
Dominan su mente
Memorias pasadas;
Del lago las hadas
Desdeña el infiel...

La noche los bosques
De espíritus puebla:
Yo vago en la niebla,
Yo duermo en la flor.
Yo soy cuerpo ó sombra,
Neblina del río,
Ya luz, ya rocío,
Ya ténue vapor.

Mi cuerpo impalpable
Penetra en la nube,
Corre, gira, sube,
La luna al nacer;

Y á un rayo del alba,
Del lago en la espuma,
Del aire en la bruma
Se esconde mi sér.

Del Volga me lleva
La rauda corriente:
Del euro potente
Me dejo arrastrar.
Yo corro en sus alas
Los dos hemisferios:
Yo sé los misterios
Del cielo y del mar.

Viviendo anhelante,
Del lago en la linfa,
Maléfica ninfa,
Fantasma ó mujer,
Mi culpa así expió;
Tal es hoy mi suerte:
Mentir, dar la muerte
Brindando el placer.»

Bóris escucha atónito
Aquel extraño acento.
Delirio de su espíritu,
Fantástico portento
Juzga el terrible cántico
Que con pasion satánica
Su vida amenazó.
¿Es ilusion, es vértigo
Que arrastra y turba al hombre?...
No; que en el canto insólito
Distinto oyó su nombre,
Y á su conciencia tósigo
Dieron memorias lúgubres
De un tiempo que pasó.

Ve á la doncella cándida
Que abandonó inclemente;
Ve su perdido júbilo;
Y en su dolor presente
Verdugos son del ánimo.
Sus juramentos perdidos,
Su malogrado amor.
Maldice el mundo frívolo
Que hizo infeliz su vida.
Le dice el clamor áspero
De su conciencia herida
Que del orgullo al ímpetu
Y á grandezas quiméricas
Vendió dicha y honor.

Derrama acerbos lágrimas,
Ya de vigor exhausto,
Y huye anheloso y rápido
De aquel lugar infausto...
Mas resplandor fosfórico
Que el lago alumbra súbito,
Clava su planta allí.
Ya no es cuadro fantástico
Que insana mente fragua;
Natatcha en blanca túnica
Sale gentil del agua,
Y entre las rocas húmedas,
Con voz airada y tétrica,
Vuelve á cantar así:

«Inocente, en la tierra juzgué eterno
De la ternura el bien:
Un cazador falaz tornó en infierno
Aquel divino eden.
Ciega le amé: de mi pasion esclava,
Triste víctima fui:

Libre de la cadena que arrastraba,
Ya soy la reina aquí.

Ya sin amor, sin fe, sin esperanza,
Seguida de mi grey,
Sabré cumplir tenaz de la venganza
La inexorable ley.

Muera el falso amador que á la inocencia
Pervierte el corazon,
Y deja en pos de sí, cual triste herencia,
El llanto y el baldon.

Yo haré que vuelva el pérfido á mis brazos,
De mi encono á merced,
Para que espire en los terribles lazos
De mi traidora red.

Juntas van de mi imperio en las delicias
La risa y el dolor:
Juntas irán tambien en mis caricias
La muerte y el amor.

Aquí el amar, no es plácido embeleso;
Es vértigo infernal:
De la rusalka el delirante beso
Es veneno mortal.

Dañar al hombre es ya mi único goce,
Mi dorada ilusion:
La rusalka ofendida no conoce
La humana compasion...

Desastres sólo el porvenir encubre;
Rodando el cielo está:
No hay dicha eterna: el tormentoso *Octubre*
Venganza me dará.»

Bóris á tanta cólera
No humilde se prosterna.
Hacia la reina acuática
Que la region gobierna,
Corre el boyardo intrépido:
Quiere saber si es víctima
Del odio ó del amor.

Verá si es sér angélico
O aborto del abismo...
Pero nubes aligeras,
En el momento mismo,
Cubren la luna pálida,
Y llenan todo el ámbito
De sombra y de pavor.

Se hundió la *norma* mágica (1)
En lóbrega espelunca...
Bóris su rostro lívido
Ya ver no pudo nunca
Cuando, anhelante y misero,
Volvió al lago terrífico
Buscando la verdad.

Allí pasaba extático
Las tardes del estío:
Corrió en vano las márgenes
Del esplendente río...
Fue todo de su espíritu
Fascinacion quimérica,
No humana realidad.

VIII.

LA VENGANZA.

Llega *Octubre* triste y frio,
Y el noto, que airado suena,

La lluvia desencadena
Con equinoccial furor.
El labrador se acobarda:
Su lamento al cielo sube
Si estalla la parda nube
Con horrisono fragor.

El Sakmara ya no es rio;
Es asolador torrente,
Que árboles, ganados, gente,
Quiere en su curso arrastrar.
El lago, que se mostraba
Apacible y lisonjero,
Compite, en *Octubre*, fiero,
Con los impetus del mar.

El sólo placer de Bóris
Es, sin norte y sin reposo,
En un caballo fogoso
Por campo y selva correr.
Junto al Sakmara sombrío
Se para en noche funesta,
Y ve en la márgen opuesta
A Natatcha aparecer.

Se estremece, y así exclama:
«¿Cómo en perseguirme insiste
» De una mujer que no existe
» La peregrina vision?...»
Duda: tentacion la juzga
De una aparicion siniestra;
Mas ella el afan demuestra
Del gozo y de la pasion:

«Bóris, le grita, para ti no he muerto,
» Te espera ansiosa tu Natatcha aquí:
» Vén donde, libres del terrestre yngo,
» Ya no nos pueda el mundo desunir.»
Bóris no piensa; su razon se ofusca;
Presa de su insensato frenesí,
Lanza el caballo en las furiosas ondas;
¿Qué le importa en el vértigo morir?

Nada el caballo, lucha, la corriente
Le arrastra al cabo de la roca al pié,
Donde Natatcha, en su pasion burlada,
Fue de sí propia el implacable juez...

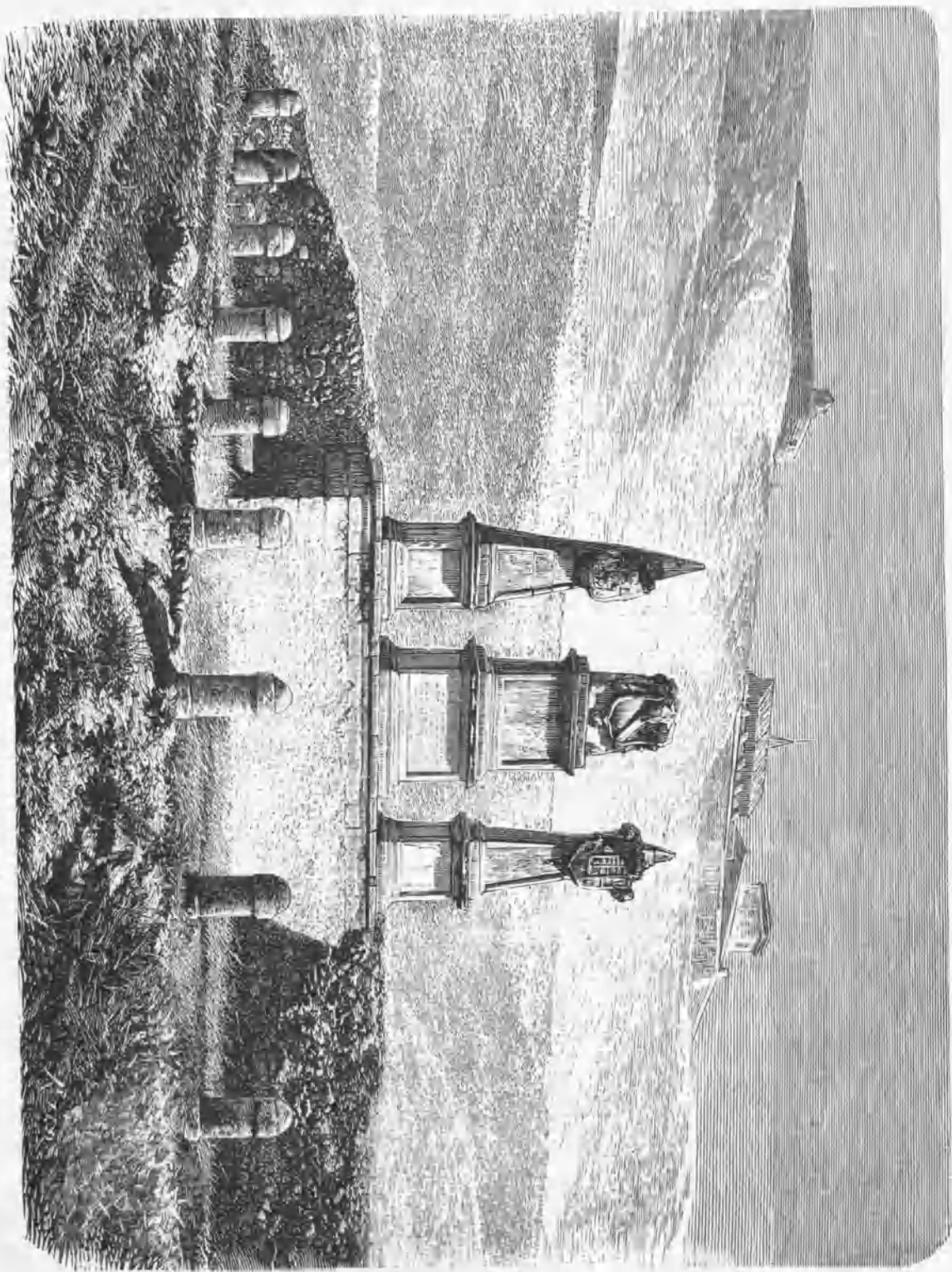
A Bóris dice allí: «No soy Natatcha,
» Soy rusalka frenética y cruel:
» Si castigué mi liviandad un día,
» Hoy castigo tu engaño y tu desden.

«Aquí arrojé tus dádivas impías;
» Aquí el lago mis dichas sepultó:
» La muerte es el amor de la rusalka:
» Aquí recibe mi postrero don.»
¿Trance infernal! Sus labios se juntaron:
No es el beso inefable del amor:
Es como el beso helado de un cadáver,
Como un puñal que hiere el corazon.

En el momento aquel se abren las ondas:
El rayo estalla y rugen el huracan,
Y á rusalka y caballo y caballero
Absorbe la vorágine infernal...
Con la noche se aleja la tormenta:
Del sol fulgura la radiante faz,
Y otro secreto aterrador esconde
Del lago azul el pérfido cristal.

LEOPOLDO AGUSTO DE CUETO,
Marqués de Valmar.

(1) *Normas* i diosas fatídicas de la mitología del Norte.



BÚRGOB.—SOLAR DE LA CASA DEL CID.—(De fotografía.)



NOVIEMBRE.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.		LUNA.	
Salida.	Se pone.		Salida.	Se pone.		
H. M.	H. M.		H. M.	H. M.		
6.23	5.04	1 Viér. LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS, sta. María, mr., y stos. Cosme, Julian, Benigno y Santiago, mrs.	1767.—Muere el pintor y escultor Luis Domingo, director de la Academia de Santa Barbara, en Valencia.	12.40 ^m	11.11 ^a	
		☾ Cuarto creciente, á las 9 h. y 26 m. de la noche.				
6.24	5.03	2 Sáb. La Conmemoracion de los Fieles Difuntos, y san Victorino, ob.—(Jubileo en todas las parroquias.)	1785.—Inauguracion de la Real Audiencia de Cuzco.—1877 Muerte del escritor Fernando del Castillo.	1.19 ^a	12.12	
6.25	5.02	3 Dom. San Valentin, mr., san Armengol, ob., y sta. Silvia.	1767.—Pragmática sancion contra los Jesuitas de Nápoles.	1.48	» »	
6.26	5.01	4 Lún. San Carlos Borromeo, cf., y sta. Modesta, vg.	1780.—Revolucion de Tupac Amaru, en el Perú.	2.10	1.30 ^m	
6.27	5.00	5 Miér. San Zacarias, prof., y sta. Isabel, pntres del Bautista.	1822.—Violento terremoto arruina la ciudad de Copiapó, en Chile.	2.33	2.07	
6.28	4.59	6 Miérc. San Bovero, ob., y mr., y san Leonario, ab. y cf.	1425.—Gran incendio en la ciudad de Montañedo.	2.50	3.03	
6.29	4.58	7 Juév. San Florencio, ob., y stos. Antonio y Amaranto, mrs.	1820.—Batalla de las Vegas de Talcahuano, en Chile.	3.20	4.00	
6.30	4.57	8 Viér. Stos. Severiano, ob., y comps., mrs., san Godofredo, ob., san Diosdado, p. y cf., y san Claro, cf.	1731.—Fallecimiento del famoso pintor Felix Troya, conocido por el proverbio <i>Aquí fue Troya</i> .	3.47	4.57	
6.31	4.57	9 Sáb. Stos. Teodoro, Solero y Orestes, mrs.; y san Benigno.	1875.—Llegada del Principe de Gales Alberto Eduardo á Bombay.	4.18	5.56	
6.32	4.56	10 Dom. El Patronio de Ntra. Sra., y San Andrés cf.	1789.—Napoleon disuelve la Asamblea (8 Brumario, año V.17).	4.53	6.56	
		☉ Luna llena, á las 2 h. y 9 m. de la madrugada.				
6.33	4.55	11 Lún. San Martin, ob. y cf.	1768.—Fundacion del departamento maritimo de Cádiz.	5.30	7.56	
6.34	4.54	12 Mart. San Diego de Alcalá, cf., y san Martin, p. y mr.	1875.—Acabada sesion en la Asamblea nacional francesa.	6.26 ^m	8.55	
6.35	4.53	13 Miérc. San Estanislao de Kozka, cf., y san Eugenio III, cf.	1868.—Horroroso incendio en Valparaiso.	7.22	9.49	
6.36	4.53	14 Juév. San Serapio, mr., San Lorenzo, ob., san Malo, ob., y stos. Venerando, mr., y Veneranda, vg. y mr.	1477.—Pragmática de los Reyes Católicos á favor del arte de imprimir libros.	8.25	10.37	
6.37	4.52	15 Viér. San Eugenio I, arz. de Toledo, y san Leopoldo, cf.	1551.—Terminacion de la magnífica Lonja de Zamozoa.	9.30	11.19	
6.38	4.51	16 Sáb. Stos. Rufino y comps., mrs., y san Edmundo, cf.	1684.—Inauguracion del Faro de los Navagantes, en Coruña.	10.37	11.56	
6.39	4.51	17 Dom. Sta. Gertrudis la Magna, vg., y san Adalcyo Victoria.	1114.—Concilio de Santiago convocado por Diego Gelmírez.	11.45	12.28	
		☾ Cuarto menguante, á las 5 h. y 33 m. de la tarde.				
6.40	4.50	18 Lún. San Máximo, ob., san Roman, tor. y sta. Eufrasia.	1058.—Consagracion de la primitiva catedral de Barcelona.	12.53	12.58	
6.41	4.49	19 Mart. Sta. Isabel, reina de Hungría, vda., san Ponciano, papa y mr., y stos. Burlaam, Crispin y Aza, mrs.	1833.—Felipe II nombra escultor de Cámara al maestro Gasparo Luca, procedente de Italia.	» »	1.27 ^a	
6.42	4.48	20 Miérc. San Félix de Valois, cf. y fr., y san Agapito, mr.	1772.—Nacimiento del poeta D. Felix José Pinoso, en Sevilla.	2.03 ^m	1.50	
6.43	4.48	21 Juév. La Presentacion de Ntra. Sra., y san Esteban, mr.	1815.—Preliminares del famoso tratado de Paris.	3.15	2.28	
6.44	4.48	22 Viér. Sta. Cecilia, vg. y mr.—(Sol en su altura.)	1727.—Muere el escultor Fr. Francisco Capuz, en Valencia.	4.29	3.04	
6.45	4.48	23 Sáb. San Clemente, p. y mr., y stas. Inceclá y Felicitas.	1280.—Asesinato de los monjes de San Francisco, en Oranse.	5.45	3.46	
6.46	4.47	24 Dom. San Juan de la Cruz, cf., y san Crisógono, mr.	1559.—Sublevacion de los araucanos que destruyeron la Imperial.	7.01	4.37	
		☉ Luna nueva, á las 8 h. y 46 m. de la mañana.				
6.47	4.47	25 Lún. Sta. Catalina, vg. y mr., y san Erasmo, mr.	1849.—Fallecimiento del P. Arolas, distinguido poeta.	8.11	5.36 ^m	
6.48	4.46	26 Mart. Los Desposorios de Ntra. Sra., san Pedro Alejandro, ob., y stos. Fausto, Divio y Ammonio, mrs.	1895.—Captura de la golfa española <i>Cocodrilo</i> por los peruanos en el fondo del Papudo.	9.12	6.41	
6.49	4.46	27 Miérc. Stos. Facundo y Primitivo, mrs., y san Maximino.	1820.—Los patriotas chilenos se apoderan de Concepcion.	10.03	7.49	
6.50	4.46	28 Juév. San Gregorio III, p. y cf., y Santiago de la Marca.	1747.—Fallecimiento del pintor Guillermo Mesquita.	10.44	8.56	
6.51	4.46	29 Viér. San Saturnino, ob. y mr., y sta. Humilda, vg.	1659.—Merced de hábito de Santiago al pintor Diego Velazquez.	11.18	9.59	
6.52	4.45	30 Sáb. San Andrés, ap.—(Diéranse las relaciones.)	1835.—Reforma de la division territorial en España.	11.47	11.00	

NOVIEMBRE.

(AL CAER DE LAS HOJAS.)

I. NOVIEMBRE.

Otoño toca á su fin ;
Pierde su verdura el monte ;
Cesa el rústico trajin,
Y en brumas el horizonte
Truëca tintas de carmin.

Los bosques son muchedumbre
De esqueletos que se agitan ;
Comienza á blanquear la cumbre ;
Y los labriegos tiritan
Y se acercan á la lumbre.

Yerba que jugosa crece
No es de las selvas alfombra ;
La luz solar palidece,
Y no se busca la sombra,
Y muy temprano anochece.

Sopla el viento y viene helado ;
Se ven muchas nubes rojas,
Y en tierra el pastor echado,
Las amarillentas hojas
Esparce con su cayado.

Es que Noviembre camina,
Y tras él llega el invierno ;
Es que la vida declina,
Y el frío su manto eterno
Tiende de monte á colina.

¡Cuánto y cuánto humano sér,
Cuánto cuerpo dolorido,
Y harto ya de padecer,
Caerá en la nada vencido
De las hojas al caer!

¡Cómo el gemido del viento,
En el desnudo ramaje,
Inita el triste lamento
Del que ve de eterno viaje
Aproximarse el momentó!

¡Cómo la niebla al cubrir
Del espacio el ancho tul,

Aquella niebla fingir
Sabe, que empaña el azul
De los ojos al morir!

¡Cómo ciega y tenebrosa
Dice, con voces de horror,
La noche, al alma medrosa,
«Mira, ¿ves? de mi color
Es el fondo de la fosa!»

¡Cómo la nieve, que viste
Con manto helado la tierra,
Una y otro vez insiste,
Gritando desde la sierra
Con voz cariñosa y triste :

«Llegad, llegad hasta aquí,
Doncellas, niños, ancianos,
Soy tan blanca como fui,
Con vuestras débiles manos
Cortad sudarios en mí!»

¡Hoja del árbol caida,
Hoja seca del Otoño,
Da al árbol tu despedida,
Que no verás el retoño
Del árbol que te dió vida!

Y va Noviembre avanzando,
Y los débiles muriendo ;
Y el día sigue menguando ;
Sigue la noche creciendo,
Y en las montañas nevando.

II. LA CABELLERA DE LA MUJER QUE MUERE.

Blanquean el oriente
Las luces matinales :
La ventana está abierta,
Cerrados los cristales.

Detrás de una pantalla
Se consume una luz,
Cuyos destellos últimos
Alumbran una cruz.

La pared blanca y sola,
Negra la cruz cristiana,

Y se destaca en ella
De frente á la ventana.

La estancia envuelta en sombras
Que suben hasta el techo,
Y entre cortinas blancas
En un ángulo, un lecho.

En la pared, tan sólo
Un reloj suspendido;
Y no marcha: sin duda
Era triste su ruido.

Ya pálidas penetran
Las tintas de la aurora.
Una mujer se muere:
Al lado un hombre llora.

De la arrugada sábana
Saca los flacos brazos,
Y al cuello de aquel hombre
Ciñe fúnebres lazos.

Lazos que ya la muerte
Muy pronto romperá:
Es el último abrazo:
No más le abrazará.

Que aquella pobre hoja
Del árbol de la vida
Bien pronto de su rama
Bajará desprendida.

Por un supremo esfuerzo
Ella al fin se incorpora:
En *él* clava los ojos:
Él la sostiene y llora.

De ella, al arranque brusco,
Despréndese el cabello,
Y sus hebras, del hombre
Envuelven rostro y cuello.

Unidos así quedan
Bajo aquel negro manto:
Inmóviles y lívidos,
Manchados por el llanto.

Parecen ser de mármol
Dos cabezas gemelas,
Envueltas en los pliegues
De transparentes telas.

Ella presa en sus mallas,
Él en sus mallas preso,
Están las dos cabezas
Unidas por un beso.

Y el grupo se adivina
Por los claros que deja,

En sus cruzados hilos,
La enredada madeja.

Ella al fin suelta un brazo,
La flaca mano avanza,
Y asiendo su cabello,
Que otro paño no alcanza,

Con la negra madeja,
Que la envuelve ondulante,
El llanto seca ansiosa
Del hombre en el semblante.

Al fin su fuerza acaba:
De *él* se desprende inerte,
Y sus ojos enturbia
La niebla de la muerte.

Rígida está en el lecho,
Pero aún conserva asida
La negra cabellera
En llanto humedecida.

La luz al fin se extingue
Detrás de la pantalla,
Y un pajarillo choca
Del cristal en la valla.

Contra *él* vuela afanoso;
Quiere entrar; no lo ha visto,
Y una sombra con alas
Se agita al pié del Cristo.

Es que del alba pura
La blanquecina luz
Del pajarillo lleva
La sombra hasta la cruz.

III. EL CEMENTERIO.

Es de noche: la niebla extiende cual sudario
Por la techumbre cóncava su ceniciento tul:
Ya entre sus pliegues ciñe un monte solitario,
Ya la rasga en jirones la cruz del campanario,
Sobre *él* dejando abierto un breve espacio azul.

El disco de la luna se afana tras la niebla
Porque hasta el suelo baje su resplandor fugaz;
Mas vence en esta lucha la fúnebre tiniebla,
Que, de fantasmas vagos, montes y llanos puebla,
Y cubre con vapores aquella blanca faz.

Las tapias carcomidas de un pobre cementerio,
Cual brazos gigantescos de algun ingnoto sér,
En prueba de ternura, quién sabe si de imperio,
Abarcan el espacio de horror y de misterio
En que hoy es polvo inerte lo que era vida ayer.

De estas tapias los brazos desde una iglesia avanzan,
A trechos en la sombra, á trechos en la luz,
Hasta la puerta llegan y en su verja se alcanzan,

Y hacen de sus barrotes dedos que se afianzan,
Y que al cruzarse forman allá en lo alto una cruz.

Esto al ménos parece al que en la noche mira,
De la velada luna al ténue resplandor,
Ya del templo el contorno, ya del tapial que gira,
Fosas cifiendo y cruces en caprichosa espira,
Aquél abrazo lúgubre de un misterioso amor.

En el rincón más triste del recinto sagrado,
Sobre la negra tierra, como mancha de luz,
Hay una blanca losa, con un sauce á su lado,
Y en la mármorea piedra el cincel ha grabado
Un nombre, y una fecha, y una sencilla cruz.

La verde cabellera de la llorosa planta,
Cuando del viento el impetu logra al sauce doblar,
Se esparce por el mármol de aquella piedra santa;
Y cuando el viento cesa, y el árbol se levanta,
Vuelve la losa fúnebre, sola y blanca á quedar.

Es noche de Noviembre: es noche larga y fría:
En las ramas del sauce se alberga un ruiñeñor,
Y al agitarse el árbol del viento á la porfía
Esparce por los aires con tierna melodía
Sus notas plañideras el pájaro cantor.

IV. EL SAUCE.

Blanquean el oriente
Las luces matinales:
También sobre la tierra
Las losas sepulcrales.

Del fuego fatuo brilla
Alguna vez la luz:
Ya corre á ras del suelo,
Ya trepa hasta una cruz.

Se pierde entre unas matas,
O se hunde en una fosa,
O traza extraño círculo
En torno de una losa.

Y siempre allá en un ángulo
De dolor desfallece,
Sobre una blanca piedra,
Sauce que el viento mece.

Del árbol en la sombra,
De aquella losa al lado,

Se adivina el contorno
De un hombre arrodillado.

Alguna vez se inclina;
La piedra abrazar quiere;
Y con su frente pálida
El duro mármol hiere.

Otras su árido labio
Acerca estremecido:
Su cuerpo bajo el sauce
Queda en sombras perdido:

Y sólo se divisa
Bajo el ramaje espeso,
Un rostro y una piedra
Unidos por un beso.

¿De la cabeza el llanto
Hará en la losa cauce?
¿Quién sabe? Vela el grupo
Con sus ramas el sauce.

Grupo en verdad extraño
Para una sepultura;
Dos mármoles envueltos
En mallas de verdura.

Llanto hay en uno y otro
Y sólo sabe Dios,
Si llora sólo el hombre,
O si lloran los dos.

El viento agita al sauce:
Hasta el hombre se humilla:
Y con sus verdes hebras
Le seca la mejilla.

El ruiñeñor al aire
Su misteriosa queja
Lanza, y despues se esconde
En la verde madeja.

Y allá, desde muy léjos
Un rayo de la aurora
Viene á besar la frente
De aquel hombre que llora.

JOSÉ ECHEGARAY.

28 de Abril de 1877.

PRINCIPALES ÓRDENES CIVILES Y MILITARES DEL MUNDO.

AUSTRIA-HUNGRÍA.

- Orden del *Toison de Oro*, instituida por Felipe III, el Buena, duque de Borgoña, en 10 de Enero de 1429;
- militar de *María Teresa*, por la emperatriz María Teresa, el 18 de Junio de 1757;
 - de *San Esteban de Hungría*, por la misma emperatriz, el 5 de Mayo de 1754;
 - de *Leopoldo*, por el emperador Francisco José I, en 8 de Enero de 1808;
 - de la *Corona de Hierro*, por Napoleon I (como rey de Romanos), en 5 de Junio de 1805; abolida en 1814 y restablecida el 12 de Febrero de 1816;
 - militar de *Isabel Teresa*, por la emperatriz Isabel-Cristina, viuda de Carlos VI, en 1750;
 - de la *Cruz Estrella* (para señoras), por la emperatriz Leonor de Gonzaga, viuda de Fernando II, en 18 de Setiembre de 1668;
- Orden *Teutónica*, fundada en 1190, abolida en 1809, restaurada en 1834 y reorganizada en 1840 y 1865.

BAVIERA.

- Orden de *San Huberto*, creada por Gerardo V, en 1444;
- de *San Jorge*, por el elector Carlos-Alberto, el 28 de Marzo de 1729;
 - militar de *Maximiliano José*, en 1.º de Enero de 1806;
 - de la *Corona de Baviera*, por el rey Maximiliano-José I, en 19 de Mayo de 1808;
 - de *San Miguel*, por José-Clement, elector de Colonia, el 29 de Setiembre de 1693;
 - de *Maximiliano* (artes y ciencias), el 28 de Noviembre de 1853;
 - *Real de Luis*, por el rey Luis I, el 25 de Agosto de 1827;
 - *Real del Mérito militar*, por el rey Luis II, en 19 de Julio de 1866;
 - de *Mérito* (para señoras), por Luis II, el 13 de Mayo de 1870.

BÉLGICA.

- Orden de *Leopoldo*, creada por Leopoldo I el 11 de Julio de 1832;
- para el *Mérito Civil*, por Leopoldo II, el 21 de Julio de 1867.

BRASIL.

- Orden de la *Cruz del Sud*, establecida por el emperador Pedro I, el 1.º de Diciembre de 1822;
- de la *Rosa*, el 17 de Octubre de 1829;
 - de *Cristo* { por el emperador Pedro II, en 9
 - de *San Benito* { de Setiembre de 1843.
 - de *San Teodorico* {

DINAMARCA.

- Orden del *Elefante*, creada por Christian I, en 1462;
- del *Dannebrog*, por Waldemar II, en 1219.

ESPAÑA.

- Orden militar de *Calatrava*, por D. Sancho III de Castilla, en 1158;
- de *Santiago*, aprobada por el papa Alejandro III, en 5 de Julio de 1175;
 - de *Aldantara*, por D. Suero Gomez y D. Fernando Barrientos, en 1156, y confirmada por Alejandro III, en 1177;

- Orden de *Nuestra Señora de Montesa*, por el rey de Aragon D. Jaime II, en 1316;
- del *Toison de Oro*. (Véase AUSTRIA.)
 - de *Carlos III*, por el rey D. Carlos III, en 19 de Setiembre de 1771;
 - de *María Luisa*, por la esposa de Carlos IV, en 19 de Marzo de 1792;
 - de *San Fernando* (militar), por las Cortes del Reino, en 31 de Agosto de 1811;
 - de *San Hermenegildo*, por el rey D. Fernando VII, el 27 de Noviembre de 1814;
 - de *Isabel la Católica*, por D. Fernando VII, el 24 de Marzo de 1815;
 - de *Isabel II*, por D. Fernando VII, el 19 de Junio de 1833;
 - de *Beneficencia*, por la reina D.ª Isabel II.

FRANCIA.

- Orden de la *Legion de Honor*, creada por el cónsul Bonaparte, en 19 de Mayo de 1802.

GRAN BRETAÑA.

- Orden de la *Jarretiera*, instituida por Eduardo III, el 19 de Enero de 1338;
- del *Baño*, por Enrique IV, en 1399, revisada y reorganizada en 1815 y 1847;
 - de *San Andres* (escocesa), en 787, reorganizada por Jacobo V en 1540, y modificada posteriormente varias veces;
 - de *San Patricio* (irlandesa), por Jorge III, el 5 de Febrero de 1783;
 - de *San Miguel y San Jorge*, por el rey Jorge III, el 27 de Abril de 1818;
 - de la *Estrella de las Indias*, por la reina Victoria I, en 23 de Febrero de 1861.

GRECIA.

- Orden del *Redentor*, establecida por el rey Othon I el 1.º de Junio de 1863, y modificada por la Asamblea Nacional en 1867.

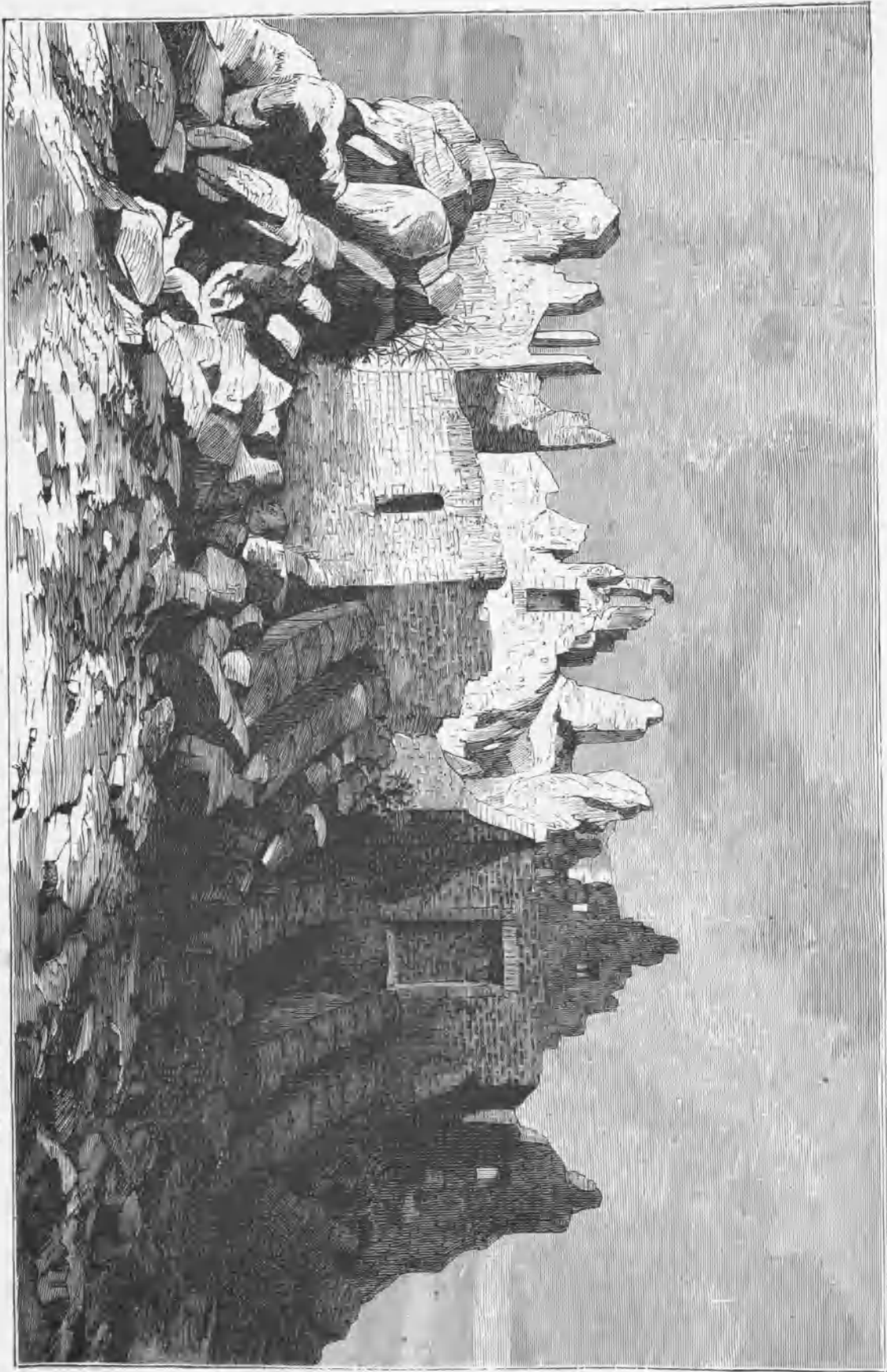
ITALIA.

- Orden de la *Anunziata*, creada por el duque Amadeo VI de Saboya, en 1362, y reglamentada nuevamente en 1869;
- de *San Mauricio y San Lázaro*, por el duque Amadeo VIII en 1434, y reorganizada por los reyes Carlos Alberto, en 1837, y Victor-Manuel II, en 1855;
 - de *Saboya* (militar), por Victor-Manuel I, en 1815, y reorganizada por Victor-Manuel II, el 28 de Setiembre de 1855;
 - de *Saboya* (civil), por Carlos-Alberto de Cerdeña, el 29 de Octubre de 1831;
 - de la *Corona de Italia*, por Victor-Manuel II, el 20 de Febrero de 1868.

PAISES-BAJOS.

- Orden militar de *Guillermo*, creada por Guillermo I, en 30 de Abril de 1815;
- del *Leon Neerlandes*, el 19 de Setiembre de 1815;
 - de la *Corona de Encina* (luxemburguesa), por Guillermo II, el 29 de Diciembre de 1841;
 - del *Leon de Oro* (de la casa de Nassau), el 16 de Marzo de 1858.

(Véase la conclusión en la pág. 110.)



MONTESA.—(VALENCIA).—RUINAS DEL HISTÓRICO CASTILLO DE LA ORDEN MILITAR DE MONTESA.—(De fotografía.)



DICIEMBRE.

SOL.		SANTORAL.	EFEMÉRIDES.		LUNA.	
Salto.	En punto.		Salto.	En punto.	H. M.	H. M.
H. M.	H. M.			H. M.	H. M.	
6,53	4,48	1 Dom. <i>I de Adviento.</i> — Sta. Natalia, vg., stos. Eloy, Casiano, Leoncio y Agreico, obs. y cis.	1701.—La familia Real de España toma posesion del nuevo Palacio de Madrid, cuya construccion duró 26 años y 7 meses.	12,12 ^m	11,58 ^a	
		☉ <i>Cuarto creciente</i> , á las 4 h. y 13 m. de la tarde.				
6,54	4,45	2 Lun. <i>Stos. Bibiana y Elisa</i> , vgs. y mrs.	1813.—Memorable batalla de Austerlitz.	12,35	12,55	
6,55	4,45	3 Mart. San Francisco Javier, cl., y stos. Claudio e Hilaria.	1555.—Los araucanos derrotan á los españoles en Tucapel.	12,59	» »	
6,56	4,45	4 Miér. Sta. Barbara, vg. y mrs., y san Pedro Crisologo, ob.	1792.—Muere el ilustre escritor y artista D. Antonio Ponz.	1,22 ¹	1,51 ^m	
6,57	4,45	5 Juév. San Satas, ob., san Anastasia, var., y san Dalmacio.	1436.—Destructor crucion del Vesubio, en Nápoles.	1,48	2,48	
6,58	4,45	6 Viér. San Nicolas de Bari, arz. y cl., y sta. Asela, vg.	1553.—Origen de Felipe II para fomentar el plantío en Aranjuez.	2,17	3,47	
6,58	4,40	7 Sáb. San Ambrosio, ob. y dr.—(Figura.)	1617.—Una escuadra turca ataca sin éxito la ciudad de Vigo.	2,61	4,47	
6,59	4,45	8 Dom. <i>II de Adviento.</i> —† LA PUENSIÓN CONSERVADA DE NUESTRA SEÑORA, patrona de España.	1863.—Incendio del templo de la Compañía, en Santiago de Chile: 2.000 personas mueren quemadas.	3,32	5,47	
7,00	4,45	9 Lun. Sta. Leonilda, vg. y mrs.	1640.—Muere el cardenal D. Fernando de Austria, pint. r.	4,20	6,47	
		☉ <i>Luna llena</i> , á las 7 h. y 25 m. de la noche.				
7,01	4,45	10 Mart. Nuestra Señora de Lopoia, y san Melquiades, p.	1831.—Fernando VII establece la Bolsa de Madrid.	5,15	7,43	
7,02	4,45	11 Miér. San Damaso, p., san Sabino, ob., y san Eulquido, mrs.	1555.—Inaugúranse las obras para el templo nuevo de Malaga.	6,17 ^m	8,34	
7,02	4,46	12 Juév. Nuestra Señora de Guadalupe y san Hermógenes.	1593.—Felipe II pensiona á su pintor Juan Gomez.	7,23	9,19	
7,03	4,46	13 Viér. Sta. Lucia, vg. y mrs., el Beato Juan de Marlono, cf.	1798.—Muere el esclarecido monarca D. Carlos III de España.	8,30	9,57	
7,04	4,46	14 Sáb. San Nicolas, ob., y stos. Druso y Eutropia, mrs.	1574.—Juanjo Turriano exige el pago de su Arteficio.	9,39	10,31	
7,05	4,46	15 Dom. <i>III de Adviento.</i> —San Eusebio, ob. y mrs.	1517.—Conclusión del clausorio de la catedral de Sevilla.	10,44	11,01	
7,06	4,47	16 Lun. Stos. Valentin, mrs. y Adalberto, cf.	1753.—Muere el pintor y grabador Fr. Matias Irala Yuso.	11,53	11,29	
7,06	4,47	17 Mart. San Lazaro, ob., y san Francisco de Sena, cf.	1483.—Ejecucion del mariscal Parto de Cota, en Mondoñedo.	» »	11,57	
		☉ <i>Cuarto menguante</i> , á la 2 h. y 39 m. de la madrugada.				
7,06	4,47	18 Miér. Nuestra Señora de la O.—(Tempora.)	1680.—Profesion religiosa del pintor Fr. Francisco Capuz.	1,01 ^m	12,27	
7,07	4,48	19 Juév. San Nemesio, mrs., y sta. Funsta, vg.	1874.—Derrota del cubecilla carlista Juanpet en Cataluña.	2,12	1,00 ¹	
7,08	4,48	20 Viér. Sto. Domingo de Silos, cl.—(Tempora.)	1482.—Notable privilegio de Sixto IV á la iglesia compostelana.	3,24	1,38	
7,08	4,49	21 Sáb. Sto. Tomas, ap., y san Oliccio, ob. y mrs.—(Tempora.)	1871.—Fallecimiento del insigne artista Juan de Juanes, uno de los pintores mas esclarecidos de su siglo.	4,38	2,23	
		☉ <i>Luna nueva</i> , á las 8 h. y 50 m. de la noche.				
7,09	4,49	22 Dom. <i>IV de Adviento.</i> —Stos. Demetrio y Honorato mrs.	1868.—Napoleon I se dirige á Castilla al frente de un ejército.	5,50	3,18	
7,09	4,50	23 Lun. Sta. Victoria, vg. y mrs., y san Servulo.	1735.—Incendio lamentable en el Real Alcazar de Madrid.	6,55	4,20	
		☉ <i>Cuarto creciente</i> , á las 1 h. y 32 m. de la tarde.				
7,10	4,50	24 Mart. San Gregorio, pbro. y mrs.—(Abstinencia de carne.)	1563.—Muere el Santo fundador del hospital de Anton Martin.	7,51	5,27	
7,10	4,51	25 Miér. † LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, el beato Pedro Mauricio, ob., y sta. Anastasia, vg.	1436.—Bula de Alejandro VI en favor de la basilica ovetense, concediendo especiales privilegios.	8,36	6,36 ^m	
7,10	4,51	26 Juév. San Esteban, proto-mártir, y san Marina, mrs.	1836.—Derrota de los carlistas en las cercanías de la Cenia.	9,14	7,42	
7,11	4,52	27 Viér. San Juan, ap. y evang., y sta. Nicetas, vg. y mrs.	1798.—Muere el Marqués de Monte-Hermoso, famoso pintor.	9,45	8,45	
7,11	4,53	28 Sáb. La Degollacion de los Santos Inocentes.	1860.—Celebre exposicion de diputados y senadores á Isabel II.	10,13	9,45	
7,11	4,53	29 Dom. Sto. Tomas Cantuaricense, arz. y mrs., y stos. Trofino, obispo, Gauderico, ob. y cf., y Ebertha, ab. y cf.	1876.—Es sometido á los tribunales el ministro griego Balgaris, por decision de la Asamblea.	10,37	10,44	
7,12	4,54	30 Lun. La Traslacion de Santiago, ap., y san Sabino, mrs.	1543.—Los españoles fuerzan la ciudad de la Sorena, en Chile.	11,01	11,41	
7,12	4,55	31 Mart. San Silvestre, p., y sta. Coloma, vg. y mrs.	1617.—Nace en Sevilla el incomparable pintor Bartolome Esteban Murillo, honra y gloria de España y de su época, llamado universalmente <i>Pintor del Cielo.</i>	11,24	12,37	

DICIEMBRE.

LA MUERTE DE LANUZA.

(20 DE DICIEMBRE DE 1591.)

I.

Con tus nieblas y tus vientos
Y tu sudario de nieve,
Que montes, llanos y valles
Entoldan, barren y envuelven;
Con tu penetrante frio,
Noches largas, soles breves,
Con tu reinado de sombras
En que la natura duerme,
Para el corazon y el mundo
Eres muy triste, Diciembre.
Contigo acaban los años,
Y eres símbolo de muerte:
Las flores de primavera,
Y del verano las mieses,
Y los pámpanos de otoño
Pasaron cual áuras leves,
Y cubriste cielo y tierra
De pardo manto solemne,
De tormentos y terrores;
Que eres muy triste, Diciembre.

Pero es más triste y amargo
A pechos aragoneses
Ver humillados los fueros
Por opresor insolente;
Mirar las plazas y calles
Tomadas de extraña hueste,
Que amenazadora, inmóvil,
Aun con los ojos ofende.
Són los tercios de Castilla,
Son andaluces jinetes,
Con sus picas y arcabuces,
Con sus lanzas y broqueles.
Y son españoles todos
Y Alonso Vargas su jefe...
Pues, si Aragon es España,
Esos soldados ¿qué quieren?
Ellos... nada. Hay otros valles,
Hay otros campos alegres,
Donde hijos, madres, esposas,
Acerbas lágrimas vierten,
Donde la tierra empapada
Con el sudor de sus frentes,
El hogar, el monte, el árbol,
Los recuerdos que no mueren,
Cuanto el corazon del hombre
Con lazos de amores prende,
Todo les grita: ¡volvemos!
Y ellos sufren y no vuelven.

Que el rey Filipo segundo
Entrañas de roca tiene,
Y su voluntad alcanza
A uno y otro continente.
Severo, intratable, astuto,
Oye, reflexiona, inquiera,
Los hilos de vasta urdimbre
Hábil palaciego teje,
Y el inesperado rayo
Lanza luégo de repente.
Y este monarca en su pecho
Fiera tempestad revuelve
Contra el que fué en otros días
Su ministro y confidente,
Su puñal contra Escobedo,
Su valido Antonio Perez.
Mas Perez huyó la cárcel
Tras tormento de cordeles,
Y ha buscado en Zaragoza
Fueros, libertad y leyes.
Y los encontró: y en vano
Del Rey la cólera hierve,
En vano pide al Justicia
Que el fugitivo le entregue.
Huye el perseguido á Francia,
La ira de Filipo crece,
Lo que fué razon y fuero
Llama oposicion rebelde,
Vargas entra en Zaragoza
Tras de lucha floja y breve,
Y aunque humano y generoso,
Y aunque tal rigor le pese,
Cumple del Rey el mandato
Y al noble Justicia prende,
Que en carta de mano propia
Ese Rey así le advierte:
—Al Justicia de Aragon
Aprisionad muy en breve,
Como traidor pregonadle,
Que el verdugo lo degüelle,
Y que su prision yo sepa
Tan pronto como su muerte.

II.

Ya la prision del Justicia
Y el desafuero de Vargas
Publican por Zaragoza
Las cien lenguas de la Fama.
Dicen unos que muy pronto

La verdad brillará clara
 Y tornará el prisionero.
 Libre y honrado á su casa.
 Otros que á Madrid lo llevan
 Entre arcabuces y lanzas,
 Donde será procesado
 Según la ley castellana:
 Y contra opiniones tales
 Quien asegure no falta,
 Con voz trémula de ira
 Y ojos que centellas lanzan,
 Que en patibulo afrentoso
 Al duro golpe del hacha
 Caerá del tronco robusto
 La cabeza separada,
 Y que morirán con ella
 Fuero y libertades santas.
 Pues ceñido el rey Filipo
 Rebeldes traidores llama
 A cuantos límite ponen
 A su voluntad tirana,
 Y sólo juzga leales
 Los que ante sus piés se arrastran.
 Tales voces corren, vuelan,
 Por la ciudad se derraman,
 Giran como raudos vientos
 Por templos, calles y plazas,
 Y en la espesa muchedumbre
 Fiera agitacion levantan.
 Hondo rumor, gritos roncacos,
 Maldiciones y amenazas
 Y algun indignado acero
 Que desenvainó la saña,
 Relámpagos son y nuncios
 De la próxima borrasca.
 Es el Coso un ancho rio,
 Revuelto mar Santa Engracia,
 El Puente, el Pilar, la Seo
 Volcanes de hirvientes lavas.
 Mas cuando á vista de todos
 Y en medio de hueste armada
 En la plaza del Mercado
 Vil cadalso se levanta,
 No hay corazon que no gima,
 Ni ojos que no broten llamas,
 Ni frente do la vergüenza
 No grave purpúrea marca,
 Ni manos sin que en el cinto
 Convulsas busquen la espada.
 Y la densa muchedumbre
 Ansiando tomar las armas,
 En remolinos confusos
 Ya se divide y aclara,
 Deja mudos y desiertos
 Atrios, pórticos y plazas,
 Y por las calles se pierde
 Y desaparece en las casas,
 Como se va de ancho rio
 Por cien exclusas el agua.

En vano: del rey Filipo
 Es ya la nobleza esclava,
 La nobleza de Aragon,
 De sus glorias olvidada.
 Ella á los regios mensajes
 Que los pechos exploraban,
 Há pocos, muy pocos dias
 Con bajeza contestaba:
 «Que era su dicha y su gloria
 Servir en todo al Monarca,
 Hijos, libertad, caudales
 Ofreciéndole á sus plantas.»

¿Qué hará el pueblo? Su conciencia
 Le grita: «corre á las armas.»
 Pero á quien la muerte afronta
 Por la libertad sagrada,
 Al asir con noble mano
 El arcabuz ó la lanza,
 La esposa, los tiernos hijos,
 La vieja madre, la hermana,
 Llorando lágrimas tristes
 Le dicen todos: *no salgas.*
 No salieron, no; aquel dia,
 Funesto para la patria,
 Dejasteis, aragoneses,
 Vuestra deshonra firmada.
 Ya no hay Jaimes, no hay Alfonsos,
 Duermen en sus tumbas santas:
 Otros soles de alta gloria
 Brillarán con lumbré clara;
 Mas en tanto... afrenta y luto
 Y vil servidumbre amarga.
 La fuerza rige los cuerpos
 Y la Inquisicion las almas;
 El Justicia está en la cárcel
 Y el patibulo en la plaza.

III.

No la ley, mas la venganza
 De implacable sobrano,
 Alzó patibulo infame
 En la plaza del Mercado.
 Viles tablonos lo forman,
 Y lo cubren negros paños,
 Y oscuro tambien el cielo
 Parece estarlo mirando.
 Lo custodian ¡oh vergüenza!
 Manriques, Toledos, Brabos,
 Al frente de los que ahora
 Sayones son, no soldados.
 Sus banderas y las armas
 Que empuñan con duras manos,
 Italia y Flándes las vieron
 Al sol de gloria brillando,
 Viéronlas altivas siempre
 El frances y el africano;
 Que es su puesto la batalla,
 No las gradas del cadalso.
 Aquí están solas: el pueblo
 De tal escena apartado,
 Negó su presencia y ojos
 Al eterno asesinato.
 Eterno como la historia,
 Que lo conserva en sus fastos
 Para ejemplo de los libres
 Y mengua de los tiranos.

Siete campanadas lentas
 En alta torre vibraron:
 Las siete de la mañana
 Marca el reloj de San Pablo,
 Y á lo léjos aparece
 Fúnebre coche enlutado,
 Al que silenciosos cercan
 Alguaciles y soldados.
 Y entre el crujir de las armas
 Y el pisar de los caballos,
 Á trechos el pregonero
 Alza el grito voceando:
 «Contra don Juan de Lanuza
 Esto el Rey ha decretado:
 Que de Justicia Mayor

Con él se termino el cargo :
 Que á prisiones reducido,
 Suba á público cadalso,
 En donde la vida pierda,
 Como traidor, degollado.»
 A nombre tan oprobioso,
 Al sentir baldon tamaño,
 Por la ventana del coche
 Asomó su rostro pálido,
 Y así clamó el de Lanuza :
 —«Traidor, no; desventurado.»
 Ya en el círculo de hierro
 Que ciñe y guarda el cadalso
 Entra la víctima insigne
 Y avanza con firme paso.
 Lástima infunde, que es jóven,
 Airoso, noble, gallardo,
 Y áun viste ropas de luto
 Por el muerto padre anciano.
 Es fama que al verlo entónces
 Los mismos guardias lloraron.
 Para él comienza la vida,
 Y ya con postrer abrazo
 El Padre Ibañez lo exhorta
 A morir como cristiano.
 Ya se arrodilla Lanuza
 Al firmamento mirando,

Ya recoge el rubio pelo,
 Ya se inclina sobre el tajo,
 Ya no hay quien allí respire,
 Ya el hacha baja silbando,
 Ya el alma de un pobre mártir
 Al libre cielo ha volado,
 Y en fúnebres sonés doblan
 Las campanas de San Pablo.
 Vé en paz, víctima inocente :
 Vé en paz, caballero honrado,
 Donde te espera Padilla,
 Donde te espera Juan Brabo,
 Con Odon el mallorquino
 Y Sorolla el valenciano.
 Ya no existen comuneros,
 Ni existen agermanados ;
 Ya Zaragoza contempla
 En cada plaza un cadalso,
 Donde los heroes sucumben
 Que por los fueros lidiaron ;
 Pero su vertida sangre
 Fecundizó en nuestros campos
 De la libertad bendita
 Eterno y pomposo el árbol.

NARCISO CAMPILLO.

PRINCIPALES ÓRDENES CIVILES Y MILITARES DEL MUNDO.

CONCLUSION.

PORTUGAL.

- Orden de *Cristo*, fundada por el rey Denis, en 1317 ;
 — de *San Benito de Aviz*, por Alfonso I, en 1162 ;
 — de *Santiago de la Espada*, por Alfonso I, en 1177 ;
 — de la *Torre y Espada*, por Alfonso V, en 1459 ;
 — de la *Concepcion de Villaviciosa*, por Juan VI, el 6 de Febrero de 1818 ;
 — de *Santa Isabel* (para señoras), por el príncipe regente D. Juan de Braganza, el 4 de Noviembre de 1801.

PRUSIA.

- Orden del *Aguila Negra*, establecida por Federico I, el 18 de Enero de 1701 ;
 — del *Aguila Roja*, por Jorge-Guillermo de Brandebourg, en 1705 ;
 — del *Mérito militar*, por el príncipe Carlos-Emilio, en 1665 ;
 — de la *Corona*, por Guillermo I, el 18 de Octubre de 1861 ;
 — de la *Cruz de Hierro*, por Federico-Guillermo III, el 10 de Marzo de 1813 ;
 — de *Luisa* (para señoras), por Federico-Guillermo III, el 3 de Agosto de 1814.

RUSIA.

- Orden de *San Andres*, fundada por el Czar Pedro I el Grande, en 11 de Diciembre de 1698 ;
 — de *San Alejandro de Nouski*, por Pedro I, en 1714 ;
 — de *Santa Catalina* (para señoras), por Pedro I, en 1722 ;
 — de *San Jorge*, por la emperatriz Catalina II, el 7 de Diciembre de 1769 ;
 — de *San Wladamiro*, por Catalina II, en 4 de Octubre de 1782.

Existen además las antiguas órdenes de Polonia del *Aguila Blanca* y de *San Estanislao*.

SANTA SEDE.

- Orden del *Santo Sepulcro*, contemporánea de la de *San Juan de Jerusalem* ;

Orden de *Cristo*. (Véase PORTUGAL.)

- de *San Gregorio el Grande*, creada por Gregorio XVI, el 1.º de Setiembre de 1831 ;
 — de *San Silvestre*, por Gregorio XVI, el 31 de Octubre de 1841, en sustitucion de la antiquísima de la *Esquila de Oro*.
 — de *Pío IX*, por el actual Pontífice, el 17 de Junio de 1847.

SAJONIA.

- Orden de la *Corona de Calle (Rautenkron)*, establecida por Federico-Augusto I, el 20 de Julio de 1807 ;
 — de *San Enrique* (militar), por el elector Federico-Augusto II, el 7 de Octubre de 1736 ;
 — de *Mérito*, por el rey Federico-Augusto I, en 1815 ;
 — de *Sidonia* (para señoras), por el rey Juan, el 14 de Marzo de 1871.

SUECIA Y NORUEGA.

- Orden del *Serafin* (cordon azul), instituida por Ladislao I, el Grande, en 1260 ;
 — de la *Estrella Negra* (cordon negro), por Federico I, el 28 de Abril de 1748 ;
 — de *Wasa* (cordon verde), por Gustavo III, en 1772 ;
 — de *Carlos XIII*, por el rey del mismo nombre, en 1811 ;
 — de *San Ofaf*, por Oscar I, en 21 de Agosto de 1847.

TURQUÍA.

- Orden de la *Gloria*, creada por Mahmud II, en 1831 ;
 — de *Medjidí*, por Abdul-Medjid, en 1852 ;
 — de *Osmanié*, por Abdul-Aziz, en 1861.

NOTA IMPORTANTE.—Existen además, entre otras Órdenes que no citamos por falta de espacio, las siguientes: del *Sol de Oro*, en Birmania; del *Dragon*, en China; de *Santa Rosa*, en Honduras; de *San Juan*, en Nicaragua; del *Sol y del Leon*, en Persia; del *Elefante Blanco*, en Siam; del *Mérito*, en Paraguay; del *Busto de Bolívar*, en Venezuela; etc.

EL INVIERNO.

CRÓQUIS Y RECUERDOS.

LA NIEVE.

Pasó la primavera con sus rosas,
Pasó el verano con sus espigas.
Pasó el otoño con sus racimos.
Hé aquí el invierno con sus nieves.

Porque nada caracteriza al invierno como la nieve, áun cuando haya inviernos sin nevadas.

La nieve en España es sólo un tema para los poetas.

«Ella era un ampo de nieve.»

«Como la nieve secular que corona los Alpes era immaculada su inocencia.»

«Su alma era también fría como los frígidos vellones de una nevada...»

Hay poetas cuyas poesías son neveras; poetas—como ciertos toreros—de invierno.

En el norte de Europa la nieve es la madre de las cosechas. Ella fecunda los campos, penetrando lentamente con su esponjosa humedad hasta el corazón de las semillas y hasta la más lejana raíz del arbusto. Destruye inmensos hormigueros de insectos dañosos. Impide que las heladas endurezcan la tierra, y abriga, en fin, á la naturaleza con espléndido manto de armiño.

¿Habeis estado en Suiza?

¿Habeis visto sus ventisqueros?

Habréis subido entónces á la cumbre de alguna montaña para contemplar aquellos lagos de nieve que se alargan entre montes, entre musgos de color esmeralda y entre fantásticos pinos.

El cristal de estos lagos no es una planicie; se forma de infinitas pirámides de hielo, es un mar de estalacuitas; un mar cuyas ondas parecen haberse cristalizado en el momento en que una tempestad las agitaba.

Cuando el sol aparece, la nevera humea; la luz se descompone produciendo relámpagos de colores, y los ojos se cierran deslumbrados y doloridos.

Pero los países del invierno y de la nieve son las regiones polares.

Allí la tierra es hielo; el piso, una perpétua alfombra de reciente nieve; el cielo es gris; los árboles, disformes esqueletos cristalizados; los edificios, barracas con techos de estalacuitas, y los hombres, vestidos de pieles, osos con rostro humano.

Muchas veces, formando contraste singular con la blancura de la nieve, ensangrientan el espacio las llamas de la aurora boreal.

Es que el aire glacial en los polos está cargado de electricidad, como el corazón de muchas mujeres impasibles, blancas y rubias, está lleno de pasiones.

Allí las flores son pálidas y no tienen aromas.

Allí las frutas son inspidas y no sazonan jamás.

Allí no llegan á su completo desarrollo los animales terrestres, ni el hombre mismo.

Sólo bajo las aguas aprisionadas por témpanos móviles y formidables se agitan colosales focas y ballenas.

Los hombres que hemos nacido en los países del sol nos preguntamos:

Y... ¿es posible vivir allí?...

Sí; es posible vivir.

Y... ¡ser dichoso!...

Alguna vez Madrid aparece nevado.

¡Qué lindo está!... Parece un Madrid de esperma, como esos grupos que adornan los escaparates de las fábricas de bugías; parece una ciudad embalada con algodones, dispuesta para ser trasladada sin deterioro dentro de un cajón, á mejor sitio.

Los que vivís en el centro de la ciudad no gozáis de este espectáculo en toda su belleza. En el interior la nieve no cuaja. Los barrenderos la deshacen á escobazos; sólo gozáis al ver que un transeunte resbala en el hielo y cae haciendo ridículas piruetas sobre las losas de la calle.

Para los que vivimos en casas desde las cuales se puede ver el campo, Madrid es más bonito áun.

Sobre el fondo de un cielo, que parece de cristal raspado, flotan los copos de nieve como bandadas de mariposas; los árboles parecen de azúcar piedra, los edificios, acá y allá diseminados, tienen monteras de papel blanco, como las de los chicos de vocación militar; los balcones semejan canastillos de requesón; las cornisas se coronan de luminosos racimos de cristal y gotean el agua del deshielo.

A lo lejos, numerosos alicionados á la bella naturaleza corren sobre la nieve, alborotada y gozosamente, como alondras.

Y los chicos hacen grandes bolas de nieve, estatuas, castillos, arcos, trabajando afanosamente y entre gritos de alegría... ¡Como si todo ello no fuese nieve y al primer rayo de sol no hubiese de ser agua!

LOS DURMIENTES.

¡Si los pobres pudieran seguir, en invierno, el ejemplo de ciertos animales!

¡Si ellos pudieran, como el murciélago, como el lirón, como el tejón, como la marmota, como el erizo y como tantos otros, acurrucarse en el hueco de algun árbol, entre la maleza ó en el fondo de la tierra y esperar allí en profundo letargo la vuelta del calor, la estación de las flores, del amor y de la vida!...

¡Con qué cuidado, con qué primor á veces labran esos dormilones sus alcobas y las tapizan, como el pájaro su nido, de hojas, de plumas, de líquenes y de pajas!...

Apénas llegan los primeros fríos se eurosacan con dulce voluptuosidad, diciendo:

—Dejemos al hombre crearse una atmósfera, y unos placeres y una vida artificial. El invierno es cruel, infeccioso, ingrato; ¡ea, durmamos!

Y se duermen. Y si por acaso algun campesino, al remover una siembra, se encuentra bajo un terrón al dur-

miente, le encuentra hecho un ovillo, con los ojos cerrados, inmóvil, rígido, insensible, como muerto.

Y no le mata, porque no puede creer que aquella bola es un organismo oxidado, un sér que sueña, como él, en tiempos mejores.

Pero el murciélago ni se acurruca ni se enrosca.

Ha discurrido una actitud especial para su largo sueño.

Parécese á esos tranochadores perpétuos que se duermen á lo mejor en actitudes peligrosas ó ridículas.

El se agarra con las uñas, y se cuelga de una alta viga en la bóveda ruinoso de una convento ó en el granero de un labrador. Diríase que es un funámbulo que prepara un salto á lo Lectard.

¿Dónde está aquel mundo de insectos que martirizaban nuestros oídos con la impertinente musiquilla de sus trompas ó de sus alas, ó que recreaban nuestros ojos con los brillantes colores de sus escamosos coscletes, cuando cubrían la tierra, se columpiaban en las ramas de los árboles y subían por los tallos de las hierbas y las mieses?...

La tierra y el aire estaban poblados de estos átomos de vida.

Hé aquí ya terminada ó interrumpida su deliciosa existencia.

Con la suave temperatura de la primavera, con las ardientes llamas del estío, su vida fué una bacanal de placeres. Engordaban con nuestras cosechas y hasta chupaban nuestra sangre, agujereándonos la piel con su envenenada trompetilla.

Hoy también duermen.

No les esperéis. Son como esos amigos indiferentes y egoístas que no van á visitaros en los días de lluvia y de nieve por no mancharse las botas ni gastarse una peseta en coche, y que sólo aparecen cuando el tiempo es sereno y benigno, y á las horas de comer.

LA CAZA DEL OSO.

Ningun cazador distinguido debe dejar que pase el invierno sin ilustrar su historia con los lanceos de una montería.

Y la más digna de un cazador perfecto es la del oso.

Yo ardía en deseos de probar mi esfuerzo en una cacería de este género. No pretendía como Nelson luchar con los osos á brazo partido, ni combatir á lanzazos con ellos, como los lapones.—Si encuentro un oso, le tumbaré—me decía—con un disparo de mi magnífico rifle.

El que elogia las montañas de Suiza no ha visto el Puerto de Pajares; Suiza tiene sus cumbres de eterna nieve; sus pinos, cuyos ramas parecen alas de un oscuro fantasma; sus arroyos, que son hilos de plata entre musgo; sus torrentes, que son trombas que se precipitan del cielo; sus vallecitos, que parecen esmeraldas caídas en la nieve... Pajares tiene todo esto, y tiene la belleza virgen, grandiosa y salvaje de la naturaleza en el primer día de la creación.

—Quédese V. detrás de este árbol, me dijo el director de la cacería... El oso debe cruzar por ese claro del bosque... Guarde V. silencio, porque el oso tiene tan perspicaces la vista y el oído como el olfato... Aquella debe ser su cueva... Y señalaba un socavado peñón.

Me puse detrás del árbol y esperé.

De pronto oí á mi espalda un renco gruñido, acompañado de un crujir de dientes... Helóseme la sangre en las venas.

Volví los ojos y miré.

Era en efecto un oso... y formidable; estaba en su completo desarrollo; tendría cuatro piés de altura. Su cuerpo era abultado. Algo parecida la cabeza á la de un enorme perro, y ancha en la parte superior. Las orejas cortas y tiesas. Cortos y musculosos, como los del hombre, los brazos. Largas las manos; largos los piés; gruesos los apretados dedos de disformes uñas negras, que parecían garfios de forjado hierro. Así era... ó así debía ser. El pelo era oscuro, espesísimo y lanudo.

El oso estaba detrás de mí á diez pasos de distancia.

Se puso de pié, y sin moverse de su sitio me tendió los brazos.

Me decía que deseaba abrazarme.

Esta es el momento en que, segun los inteligentes, debo tirársele.

Me volví y, casi sin apuntarle, disparé los dos tiros de mi rifle.

El oso se tambaleó como un hombre borracho, y luego siempre de pié, se dirigió hácia mí.

Tiré del cuchillo de monte y me preparé á recibirle.

Pero... ¿saben VV. lo que es un oso enfurecido?...

La muerte; la muerte de semblante más fiero, cruel y espantoso se me venía encima.

El oso había crecido y parecía un elefante.

No sé por qué extraño poder, cuando el oso llegó al pié del árbol, estaba yo en la copa.

Me creí en salvo. No recordé que los osos también saben gimnasia.

El oso empezó á trepar por el árbol.

Yo subí hasta montarme en la rama más alta. En una rama que casi no podía sostener á un jilguero.

El oso seguía trepando.

Llevé á mis labios el cuerno de caza y toqué.

Varios de mis compañeros aparecieron entre la maleza.

Fué aquel un momento de suprema angustia.

Van á tirar al oso—me dije—y me van á dar á mí!

Pero en aquel momento faltáronle las fuerzas al oso ya casi desahogado, y se desplomó desde el árbol en tierra.

Mi triunfo era efectivo, aunque no brillante.

Sobre la alfombra de mi cuarto de cazador está la piel de la fiera, y cuando la miro, y recuerdo el trance en que me ví, me parece la mía propia.

LA CHIMENEA.

¡Traedme la bata, las pantuflas y el gorro! ¡Mi bata de ramos, mis pantuflas de *renard* y mi gorro de borlon azul que envidiaría el Gran Turco!...

Echad al fuego un cogedor de cok para que la lumbre chisporrotee lanzando estrellas de colores. ¡Cómo huyen las chispas por el negro tubo del hornillo! ¡Parecen almas que suben al cielo!

Hé aquí una chispa que ha nacido de la roja grieta de un carbon, que vuela como un insecto de luz, y que, trazando círculos de oro, viene á morir sobre la alfombra, deshaciéndose, al tocarla, en polvo de brillantes. Ha nacido, ha vivido y ha muerto en un instante una vida agitadísima de pasión y de luz. ¡Así nacen y viven y mueren la belleza y el genio!

Desde mi butaca, tras los vidrios del balcon contemplo los nevados montes, los desnudos árboles, y el campo desierto.

Entre la nieve, por borradas veredas, sigo las huellas de algun caminante.

Algun soldado...

Alguna pobre mujer que lleva en brazos á su niño...

Algun pordiosero...

¿Cuándo llegarán esos infelices á la puerta de un hogar donde haya lumbre?

¿Cuándo al golpe de la aldaba, movida por mano yerta, contestará una voz: «¡Entrad y calentaos!»?

Pero al fin el pobre es recibido en el hogar del labrador.

¡Envidiables, sibiritas!

Sobre los hornillos colosales de hierro torcido descansa, en grandes pedazos, árbol enorme; las llamas suben lamiendo la oscura pared y dibujándose sobre ella como una enredadera de hojas de fuego; las ascuas parecen bullir en el fondo de la hoguera, como oro líquido; las losas del hogar blanquean, abrasadas por el rescoldo; el chisporroteo de los troncos truena como los estallidos de un incendio; toda la habitación resplandece, y sobre el blanco de la pared los hombres y los objetos proyectan grandes y móviles sombras...

Se forma extenso círculo, y se habla, y se canta, y se baila, y se trabaja, y se duerme... mientras el viento golpea en los vidrios de las ventanas y mientras cae la nieve ó la lluvia. El cura habla de sus galgos, de su jacó, de su escopeta y de religión; el boticario recuerda los enfermos que han matado entre él y el médico; el alcalde amenaza á los contribuyentes con retirarse de la vida pública, y el maestro de escuela dirige melancólicas miradas á las cuerdas de longaniza que cuelgan de retorcidos garfios en la campana de la chimenea.

¡Inmensos hogares, dignos del invierno!... ¡Vosotros conservais aún la ceniza de las veladas de la Edad Media! ¡Sobre vuestras losas se han hecho humo los siglos! ¡Alguna vez he descansado junto á vosotros, y si al dormitar me desvelaban extraños ruidos, creía ver entrar en aquel recinto, con regocijador estrépito, monteros, escuderos y gente de guerra, de vuelta de caza, con algun venado, traído á cuelga en poderosa rama, entre dos y á hombro, precedido de la jauría y seguido de los villanos!

En estos *cursis* fogoncillos de mármol de nuestras casas de carton apenas si el calor de la lumbre nos llega á la punta de la nariz. También aquí se reúne la sociedad civilizada y culta, y se cose, y se borda, y se toca el piano, y se discurre, y se juega el dinero y se murmura y se duerme.

Pero ¡cuán distintas visiones nos forjamos al escuchar inopinados ruidos!... La cuenta de la modista, el recibo del casero, el auto de embargo, las felicitaciones de los dependientes de la limpieza pública, del sereno y de la ronda subterránea.

¡Visiones antipoéticas y que dan frio!

Delante de la chimenea me pregunto siempre: ¿Estará habitado el fuego?

Mirando una gota de agua con el microscopio vemos que está llena de vivientes. Si fuera posible examinar una chispa de fuego con un lente de infinita potencia aumentativa, acaso viéramos que esa chispa es un mundo de hombres-salamandras.

¿Comprenderíais la existencia de los pájaros si no los viérais volar?

¡Quién sabe!...

LA CAPA Y EL PALETÓ.

La capa está en decadencia.

El paletó triunfa.

Todos nos vamos convenciendo de que la capa es una prenda de abrigo que no abriga. Es tan sólo un pretexto para no tener frio.

El hombre de sociedad necesita una prenda que le abrigue mucho y que abulte poco.

La capa no es una prenda de vestir, es una prenda para no vestirse.

No es prenda de invierno ni de verano, y lo es al mismo tiempo de verano y de invierno. Y es que la capa no tiene el deber de abrigar el cuerpo, sino de ocultar la persona. Es el manto del misterio, del pecado y del crimen. La llevan, hasta en la Canicula, los Tenorios para sus lances de amor y desafío; el jugador, temeroso de la justicia; el deudor, buyendo siempre del fantasma de su deuda.

Por eso en este país enamorado y aventurero la capa es una institución.

Aceptada como una prenda nacional y como propia y digna envoltura de todo buen español, la hemos dado mil usos sin relacion con su carácter. Nuestro ingenio, nuestra zoltura y nuestra gracia españolas han hecho del manejo de la capa una ciencia. Ella es la improvisada alfombra que tendemos al pasar una hermosura; ó el castigo de un tonto, que manteamos; ó la nube en que inopinadamente y en caso grave desaparecamos. Ella es la primera envoltura del niño expósito; ella cubre el cadáver que la justicia ha de recoger en la calle, en la taberna ó en el garito. Puede servir de toldo en las tardes del verano y de cama en las noches de invierno. Ella, en fin, es el instrumento del arte más sublime, pues con capa se lidian los toros.

Es la capa tan española, que su decadencia es la decadencia de nuestro carácter, usos, costumbres é instituciones.

Nos afrancesamos y adoptamos el paletó. En la guerra de la Independencia vencimos á Napoleon tan completamente, que hasta le quitamos su *redingote*.

Con el paletó tenemos más calor; con la capa más patriotismo.

La capa es romántica y el paletó clásico.

El paletó no tiene los movimientos ondulatorios de la capa, ni sus emboces graciosos, expresivos y hasta elocuentes. Con el paletó no son posibles esos donaires, elegancias, suertes, rebujamientos, remolinos, pliegues, despliegues, remanguos, quiebrós, boleos, espantos, acometidas ni demas irregularidades, gallardias y gentilezas á que se prestan, en infinita variedad de combinaciones, siete bien cortadas varas de paño.

El paletó es lacónico á manera de un inglés. No admite más juegos, quiebrós, rebozos ni bizarrías que ponersele y quitárselo.

Pero su deber es dar calor y lo da. Deformá el cuerpo, sin gracia; pero le templá y le hace amar el invierno y la vida.

Lleva, sin presumir de artes románticas, anchos y diferentes bolsillos para usos convenientes y sociales. Es un armario de paño; una papellera, un estauco, y á veces una despensa.

El paletó es una prenda esencialmente democrática. La distincion, la gracia, el aire personal desaparecen bajo él. Bajo él no hay más que un maniqui ruso, inglés, alemán, español ó chino.

Es, por lo tanto, útil, práctico, humanitario, igualitario. Tiene los caracteres del siglo.

Es también moral. Con él no hay misteriosa cita en la calle; ni enebriamiento de ofensa en sitio público; ni fuga fácil ni posible.

He aquí un hombre que entra en casa de un sastré y pide que le tome medida de un paletó.

¿Quién es?...

¿A qué preguntarlo? Es, sin duda, hombre poco afecto á teorías; sin más ilusiones que la de hacer dinero; honrado ante la ley; filántropo con su cuenta y razon, amante del orden legítimo y de la libertad verdadera.

Es, pues, digno representante de la clase media, que gobierna hoy la política y el mundo.

¡La clase del paletó!

Sin embargo, respecto de la moralidad del paletó tengo á esta duda:

El caso José escapó de la seducción dejando la capa. Si hubiera llevado paletó, ¿qué hubiera sucedido?

La virtud de un varón josto depende muchas veces de su sastre.

El *gran paletó* es el paletó forrado de pieles.

Esta prenda, necesaria en Rusia, es poco útil en España. En Madrid, sin embargo, apenas hay elegante pretencioso, ex-ministro, consejero de Estado, banquero, título ó agente de bolsa que no la use.

En los tiempos primitivos la moda era parecer virtuoso.

En la Edad Media, parecer valiente.

A principios del siglo, parecer hombre de talento.

Hoy, parecer rico.

Y para tener fama de millonario, es preciso usar en invierno gaban de pieles.

EL PAVO.

¡Noche-buena, Noche-buena! Para el triste, solo y desamparado eres noche mala, noche mala!....

Tienes para el niño, tus lindos juguetes.

Para el joven, tus cenas de amistad y de amores.

Para el hombre maduro, tus asambleas de familia.

Para el viejo... Para el viejo tienes mucho placer y mucho dolor. ¡Qué triste es sentarse á presidir la mesa y recordar otras cenas ya pasadas! ¡Qué dulces son los besos de los alegres nietezuelos!

Y para todos, niños, jóvenes, hombres maduros y viejos, tienes la esperanza de la lotería y la realidad del pavo.

El pavo tiene dos aspectos, uno físico y otro moral: es un ave y una tradición. Como tradición se le concedo un puesto de honor en los festines de Navidad; se le canta en las epopeyas y figura en la Historia.

Como ave, rompe el cascaron y echa á correr; gasta gorro frigio, y barba roja, y su traje es un figurin de alivio de luto; teme los renmas y las pulmonías; duerme encaramado y sobre una pata; come semillas, hierbas, frutas podridas y belletas.... ¡Festín de ermitaño!.... Es amable en las reuniones y cacareador en los *meetings*; aparatoso en sus amores y renidor en sus celos. Le irritan, como si fuese autor dramático, los silbidos: déjase guiar por un chibuelo, y recorre tieso y muda, como viajero inglés, calles y plazas. No comprende mejor un músico los movimientos de la batuta, que interpreta él los de una varita. Diferénciase de las rosas en que no ama el rocío: y bien al contrario, de los seres racionales que no son casi nunca lo que parecen, él parece estúpido, y lo es. ¡Honor al pavo!

El pavo suele ser un obsequio de la amistad, ó la propina de la gratitud. ¡Y lo regalan vivo! ¡Horrible agasajo! ¡Regalo de muerte, digno de canibales y de antropófagos!.... De antropófagos, sí, porque el pavo es hombre. Él ha tenido padres, esposa, hijos, amigos, ilusiones y esperanzas.... Si no ha sido hombre, pudo serlo. Le dieron á elegir, se equivocó, y pidió ser pavo. ¡El mundo está lleno de estas equivocaciones!....

¡Héle aquí sobre los blancos manteles, relleno de jamon y tocino, de manzana ó de trufas.

¡Tal ha sido siempre el fin del pavo!

EL BAILE DE MÁSCARAS.

Las altas lucernas arrojan esplendores vivísimos; parecen canastillos de oro que dejan caer sobre la muchedumbre, por entre juncos y mallas de cristal, una lluvia de fuego.

La luz resbala sobre aquel flujo y reflujo de olas vivientes; cabrillea, con chispazos de piedras preciosas, en un mar de colores.

Flotan las gasas, vuelan las plumas, centellean las lentejuelas. Se diría que hemos caído en el fondo de un lago de oro en ebullición.

Me coloco debajo de la araña y espero. En confusión mareadora pasan delante de mí máscaras de vistosos disfraces.

Una me da en el rostro con su abanico de plumas de pavo real. Es una archiduquesa del siglo XVIII, vestida con un jardín tejido en seda; el rostro mal cubierto con blanco antifaz, los bucles empolvados, y sobre los bucles una enorme badumba de lazos, plumas y flores. Tiene salpicadas las mejillas de picantes lunares que sueñan con besos.

Al darme con el abanico en el rostro me dice:

—¿Esperas? sin duda...

—Espero.

—¿A mí?... quizás.

—Tu traje es el de la pretensión ¡No es á ti á quien espero!

Otra máscara llega.

Trae, por engalanarse con primor, un pañuelo de Manila de larguísimo fleco, en cuyo fondo, del color de la noche, vuelan pájaros inverosímiles, se despliegan árboles desconocidos y se alzan palacios de imposible arquitectura. Un pañuelo pérsico de seda, con hilos de oro y franjas de colores, le cuelga en largo pico sobre la espalda y se anuda al desgaire sobre su relevante seno. Lleva, como pegados en la frente, grandes rizos en espiral, y, á manera de castillo, alto rodete. Su careta es de cera, de expresión provocativa.

—¿Me conoces?—me dice.

—Sí,—le digo.—¡Te he visto el otro día llevando una piernecita de cera á la Virgen de la Paloma!...

Un dominó negro se me acerca y me mira. Es un borron de tinta. Lo desconocido, lo misterioso. Sólo descubre una mano de largos y finos dedos, cubierta de terso guante.

—¡Sígueme!—dice.

La ofrezco el brazo, le acepta; la pregunto, me responde. Conoce mi historia; mis gustos, mis secretos... ¡Me ama!

Salimos del salon. Llegamos á la calle. Acércase un carruaje. ¡Magnífica berlina! El cochero es grande como un rinoceronte; el lacayo muy pequeñito.

Parte el carruaje, y rueda y rueda largo tiempo. Párase al fin, abre la puerta el lacayo, y la máscara se coge de mi brazo otra vez.

El vestíbulo está adornado de estatuas antiguas, tibores del Japon y macetas de plantas exóticas. Por la escalera de mármol se extiende una espléndida banda de alfombra. Desde lo alto del artesonado vierte su reposada luz un farol chinésco.

Criados de blasonada librea se inclinan á nuestro paso.

Un perro, que parece un oso en miniatura, se llega á saludarnos moviendo la cola.

Entramos en un precioso camarín. Está forrado de tapicería de los Gobelinos, que representa los amores de Angélica y Medoro. Maravillosas porcelanas del Retiro y de Sajonia; espejos venecianos, papeleras de ébano con incrustaciones de marfil, colgaduras y tapetes de antiguas telas valencianas y flamencas; cornucopias de altísimos copetes; vasos florentinos de oxidada plata; fiestas campestres de Terniers, mascaradas de Wateau, acuarelas de

Fortuny, aguas fuertes de Jaques... ¡La tradicion, el arte, lo exquisito!... ¡Me encuentro en el *boudoir* de la coqueta ilustrada!

En el centro del cuarto hay una mesa, y sobre los blancos manteles servicio para dos personas; corbellas de frutas y golosinas, candelabros y flores.

La chimenea está encendida, y la mesa junto al fuego.

Mi máscara se quita la careta.

Es una Venus. Más aún; es la mujer soñada.

¿Qué goces fermentaban en la copa de ambrosia con que Júpiter brindaba en los festines olímpicos? ¡Aquella cena fué la copa de Júpiter!...

—¿Cuándo—me diréis—le ocurrió á V. esa aventura?

¡Ay! ¡Esa aventura es la esperanza que me ha llevado siempre á los bailes de máscaras!

¡Pero esa esperanza no se ha realizado jamás!

¡ACORDAOS!

¿Dónde vive el pobre en invierno?

Vive en oscuros sótanos, donde la luz es sólo una niebla brillante, ó en buhardillas de estrechos ventanucos, destejada techumbre y agrietadas paredes. Y peor aún, bajo algun cobertizo, casi al aire libre.

El obrero, para calentarse en invierno, tiene que trabajar. El movimiento, la actividad, dan calor al cuerpo.

Pero no todos los trabajos son tan violentos como es preciso para que activen la sangre; especialmente el trabajo de las mujeres y de los niños; y entonces el trabajo es el mayor tormento. Las manos se agarrotan; los dedos quedan rígidos, sin poder sostener los útiles necesarios para la obra; un temblor de terciaria agita el cuerpo, y las sienes duelen como si recibieran alfilerazos.

El aliento, soplado en las manos, presta un instante dulce alivio; pero bien pronto las manos, humedecidas por el soplo, experimentan un enfriamiento mayor.

Los piés duelen como si hubieran sido apaleados.

Los dedos de las manos se queman con el frío de la heramienta.

Entonces hay que dejar el trabajo y salir á la calle á calentarse... ¡Y eso que en la calle el aire corta, y llueve ó nieva!...

Pero dejar el trabajo es no comer aquel día, es el hambre de una familia. Hay, pues, que trabajar, helarse, si es preciso, hasta morir.

No busqueis un abrigo en esos desmantelados cuchitriles, porque no le encontraréis. Los muebles, las ropas, la cama, los jergones, la cobertura, han sido empeñados ó vendidos para comprar carbon. En un rincón del cuarto queda, si, un montón de andrajos sobre un pedazo de estera; y sobre esta estera, y entre este montón de andrajos, aparecen las cabeceitas contristadas de los hijos.

Ha sido quemado todo cuanto podía dar calor á la pobre familia: cuando ha faltado el carbon y el dinero, se han quemado las virutas recogidas á la puerta de alguna carpintería, ó los palos de una silla desvencijada; pedazos de periódicos recogidos en la calle, y trapos y recortaduras y pajas y servin y todo cuanto pueda andar y calentar.

Por la noche toda la familia se reune en el rincón de los andrajos, aterida y silenciosa, como una pollada en el nido, y allí, convertidos en una masa de carne, comunicanse su natural calor hasta que está ligera sensación de bienestar se atenúa y desaparece con la temperatura de la madrugada, y entonces vuelve el frío; ese frío que traspasa las carnes y que llega hasta la médula de los huesos; el frío de la madrugada, el más horrible para el pobre, porque viene tras del hambre del día y en el insomnio de la noche.

¡Vosotros, los que tenéis ropa y lumbre y buena cama y buen hogar, y amáis el invierno como el domador ama á la fiera que él sabe dominar y vencer, acordaos de esos pobres sin ropa, sin fuego, sin vivienda quizás!

¡Acordaos!

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

SOLAR DE LA CASA DEL CID, EN BURGOS.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 100.)

En la nobilísima *Caput Castellæ*, no lejos de la puerta árabe de San Martín, existe un sencillo monumento cuyos modestos pilares señalan el sitio que ocupaba la casa donde nació, en 1026, el más ilustre caballero castellano; Rodrigo Díaz de Vivar, *el Cid*.

Sobre tosco basamento de mampostería gruesa elevase una pilastra de piedra, en medio de dos pequeños obeliscos; aquella remata en un escudo heráldico, sin corona, y éstos sostienen las armas de Burgos y las del *Cid Campeador*.

En el reto de la pilastra hay una mal rediciada inscripcion, que dice así:

«En este sitio estuvo la casa y nació el 1026 Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador. Murió en Valencia en 1099, y fué trasladado su cuerpo al Monasterio de San Pedro de Cardena, cerca de esta ciudad. Lo que, para perpétua memoria de tan esclarecido solar de un hijo suyo y héroe burgales, erigió sobre las antiguas ruinas este monumento el año 1784. Reinando Carlos III.»

Fuó construido por el arquitecto de la ciudad D. Manuel Campillo, costando la módica suma de 3.970 rs., y conviene advertir (dice el ilustrado autor de la *Guía de Burgos*) que las piedras que forman la basamenta son restos de la antigua casa del Cid, y un escudo muy estropeado que hay en el centro de aquélla, es el que estaba colocado sobre la puerta del mismo edificio.»

El Monasterio de Cardena, sostuvo un litigio con el Ayuntamiento de la capital, sobre si habia de colocarse ó no, el escudo de armas del Cid en el solar de la casa en que nació el insigne Rodrigo Díaz de Vivar; la Chancillería de Valladolid resolvió, en 1788, á favor del Municipio burgales.

HISTÓRICO CASTILLO DE MONTESA.

(VÉASE EL GRABADO DE LA PÁG. 106.)

Montón informe de ruinas es hoy este antiguo edificio, situado en un cerro de la sierra que separa el valle de Mogente del de Enguera, en la provincia de Valencia, y famoso por relacionarse con la gloriosa historia de la Orden militar que le dió nombre.

Creese que fué fundado en 1280, algunos años antes que el pueblo, y su destruccion se debe á dos violentos terremotos.

«Un sábado felice el distinguido escritor D. Juan Vilanova, describiendo sucintamente aquellos siniestros, que fué 23 de Marzo de 1748, despues de repetidas y furiosas lluvias, á las seis y cuarto de la mañana tembló el monte, segun relacion de un testigo presencial, siendo las vibraciones de N. á S.; continuaron éstas por algunos segundos, y desquiciando aquel soberbio edificio, se desplomaron las paredes, cayeron los techos y se levantó una espesa nube de polvo, que anunció la desgracia á los pueblos vecinos. El estrago mayor fué en la iglesia, por ser la última de las obras hácia el Sur, y sus ruinas enterraron á cuatro sacerdotes que celebraban, y á siete novicios que servian. Tambien perecieron el prior Frey D. José Ortells, el Dr. Frey Don Ignacio Oller, prior del convento de Alfama, y otros muchos; habiéndose salvado algunos milagrosamente, figurando entre estos D. José Ramirez, el cual apenas advirtió los vaivenes de la fábrica; se puso en el hueco de una ventana, de donde salió ileso despues de la tormenta, corriendo presuroso á socorrer á sus hermanos. Al mismo tiempo que el castillo se arruinó la ermita de los Santos en la Alcedista, y se conmovieron varios edificios de los pueblos comarcanos. El día 2 de Abril se renovaron los temblores con increíble fuerza, penechando en Enguera bajo las ruinas de la iglesia el cura y el sacristán; continuando de tiempo en tiempo los terremotos.»

EL INVIERNO.

EL CUENTO DE LA ABUELITA.

NOCTURNO PARA PIANO, POR D. T. FERNANDEZ GRAJAL.

Larghetto.

p

pp

pp *p*

pp

8

8^a

8^a

First system of musical notation. Treble and bass staves. Treble clef, key signature of two flats (B-flat and E-flat). The system contains several measures with notes and rests. A slur covers a group of notes in the first measure. Dynamics markings 'p' (piano) are present in the fourth and fifth measures.

Second system of musical notation. Treble and bass staves. Treble clef, key signature of two flats. The system contains several measures with notes and rests. A slur covers a group of notes in the first measure. Dynamics markings 'p' (piano) are present in the fourth and fifth measures.

Third system of musical notation. Treble and bass staves. Treble clef, key signature of two flats. The system contains several measures with notes and rests. A slur covers a group of notes in the first measure. Dynamics markings 'p' (piano) are present in the fourth and fifth measures. The word 'rall.' (rallentando) is written in the fifth measure.

Fourth system of musical notation. Treble and bass staves. Treble clef, key signature of two flats. The system contains several measures with notes and rests. A slur covers a group of notes in the first measure. Dynamics markings 'p' (piano) are present in the fourth and fifth measures. The word 'animado.' (animato) is written in the fourth measure.

Fifth system of musical notation. Treble and bass staves. Treble clef, key signature of two flats. The system contains several measures with notes and rests. A slur covers a group of notes in the first measure. Dynamics markings 'p' (piano) are present in the fourth and fifth measures. The word 'rall.' (rallentando) is written in the fourth measure, and 'pp' (pianissimo) is written in the fifth measure.

Sixth system of musical notation. Treble and bass staves. Treble clef, key signature of two flats. The system contains several measures with notes and rests. A slur covers a group of notes in the first measure. Dynamics markings 'p' (piano) are present in the fourth and fifth measures. The word '8a' is written above the first measure, with a dashed line indicating a repeat or continuation.

8a

rall.

Allegretto.

pp

cres - cen

8a

The first system of music consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower in bass clef. The key signature has two flats (B-flat and E-flat). The music begins with a few notes in the treble and bass, followed by a dynamic marking of *f* (forte). The upper staff features several long, sweeping melodic lines with slurs, while the lower staff provides a rhythmic accompaniment with eighth and sixteenth notes.

8a

The second system continues the piece. It features a *rall.* (rallentando) marking with a wedge-shaped line indicating a gradual deceleration. This is followed by a *1º tempo.* (first tempo) marking, where the music returns to its original speed. The notation includes various note values and rests across both staves.

The third system shows a continuation of the complex rhythmic patterns. The upper staff has more melodic movement, while the lower staff maintains a steady, intricate accompaniment. The key signature and time signature remain consistent with the previous systems.

The fourth system continues with dense rhythmic textures in both staves. The upper staff has a more active melodic line, and the lower staff provides a complex accompaniment with many sixteenth and thirty-second notes.

The fifth system shows further melodic and harmonic development. The upper staff has a more prominent melodic line, and the lower staff continues with its intricate accompaniment. The overall texture remains dense and rhythmic.

The sixth system concludes the piece. It features a *ritard.* (ritardando) marking, indicating a final deceleration. The music ends with a few final notes in both staves. The key signature remains two flats.

Allegretto.

pp

cres - - - een - - - do.

1.º tempo. pp

pp

First system of musical notation. The treble clef staff contains a melodic line with a dynamic marking of *p* (piano). The bass clef staff contains a rhythmic accompaniment with a steady eighth-note pattern. The key signature has two flats (B-flat and E-flat).

Second system of musical notation. The treble clef staff continues the melodic line with some chromatic movement. The bass clef staff maintains the eighth-note accompaniment. The key signature remains two flats.

Third system of musical notation. The treble clef staff features a dynamic marking of *f* (forte) and a first ending bracket labeled *8a*. The bass clef staff continues the accompaniment. The key signature remains two flats.

Fourth system of musical notation. The treble clef staff shows a melodic phrase with a dynamic marking of *f*. The bass clef staff continues the accompaniment. The key signature remains two flats.

Fifth system of musical notation. The treble clef staff contains a melodic line with some rests. The bass clef staff continues the accompaniment. The key signature remains two flats.

Sixth system of musical notation. The treble clef staff features a dynamic marking of *p* and a first ending bracket labeled *8a*. The bass clef staff continues the accompaniment. The key signature remains two flats. The system concludes with a dynamic marking of *ppp* (pianissimo).

EL AÑO CÓMICO DE 1876 Á 1877.

I.

El período dramático cuya historia vamos á resumir en este artículo, no se ha distinguido ni por una extraordinaria vitalidad del ingenio nacional, ni por una originalidad más ó ménos feliz, pero visible y dominante en el conjunto de las obras destinadas á la escena, ni por la revelación de un espíritu nuevo que nos haya hecho vislumbrar tendencia ninguna á abandonar los caminos trillados y á modificar los moldes usuales y comunes. El escaso movimiento del año cómico anterior se ha realizado dentro de las condiciones de la endémica medianía en que ha venido á caer la fiebre de renacimiento que invadió en el primer tercio del siglo á aquella insignia pléyade de escritores, de la que aun, por dicha, nos quedan ilustres veteranos.

Por punto general el número de la escena no ha producido más que obras de fisuonmía vulgar y de cansado mecanismo, dotadas de un atractivo apénas suficiente para satisfacer la curiosidad del momento: la comedia trascendental, la comedia destinada á seguir, á desentrañar, á poner de relieve las modificaciones del vicio, del ridículo, y de la vida moral, á través de las modificaciones sociales, no nos ha dejado ejemplo digno de colocarse en el número de las excepciones. En cambio se ha rendido tributo, y aun éste con mano avara, á esa literatura incolora que busca en los tipos ya creados, no en la observación atenta y sagaz del momento actual, los elementos convencionales de su creación, ó sustituye con un dogmatismo afectado y declamador la vida, el colorido y el movimiento de verdad, haciendo de los personajes que llevan el tema dominante de la composición una familia de locuaces moralistas y de filósofos insoportables. Y sobre todo, los autores cómicos que ponen á su inteligencia productora por condiciones esencialísimas de su trabajo un génesis rapidísimo, y por consiguiente una forma abreviada de concepción que excusa el ejercicio de las facultades del análisis y de la inventiva, han seguido recogiendo hasta el átomo más insignificante del ingenio francés. En este punto se ha desplegado una deplorable actividad: el ingenio aclimatador ha abastecido pródigamente los teatros menores, y ha podido destinar un sobrante respetable á aliviar la penuria de los coliseos principales.

El movimiento dramático del año cómico de 1876 á 77 puede, por consiguiente, definirse con esta frase paradójica: movimiento de la inmovilidad. El poema escénico se ha escrito como lo escribía la medianía de hace veinte años; esto es, como si se le hubiera roto desde aquella fecha el muelle real al reloj de los tiempos, como si las necesidades del espíritu fueran hoy las mismas que ayer, como si de Moratin á Breton hubiera un paso y de Breton á la incógnita una interminable legua manchega. Ha habido en lo que se refiere al poema consagrado á poner en acción el eterno conflicto de las pasiones humanas con la conciencia del bien, una que podríamos calificar de excepción satisfactoria, si no pudiera definirse con más propiedad un llamamiento impremeditado hácia el porvenir hecho por un batallador con mucha razón descontento del nivel literario de sus tiempos, y resuelto á romper una lanza con el presente.

Después hablaremos de esa excepción ó de ese impulso más instintivo, más valeroso, más á propósito para agitar el ambiente en una atmósfera enrarecida, que para señalar con mano segura la dirección del viento. Antes de entrar en estas apreciaciones, insistamos en el juicio general que hemos anticipado al comenzar este artículo: el poema dramático y la comedia de formas más ó ménos cultas han arraigado una vida valetudinaria, incapaz de dejar la huella de una emoción profunda en el alma del espectador, ni en la tradición gloriosa de nuestra literatura. El uno ha procurado ocultar su falta de nervio, de pasión, de savia regenerada y vigorosa bajo las galas de un lirismo opulento y caudaloso; la otra ha reproducido imágenes cansadas, cuadros manoseados de interior, moralejas de virtud anodina, cuando no se ha propuesto por toda base de concepción prodigar de cualquier modo y á toda costa los estímulos de la risa, buscando por este medio el *dejemos pasar* del auditorio.

Tal ha sido, en conjunto, el producto del ingenio dramático durante el período á que nos referimos. Veamos ahora si al apreciar someramente las obras de los escritores que han encontrado en el público más lisonjera acogida, hay alguna excepción digna de tomarse en cuenta, y si en el trabajo, bien escaso por cierto, realizado con mejor propósito que el de seguir las huellas de la medianía presuntuosa ó de la franca é inaprensiva vulgaridad, se descubre alguna tendencia, alguna nueva dirección del ingenio dignas de atención y de estímulo.

II.

Y aquí se nos ocurre natural y preferentemente el nombre de D. José Echegaray, autor de dos obras escénicas que han obtenido éxito ruidoso y gran número de representaciones, siendo objeto de los juicios más contradictorios. Don José Echegaray es un poeta dramático surgido como por ensalmo en los últimos días de un período revolucionario: es más; como entidad política distinguida, el Sr. Echegaray es hijo de una revolución. ¿No parece natural buscar en la filiación del hombre político la manera de ser del escritor dramático? Se dice que el número del Sr. Echegaray, ántes de entregarse á la notoriedad de la escena, ha atravesado una larga época de gestación, ó quizá diríamos mejor, de expansión íntima y secreta. Así lo prueban, á nuestro juicio, algunos trabajos del autor. Pero de todas maneras, bien se vea en la dirección atrevida del ingenio dramático del Sr. Echegaray un ejemplo de la furia de innovación que sorprende á ciertas inteligencias dotadas de iniciativa en los momentos de crisis de una sociedad; bien se vea en la poética especial de este escritor el resultado de una antigua y arraigada convicción literaria, nacida en el silencio del gabinete y extraña á toda sobreexcitación moral de extraordinaria naturaleza, el hecho es que en las obras escénicas de este escritor se revela patentemente el deseo de abandonar los trillados senderos del teatro actual y de llevar por delante, sin cobardes contemplaciones, los problemas trascendentales del momento en que vivimos.

Y en este punto el Sr. Echegaray no merece sino slo-

gios. Tiempo há que nuestra dramática viene á ser un reflejo de reflejos, un eco apagado y monótono de sonidos ya lejanos, una indefinida interinidad de la medianía estacionaria, resignada á producir para el olvido, y temerosa de frustrar un éxito pasajero si intenta cambiar la direccion rectilínea de su trabajo y levantar el sentido de su concepcion. El Sr. Echegaray, que, de paso y como verdad notoria sea dicho, no es una medianía, sino una inteligencia de alto abolengo, lo entiende de muy distinta manera: comprende que es llegado el caso de avivar los resortes del poema escénico; que es preciso, para sacudir el marasmo del sentido moral y del sentido artístico de nuestros días, inundar con el debate de altos problemas un espíritu más vigoroso á la composicion destinada al teatro. Estamos perfectamente de acuerdo con el Sr. Echegaray, y creemos que el aliento de batallador con que lleva al terreno práctico su idea de regeneracion, debe servir de ejemplo y de estímulo á nuestros autores dramáticos.

Pero la energia del impulso, alta cualidad del genio del Sr. Echegaray, y no por cierto la única que se revela en sus obras, no viene, hasta aquí, acompañada de otras circunstancias sin las cuales, por más que de ellas le excuse el entusiasmo incondicional de sus admiradores, no se elevará nunca á las concepciones del verdadero arte. Más de una vez hemos señalado y discutido la falta de estas condiciones esenciales, llevados de un amor á la belleza y á la verdad perfectamente abstraído de los clamores apasionados del momento: nos limitaremos en esta revista retrospectiva á indicar de pasada, y con perdon de sus fervorosos amigos lo que le falta, á nuestro juicio, al autor de *Cómo empieza y cómo acaba* y *O Locura ó santidad*, para ser un ingenio dramático excelente y vividero. Y ante todo observaremos que tiene para el oficio un gran enemigo en una de las excelencias más notorias de su entendimiento; el cálculo de lo extraviado; es un cerebro de matemático con grandes ramificaciones de poeta. El Sr. Echegaray, al concebir la idea de sus dramas, plantea en su imaginacion un problema y va derecho á la solucion, aunque para llegar á ella le sea preciso pasar por una serie de guarismos de valor ficticio. Ejemplo de esta afirmacion: en el drama *O Locura ó santidad* personifica una virtud austera, inflexible, apremiada á abdicar en presencia de un gran interes humano, y lo que es más, de un sentimiento imperioso de la naturaleza. ¿Cómo se resolverá este conflicto? Triunfará la virtud, pero encontrará la calumnia y el martirio en el sagrado de sus más íntimos afectos.

Planteadó y resuelto de este modo *in mente* el problema moral, el Sr. Echegaray lo lleva por delante sobre la escena, sin mirar si su modelo de virtud se parece más á una abstraccion que á una personificacion suficientemente dotada de fibras humanas, y sin curarse de que los personajes que labran los miserables destinos de la victima, los unos por la fuerza bruta del error grosero, los otros por la incredulidad inopinada del sentimiento, no piensan, ni obran, ni sienten como deben pensar, obrar y sentir, sino como le place y le conviene al autor del drama para los efectos de su combinacion.

Y es que en las obras del Sr. Echegaray no se ve nunca la ilacion lógica y el calor natural de los afectos. Por lo común, el sentimiento se traduce en los personajes dramáticos de este escritor por convulsiones y paroxismos extremos, á veces vigorosísimos, como el que sirve de desenlace á *La Esposa del vengador*. Desprovista de olvido de la facultad de seguir paso á paso el movimiento natural de las pasiones, y de llegar á lo terrible ó á lo patético, no por sacudimientos extremos y excepcionales, sino por procedimientos lógicos de naturaleza, el Sr. Echegaray deja en sus obras un vacío mal cubierto con los brillantes rasgos de su fantasia y los recursos violentos de una mal castigada inventiva. Faltando la expresion animada y natural de los afectos, los personajes del Sr. Echegaray resultan más sentenciosos y enfáticos que animados del verdadero

calor del sentimiento, y en vez de producir situaciones dramáticas, producen por lo común situaciones teatrales. El amañado desenlace de *En el puño de la espada* es un golpe teatral; de la misma manera se puede calificar la violenta solucion del drama *O Locura ó santidad*, concebida con perfecto olvido de todo procedimiento de humanidad, y teatral sería también si no se descubriera ante todo en ella una inventiva caudorosa que contrasta con la antipática sequedad del asunto, el inexplicable final de *Cómo empieza y cómo acaba*.

¿Quiere esto decir que el autor de *En el puño de la espada*, de *O Locura ó santidad* y de *Cómo empieza y cómo acaba*, no sea un escritor de grandes facultades? No; esto quiere decir que las grandes facultades del Sr. Echegaray, empeñadas en el falso sendero por donde las empuja el favor de presente de sus amigos, confundió la combinacion trabajosa con el curso natural y verosímil de la accion, el movimiento aparatoso y deslumbrador con el desarrollo perseverante de la pasion, y el golpe de teatro con la situacion dramática.

Pero, ya lo hemos dicho, el Sr. Echegaray ha tenido el arrojo feliz de arrojar la piedra en las aguas dormidas de nuestra literatura escénica, y los escritores de aliento deben imitarle en una que nos parece esencial cualidad de su talento; deben imitarle en el arrojado propósito de no retroceder ante el problema.

Y aquí, por natural sucesion de ideas, se nos viene á las mientes el autor de *Luchas de amor*, leyenda dramática representada por primera vez en el mismo teatro Español. En honor de la verdad, el autor de esta composicion escénica, bellísima como creacion literaria, mediana como poema dramático, había enseñado el camino por donde despues se ha lanzado con un ímpetu, no sabemos hasta qué punto regible, el Sr. Echegaray. En su drama *No hay buen fin por mal camino*, estrenado hace algunos años en el teatro de Apolo, el Sr. D. Mariano Catalina se propuso, con intento afortunado, rejuvenecer la sávia de nuestra dramática, vaciando en los moldes de Lope y Calderon una tésis moral de oportuna actualidad. Quizá el señor Catalina no se atrevió á llevar hasta sus últimas consecuencias la lógica terrible de aquel poema. Los entendidos creyeron adivinarlas y aplaudieron con vehemencia á su autor, no sólo por la proyeccion atrevida de su concepcion dramática, sino también por lo que en ella vieron de *non nato* ó de mutilado en aras de la susceptibilidad viciosa que suele servir de norma de criterio al público ménos vulgar de nuestros días. ¿Por qué no ha seguido el Sr. Catalina la senda que parecía haberse trazado al concebir este drama? *Luchas de amor* es un tributo inesperadamente rendido á la musa enervada que, bajo un alvino más ó ménos opulento, impera generalmente en nuestra escena. Es una caída tanto ménos disculpable cuanto que se ha realizado con perfecto conocimiento de causa y por intento deliberado del autor. Una gran equivocacion del Sr. Catalina nos hubiera parecido preferible á su atildada leyenda dramática, porque nos hubiera demostrado que seguía desenvolviendo sus facultades en el sentido más elevado de su ingenio. Sin embargo, el autor de *No hay buen fin por mal camino* es un poeta jóven y no ha llegado á la evolucion definitiva de su talento poético. Vacila entre el drama sentimental de cauta y acompasada andadura y el drama de pasion, de movimiento vigoroso y de energética pulsacion moral. Si no fuera más que suficiente el criterio del Sr. Catalina para fijar entre estas dos direcciones de su ingenio la que ha de consolidar su reputacion de escritor dramático, la impresion que produjo la obra que acabamos de mencionar, comparada con el éxito literario de *El Tasso* y *Luchas de amor*, sería ya de por sí una significativa norma de conducta.

El Sr. D. Mariano Catalina ha sido, pues, en la temporada dramática de que venimos hablando, una decepcion pasajera: pasajera decimos, porque nos damos á entender

que el éxito de su última obra ha de inducirle á abandonar la afeminada corte de la musa sentimental, para volver armada de todas armas á la candente arena de la lucha.

Otro escritor, que tantea con gran instinto, y no sólo con gran instinto, sino con aptitudes artísticas muy dignas de atención, el escabroso terreno de la escena, es el autor de *La Torre de Talavera*, drama en un acto representado con éxito satisfactorio en el teatro Español. El Sr. Sellés posee, á juzgar por una producción primera, y esa de cortas dimensiones, una condicion fundamental para las obras de imaginacion, cual es el sentimiento, y una cualidad artistica de gran importancia, como es la unidad. *La Torre de Talavera* es el ensayo brillante de un ingenio subordinado á las reglas del buen gusto, y que considera, á lo que parece, la verdad embellecida como excelencia suprema del poema escénico. Sin embargo, dicho se está que el señor Sellés, méfrito llamado en el arte de Calderon, autor aplaudido en una primera producción de cortas dimensiones, necesita dar más alto vuelo á su ingenio y emplear sus facultades en obras de más largo aliento que la que ha servido, con justo aplauso del público, de compendio y resumen de sus facultades nada comunes. No negamos la oportunidad del drama basado en la historia; no rechazamos ningún género de composicion dramática, á condicion de que tienda, en términos absolutos, á realizar un ideal ó á harir la fibra de vibracion actual con tal arte y con tan hondo sentimiento de humanidad, que tenga á través de los tiempos duradera repercusion. No sabemos si la primera obra del Sr. Sellés marca una aficion decisiva á basar en la historia la creacion escénica. Si es así, Shakespeare, Schiller, Corneille y nuestros grandes escritores del siglo XVII, le enseñarán de qué modo un poeta puede ser perpétuamente actual manejando figuras, sucesos y pasiones que han hecho su revolucion en un punto del tiempo y del espacio.

A otro escritor de los que han tomado parte en la campaña teatral del año cómico anterior, conviene también recomendar el estudio de los grandes dramáticos que han buscado generalmente en la historia el asunto de sus producciones escénicas. El Sr. D. Márcos Zapata, autor de otra composicion en dos actos estrenada en el mismo coliseo, es un poeta dotado de notables facultades, y evidentemente inclinado al género de composicion de que venimos hablando. Pero el Sr. Zapata abusa de la exuberancia de su inspiracion lírica y atiende más á la brillantez y á la novedad de la imagen, al ritmo unas veces majestuoso, otras fácil y flexible de la versificacion, y, por decirlo de una vez, á la forma y á la entonacion poética, que al interes de la accion dramática y á la natural expresion del sentimiento. El Sr. Zapata pertenece al número no escaso de los escritores españoles que necesitarian invertir el sobrante de un lirismo, raras veces disculpable en las obras destinadas á la escena, en el cultivo de otras cualidades más esenciales para crear el drama. Pero al juzgar á escritores como el Sr. Zapata no se puede ser peñimista. ¿Quién sabe si bajo la brillante, matizada y casi siempre varonil vestidura del número que le inspira, cobija la llama fecunda que se creyó entover en *La Capilla de Lanusa*? Su última producción, *El Solitario de Yuste*, no es todavía, ni mucho ménos, una señalada evolucion de su espíritu creador; pero guardémonos de pronunciar fallo decisivo.

De los demás autores dramáticos que han llevado alguna obra á la escena durante el período de 1876 á 1877, hemos de decir brevísimas palabras. Alguno de ellos, como el eminente poeta D. José Zorrilla, autor de la producción escénica titulada *Pilatos*, parece que haya buscado en el teatro Español la ocasion solemne de patentizar una decadencia acompañada todavía de los mágicos esplendores de su genio poético. Otros no han hecho más que defraudar esperanzas fundadas en las facultades que desplegaron en sus primeras obras, ó producir, con visible abdicacion de su talento, en alguno de ellos capaz de más gallardas em-

presas, dentro de las condiciones de esa desconsoladora medianía que parece resignada á no esforzar el vuelo terroso de sus inspiraciones, desconociendo la necesidad de regenerar la sávia de nuestra literatura escénica. No entra, ciertamente, en el número de estos *cultivadores* del arte inalterable y consuetudinario el autor de una producción de cortas dimensiones estrenada por la eminente actriz Carolina Civilí en el teatro de Novedades. A juzgar por la obra á que nos referimos, D. José Fernandez Bremon posee un resorte que puede servirle de seguro contra la estéril afectacion poética y la falta de nervio de nuestra dramática usual y corriente, y este resorte es el sentimiento, sin cuya guía constante no es posible llegar á la de otra producción. Pero eso mismo probaria su mérito. Si la originalidad en las obras de la escena consistiera en inventar asuntos y situaciones nuevas en sucesion infinita, pronto se llegaría á la extravagancia y al delirio. Esa originalidad, así considerada, sería imposible. Nada hay nuevo en el teatro, que tienda por objeto reproducir la eterna lucha de las pasiones y de los sentimientos de la naturaleza. ¿Quién puede llamarse primer engendrador de una idea ó de una situacion dramática? El hecho es que el ingenio que al trabajar sobre esta especie de fondo comun de ideas creadas las eleva á lo superior de concepciones superiores, ése es á quien el mundo y el arte reconocen como verdadero creador. Verdad es también que se necesita pasar el nivel para no ir á aumentar el número infinito de las inteligencias que vegetan en la rapsodia; porque como ha dicho Voltaire: *Il faut que celui qui vole soit de force á tuer son homme*. No atribuimos un valor excepcional al poeta que nos sugiere estas reflexiones; pero decimos que si el pensamiento de *Dos hijos* coincide realmente con el de alguna otra obra de su especie, la del Sr. Bremon debe mejorarla en tercio y quinto, á juzgar por la inusitada emocion con que la ha escuchado desde el principio al fin el público distinguido, y en su mayor parte literario, que ha asistido á su estreno. Y es que, en efecto, la producción del Sr. Fernandez Bremon se distingue por la expresion sencilla y natural del sentimiento, llevada hasta lo patético, y penetrada de un calor de verdad que llega constantemente al alma del espectador, y que en honor de la verdad sea dicho, ha encontrado en el entusiasmo artístico de la Sra. Civilí una gran potencia de expansion.

El éxito alcanzado por el Sr. Fernandez Bremon ha sido uno de los más unánimes de la temporada. ¿Habrá servido de estímulo á este escritor para empeñar próximamente sus fuerzas en una empresa de resultados decisivos para su reputacion? Así lo esperan los que buscan con interes en el teatro los síntomas, siempre fugaces, de un cambio benéfico en las temperaturas del arte.

La alta comedia, el poema teatral llamado, á nuestro juicio, á reflejar el fondo y la superficie de nuestra sociedad; esto es, el sentimiento unido á la pintura de los vicios y de los desfallecimientos morales de actualidad, no ha tenido ni siquiera mediana representacion en la temporada dramática de 1876 á 77. *El tanto por ciento* ha sido este año, como los anteriores, un ejemplo perdido. Los escritores cómicos que han producido algo que no lleve el sello de la imitacion ó del arreglo, han dado á la escena composiciones agradables por el sabor literario, por la delicadeza del pensamiento, ó por la casta bretoniana de la sal cómica, tales como *Los cursis*, del Sr. Herranz; *El Número tres*, del Sr. Echegaray (D. Miguel); *Pepe Carranza*, del Sr. Frontaura; *Enseñar al que no sabe*, del Sr. Herrero; *Iris de paz*, de D. José Echegaray; *La Nodriza*, de D. Enrique Gaspar, y alguna otra. Pero de esta masa de trabajo del ingenio no se desprende ninguna tendencia seria á volver á los manantiales del genio nacional, conduciéndolos por los

cauces más hondos y más complicados que exigen los análisis penetrantes del arte moderno y la desorientada variedad de nuestra vida social; no se trasluce, en suma, la comedia trascendental, reflejo de la sociedad en que vivimos, vigorosamente inspirada en la aversión de nuestras afecciones morales en lucha con los fueros del sentimiento y de las nociones eternas del bien, natural, decorosa y sóbria en la pintura ó en la personificación de los vicios, oportuna y vigorosa en el fin moral, escrita en un lenguaje y un estilo que dentro de las condiciones de progresiva ductilidad que el andar de los tiempos y de las civilizaciones hace indispensables, atestigüe de su origen castizo. En este superior concepto nada ha prodeído el rebajado ingenio cómico de nuestros escritores durante la temporada teatral cuyo movimiento resumimos en estas líneas. En las producciones más aplaudidas y ménos insignificantes es difícil hallar otra cosa que un mérito relativo, medido por el bajísimo nivel de nuestra plagada y trivial literatura cómica.

Si, pues, algo se ha observado en el teatro de 1876 á 77 que revele el propósito de robustecer el nervio de nuestro poema escénico (y aún ese algo ha tenido origen en períodos anteriores), ha sido en la composición destinada á desarrollar una acción trágica ó á desenvolver afectos excepcionales. Por una deserción inexplicable (y á juzgar por nuestro deseo, pasajera) del autor de *No hay buen fin*

ó *por mal camino*, el Sr. Echegaray ha sido el único representante de ese espíritu revolucionario que, en lo que tiene de vibrante despertador del genio soporado de nuestra dramática, nos parece un plausible movimiento de vida. Nuestros jóvenes escritores deben escuchar ese toque de llamada sin irse ciegamente tras él, como no se irían, sin capitales salvedades, en pos del arte falso ó malsano de los Dumas y los Sardou. Es verdad que el teatro español necesita penetrar en las corrientes turbadas de nuestra vida moral para fundar en ellas concepciones capaces de sacudir con vigor las fibras del sentimiento; es verdad que á un teatro estacionario que no sigue la marcha de los tiempos, y á un gusto fluctuante y desorientado, corresponden una trasfusión de savia vigorosa y una enérgica dirección; pero hay que guardarse de caer en un extremo vicioso llevando por torcido rumbo esa fuerza reparadora, fundando en un arte falso heroicos recursos con que herir fuertemente la imaginación del espectador, buscando el nervio vital del drama fuera de los procedimientos lógicos, naturales y consecuentes de las pasiones humanas, ó creyendo, como algunos regeneradores del teatro francés, que es propio de la robusta iniciativa y del profundo designio del ingenio innovador de nuestros días, revolver el escarpelo en las entrañas de ciertos cadáveres repugnantes.

PEREGRIN GARCÍA CÁDENA.

JEFES DE LOS ESTADOS DE AMÉRICA (1).

ARGENTINA (REPÚBLICA).—*Presidente:* Dr. D. Nicolás Avellaneda, elegido por seis años en 12 de Octubre de 1874.—*Vice-presidente:* Dr. D. Mariano Acosta.

BOLIVIA.—*Presidente:* General D. José M. Daza, que subió al poder, sin elección, en 1876.—Actualmente se efectúa en aquel país una revolución, á cuyo frente está el general Bondon.

BRASIL.—Pedro II de Alcántara, emperador del Brasil, nació en 2 de Diciembre de 1825; subió al trono por abdicación de su padre D. Pedro I, en 7 de Abril de 1831; fué coronado solemnemente el 18 de Julio de 1841; casó en 3 de Mayo de 1843 con Teresa-Cristina de Borbon, hija de Francisco I, rey que fué de las dos Sicilias.—*Hija:* Isabel-Cristina-Leopoldina, nacida el 29 de Julio de 1846, y casada el 15 de Octubre de 1864 con Luis-Felipe-Maria-Fernando-Gaston, príncipe de Orleans, conde de Eu.

CHILE.—*Presidente:* D. Anibal Pinto, elegido por cinco años en 18 de Setiembre de 1876.

COSTA-RICA.—*Presidente:* General D. Tomás Guardia, que subió al poder en 1876.

Ecuador.—*Presidente:* General Veintimilla. Subió al poder en virtud de la revolución que se verificó el 8 de Setiembre de 1876.

GUATEMALA.—*Presidente:* General D. Rufino Barrios, elegido por cinco años en 6 de Mayo de 1873.

ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA.—*Presidente:* D. Aquiles Parra, elegido por dos años en 1.º de Abril de 1876.—*Vice-presidente:* Está designado el general Camargo.

ESTADOS UNIDOS DEL NORTE.—*Presidente:* Mr. Ruthenford B. Hayes, y *Vice-presidente:* Mr. William A. Wheeler, elegidos por cuatro años en 2 de Marzo de 1877.

HAYTI.—*Presidente:* General Boisrond Canal, que ascendió al poder, por cuatro años, en Julio de 1876.

HONDURAS.—*Presidente:* D. Marco Aurelio Soto, elegido por cuatro años en 27 de Agosto de 1876.

MÉJICO.—*Presidente:* General D. Porfirio Díaz, nombrado por la Cámara de Diputados en 4 de Mayo de 1877.—*Vice-presidente:* D. Ignacio Luis Vallarta, presidente de la Suprema Corte de Justicia.

NICARAGUA.—*Presidente:* D. Pedro Joaquín Chamorro; fué nombrado en 1.º de Noviembre de 1874, y tomó posesión en 1.º de Marzo de 1875.

PARAGUAY.—*Presidente:* El Vicepresidente D. Higinio Uriarte, nombrado por el Poder Ejecutivo desde la muerte del *Presidente* D. Juan B. Güi, en 12 de Abril de 1877.

PERÚ.—*Presidente:* General D. Mariano Ignacio Prado, elegido por cuatro años en 28 de Julio de 1876.—*Primer Vice-presidente:* General La Puerta; *Segundo Vice-presidente:* D. José Canevaro.

SAN SALVADOR.—*Presidente:* Dr. D. Rafael Zaldivar, elegido por cuatro años en 19 de Julio de 1876.—*Vice-presidente:* don J. Larreynaga.

SANTO DOMINGO.—*Presidente:* General D. Buenaventura Baz, elegido por cuatro años en Abril de 1877.

URUGUAY.—*Gobernador provisorio:* Coronel D. Lorenzo Latorre, elegido en Noviembre de 1875.

VENEZUELA.—*Presidente:* General D. Francisco Linarcs Alcántara, que subió al poder por dos años en 28 de Febrero de 1877.

(1) Estos datos, registrados por nosotros en los Consulados respectivos de Madrid y París, son oficiales; pero los que publica la *Guía Oficial* de este año son completamente incorrectos.

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL DE ESPAÑA EN 1876-77.

I.

No es nuestro intento hacer en el presente trabajo una prolija y descarnada enumeración de las diferentes producciones y las manifestaciones diversas en que se ha reflejado la actividad intelectual de nuestra patria durante el período trascendido desde la publicación de nuestro último ALMANAQUE hasta la fecha en que redactamos estos ligeros apuntes. Impropio fuera esto de la índole de publicaciones como la presente, en las cuales sólo puede buscarse el breve resumen de los hechos culminantes del año que termina. Dar una idea general del movimiento intelectual de España en el período á que nos referimos, fijándonos en los fenómenos más importantes que ofrece, y procurando señalar los caracteres más acentuados que presenta, es lo único que podemos hacer en este trabajo, á riesgo de pecar de ligeros y de padecer numerosas omisiones sin duda, pero seguros, en cambio, de no ser prolijos y de no fatigar la paciencia de nuestros lectores.

Dirigiendo una ojeada general á la historia científica y literaria de España en el año próximo pasado, con la mira de señalar sus caracteres dominantes, ocurre al punto la no pequeña dificultad de contestar con acierto á una cuestión que desde luego se presenta al espíritu, cual es la de saber si del examen de los hechos que constituyen aquella se desprende la consoladora afirmación de que nuestro movimiento intelectual se halla en un período de progreso, ó se deduce la contraria. Porque, á decir verdad, si de la cultura científica y literaria de un país se ha de juzgar por el número é importancia de las producciones que en él aparecen, difícil fuera resolver la cuestión de un modo halagüeño; pero si, apartando la vista de las publicaciones, se atiende á las asociaciones científicas, y sobre todo, al estado general del espíritu público, el resultado de nuestro examen habría de ser en extremo favorable para la cultura española.

Un año entero, en que apenas se ha publicado una obra científica ó filosófica de verdadera y trascendental importancia, y en el que el movimiento de las bellas letras está representado por reducidísimo número de producciones, pocas de ellas dignas de considerarse como de primer orden, más parece período de retroceso ó de marasmo que de prosperidad literaria; pero si se tienen en cuenta la actividad de las asociaciones científicas en ese mismo año; la creación de un centro intelectual de tanta importancia como la *Institución Libre de Enseñanza*, y de otros establecimientos y corporaciones de provechosos resultados para la pública cultura; la aparición de numerosas y notables *Revistas* de todo género; el interés creciente que las cuestiones científicas inspiran, y tantos otros indudables signos de verdadero progreso intelectual — fuerza será convenir en que sería injusto lanzar de plano un veredicto condenatorio contra la época á que el presente trabajo se refiere.

Por otra parte, en historia y en crítica no hay juicio absoluto que sea justo, porque siendo limitado el hombre, sólo relativamente pueden apreciarse sus actos. Juzgar nuestro movimiento intelectual en este período, sin compararlo con el de tiempos anteriores, sería cometer un error notorio; juzgarlo sin tener en cuenta las circunstan-

cias y condiciones actuales del país, no sería menor dilatación. Cierta que al lado de la historia intelectual de Alemania, Inglaterra, Italia y Francia, tan ricas, fecundas y progresivas, la nuestra es todavía una página bien triste; pero si nos acordamos de nuestro estado, y sobre todo, si comparamos lo que somos hoy con lo que éramos no hace muchos años, más motivos tendremos para regocijarnos que para entristecernos, después de recorrer la historia del año último. La verdad de esta afirmación se comprobará sin esfuerzo en el curso del presente artículo.

Es evidente que nuestra cultura científica y literaria progresa: lo es también que ni este progreso es igual en todas sus esferas, ni se produce tampoco á la vez en todos los elementos del arte y de la ciencia. Y esto no es extraño, ni debe desconosernos tampoco; la doctrina tradicional del progreso, en virtud de la cual éste se consideraba como indefinida y continua línea recta, pierde de día en día defensores, y hoy todo pensador serio reconoce que, sin dejar de ser el progreso ley fundamental de la Historia, ni su acción es constante, ni ménos simultánea en todos los órdenes de la vida, siendo frecuente que se progrese en unas cosas al par que se retrocede en otras, que á períodos de avance sucedan otros de desfallecimiento, que la acción y la reacción alternen en la marcha de las cosas, y otros fenómenos análogos, de los cuales se desprende que es el progreso línea curva y quebrada, movimiento de varias y caprichosas direcciones, ley necesaria en su totalidad, pero contingente en cada momento histórico.

Así es que en la actualidad hay esferas del orden intelectual, que en España no ofrecen progreso verdadero, sino decadencia notoria ó estancamiento al ménos, mientras en otras se observa lo contrario. De esta suerte, dentro del arte literario, se observa que la novela y la lírica progresan; al paso que la dramática se detiene y quizás decae; notándose á la vez en el terreno de la ciencia señalado movimiento progresivo en las ciencias filosóficas, algún comienzo de vida en las experimentales, escasa vitalidad en las históricas y grandes alientos en las morales y políticas.

No cabe duda de que el movimiento científico alcanza hoy entre nosotros mayor importancia que el literario, y que en él, más que en éste, se observa notable progreso; la razón es obvia: siempre hemos tenido plétora de vida literaria; en cambio, desde el siglo XVI acá, apenas sabemos lo que es la ciencia; y despertado hoy nuestro espíritu á nueva vida, puesto en comunicación con las corrientes del pensamiento europeo, vigorizado por el hálito poderoso de las revoluciones, sentimos insaciable deseo de saber y queremos recorrer, si fuera posible, en breves días el camino que otros pueblos han recorrido en largos años. De aquí la aparición de todo género de publicaciones científicas (fenómeno inusitado entre nosotros), la creación de institutos y establecimientos de la misma índole, y el interés que en todas partes excitan los problemas y debates puramente científicos, ante los cuales aparecen como en cierto modo postergados los literarios. Asistimos hoy á un renacimiento científico, muy semejante (aunque no tan ruidoso) al renacimiento literario de la tercera época constitucional.

Este movimiento, iniciado hace ya algunos años, se ha acentuado notablemente desde 1875, merced á causas de muy diversa índole, como son: el periodo de calma relativa en que ha entrado la política, y que ha hecho que se empleen en la ciencia actividades que se dedicaban únicamente á las luchas de la vida pública; la decadencia de la escuela krausista, que despues de prestar á la ciencia notables servicios, habia concluido por ejercer un funesto monopolio y apartar á España de la corriente europea; y el advenimiento del positivismo, que, sobre llamar la atención sobre los más arduos problemas filosóficos y promover muy importantes debates, ha comenzado á imprimir vigoroso impulso á las ciencias experimentales, harto descuidadas en nuestra patria. Uniéndose á estas causas otras de distinto género, han determinado no pocos acontecimientos importantes en el orden científico, y aun en el literario, como son, entre otros: el despertamiento de las provincias á la vida intelectual, hecho de que son síntomas felices la creación de nuestros ateneos y academias, la celebración frecuente de certámenes y solemnidades literarias, la publicación de libros de importancia en localidades que parecían muertas para la vida del pensamiento, la aparición de revistas como *El Porvenir*, *La Renaixença*, la *Revista histórica* de Barcelona, la *Revista de Andalucía*, la *Revista de las Provincias* y otras no menos notables, la fundación de sociedades de bibliófilos en Santander, Zaragoza y otros puntos, y otros muchos hechos no menos significativos; la reanimación portentosa del Ateneo de Madrid; la creación de la *Institución Libre de Enseñanza*, de la *Sociedad Geográfica* y de las *Conferencias Agrícolas*; la publicación de Revistas tan notables como la *Contemporánea*, la *Europa*, la *Academia*, la *Enciclopedia*, etcétera, y otra multitud de sucesos que revelan un verdadero renacimiento intelectual, debido en su mayor parte á la iniciativa individual y al espíritu de asociación.

El movimiento literario acaso no compete con éste. La lírica adelanta poco; el movimiento iniciado por el señor Campoamor y el Sr. Nuñez de Arce aun no ha dado resultados: el segundo no ha tenido imitadores; los del primero rara vez compiten con su modelo. La reaparición de Zorrilla (suceso culminante del año en el orden literario), en nada contribuirá al progreso general de la lírica, pues no son éstas las circunstancias favorables para que Zorrilla ejerza verdadera influencia en la literatura. No es esto decir que la transformación sufrida por la lírica no dé sus frutos; pero hasta el presente no los ha dado todavía. Los numerosos volúmenes de poesías publicados en el último año no revelan un verdadero progreso. Los que no son serviles imitadores de Campoamor ó Becquer, manteniéndose en los antiguos y trillados senderos y no anuncian la existencia de una generación nueva que pueda reemplazar dignamente á la que se va. En cuanto á la dramática, su decadencia es notoria, y harto lo muestran el clamoreo unánime de la opinión y el movimiento febril que para remediar sus males se ha iniciado en el año último. Solamente la novela progresa con visible rapidez, merced á los generosos esfuerzos de algunos esclarecidos ingenios que la señalan nuevos rumbos y lograrán apartarla de los caminos de perdición que hasta el presente habia recorrido.

Un fenómeno singular se observa en este periodo. El movimiento intelectual que dejamos expuesto, apenas se revela en otras producciones escritas que en los periódicos y revistas (salvo en la bella literatura). Es indudable que en España se piensa y se habla mucho más que se escribe; y de aquí, lo fácil que es formar juicios erróneos acerca de un país que, progresando en ciencias y letras, por casualidad publica un libro de importancia. ¿A qué se debe este singular fenómeno? ¿Acaso á que, como decía Larra, en España no se lee porque no se escribe y no se escribe porque no se lee, ó más bien á una condición especial de los españoles? A nuestro juicio, se debe á lo segundo. Gusta-

mos en España de trabajar poco; poseemos notable facilidad de palabra; somos dados á la discusión y á la exhibición oratoria; nuestra comprensión es fácil y viva, y nuestra reflexión escasa; preferimos las síntesis brillantes á los fatigosos análisis; y de aquí que gustemos más de hablar que de escribir y de escuchar á los oradores que de leer. A cuántos y cuán graves errores y peligros nos expone esta condición de nuestro carácter, no hay para qué decirlo; pero el hecho es cierto y es fuerza consignarlo.

II.

De lo que dejamos dicho se desprende que, al trazar el cuadro de nuestra vida intelectual en el año próximo pasado, ántes hemos de fijarnos en los discursos que en los libros, en las asociaciones científicas que en las bibliotecas. En tal sentido, puede asegurarse que nuestro movimiento científico se ha reconcentrado en la época precipitada en los Ateneos, Academias y otras corporaciones análogas.

Importa, al tratar de este punto, que consignemos un hecho significativo; tal es el de que el movimiento intelectual de nuestra patria halla su más acabada representación, no en las corporaciones oficiales, sino en las libres. Las Academias no dan apenas señales de vida. Por rara casualidad se les debe una publicación importante, un feliz descubrimiento ó un progreso notable. Dominadas por un exagerado espíritu conservador, permanecen cerradas y hostiles á las nuevas corrientes del pensamiento, y si acaso alzan su voz, es para protestar contra ellas. Certámenes casi siempre desiertos ó en los cuales se premian producciones de mérito escaso; alguna que otra publicación, que suele ser de tan poco valer é importancia como algunos trabajos últimamente dados á luz por la Academia de Ciencias Morales y Políticas; discursos de recepción de nuevos académicos, que más que á ventilar tesis científicas, parecen destinados á hacer alardes políticos de dudosa oportunidad y gusto escaso; tales son, por regla general, las muestras de la actividad académica. Sólo las Academias de Ciencias exactas, físicas y naturales, de Bellas Artes y de Medicina, suelen llevar á cabo algun acto importante ó publicar algun estimable trabajo, libre casi siempre de preocupación política; pero aun estas corporaciones distan mucho de mantenerse á la altura de la misión que les está confiada. Y no digamos nada de las Universidades oficiales, cuya iniciativa científica (consideradas como cuerpo colectivo) raras veces se deja sentir.

Mayor vitalidad se observa en los Ateneos, Liceos, Academias y otras asociaciones literarias de las provincias, en que comienza á despertarse el amor á la ciencia y á las bellas letras. Si bien en estas corporaciones domina todavía demasiado el elemento puramente literario, no es posible negar que en su modesta esfera contribuyen no poco á la difusión de la cultura. La historia, gloriosa aunque breve, de varias de estas asociaciones (los Ateneos de Valencia y Vitoria entre otras) es clara prueba de lo que decimos. Alguna de ellas, sin embargo (como el Ateneo de Barcelona, por ejemplo), dominada por rancias preocupaciones y anticientífico espíritu de intransigencia, más parece remora que incentivo para el progreso del pensamiento.

Indudablemente, los dos grandes focos de nuestro movimiento intelectual son el Ateneo de Madrid y la Institución libre de enseñanza. Dominado el primero por amplio y tolerante espíritu que le hace ser palenque abierto á toda opinión honrada; inspirada la segunda en las más libres corrientes del pensamiento, ambos contribuyen al desarrollo y prosperidad creciente de la cultura española. Tercian en los debates de aquél y regentan sus cátedras, así como las de la Institución, los más eminentes pensadores y los oradores más brillantes de nuestra patria, y en

su recinto hallan cabida las más encontradas escuelas y las direcciones más recientes del pensamiento europeo. En las cátedras de la Institución Libre se exponen ampliamente todo género de ciencias, se dilucidan los más áridos problemas y se dan á conocer los últimos adelantos del saber humano. Allí expone Azcárate, con su elegante y simpática palabra, los generosos principios de la escuela krausista contra las desoladoras afirmaciones del positivismo; señala Gabriel Rodríguez, en ameno estilo, los caracteres estéticos de la música, mediante luminosas explicaciones, comprobadas en la práctica por la diestra mano del celebrado pianista Inzenga; Federico Rubio, gloria de nuestra Medicina, diserta sobre la acción fisiológica de la palabra, dando claras muestras de su profundo saber y razonado ingenio; el joven Simarro, esperanza de la ciencia positiva, desenvuelve en curiosos experimentos la extraña teoría de las llamas contantes; Pelayo Cuesta, con severa palabra y erudición copiosa, explica el sistema federativo del imperio alemán; Linares, tan notable naturalista como distinguido filósofo, expone la morfología de Haeckel; Saavedra, la constitución física del Sol; Perez de Lasala, autoridad de mayor excepción en tales materias, discurre sobre el arte militar; Moret, con su mágica palabra, se ocupa de la filosofía de la historia de España; Echegaray, el gran romántico, el eminente matemático y físico, el orador notable, diserta sobre estética y literatura; Labra, orador abundantísimo y elocuente, ventila las más áridas cuestiones de Derecho internacional con relación á América, y hace luminosas indicaciones sobre la cuestión de Oriente; en suma, cuantos hombres notables en ciencias y letras poseen nuestra patria, concurren á hacer de la Institución uno de nuestros más importantes centros de cultura. Bástale al año que nos ocupa la gloria de haber producido asociación tan importante para contarse como fausto en la historia de nuestra civilización.

Si el Ateneo no ha logrado competir con la Institución Libre por el número é importancia de sus cátedras (siquiera las pocas que ha ofrecido hayan estado á cargo de personas de tanta valía como Vilanova, Rada y Delgado, Vidart, Villanil y algun otro que no recordamos), aventájala, en cambio, por los ya célebres debates de sus secciones. No ha funcionado en este año la de Ciencias Físicas y Naturales, que tan brillante se manifestó en el anterior; pero las de Ciencias Morales y Políticas, y Literatura y Artes, han dado notables muestras de su actividad. Averiguar si Inglaterra debe á su constitución política el carácter á la vez estable y progresivo de sus instituciones, y saber si estas pueden aplicarse á España, ha sido el tema que embargó la atención de la primera de dichas lecciones; disertar sobre el estado actual de la poesía lírica y de la poesía religiosa en España, fué objeto de los trabajos de la segunda. Pronunciaron en ellas notables discursos de resumen sus presidentes, Azcárate y Canalejas; leyó una erudita y discreta Memoria sobre la poesía religiosa el ilustrado joven Sr. Sanchez Moguel, y defendiendo en la primera las teorías ultramontana, conservadora y democrática, y en la segunda la idealista y la realista, terciaron en los debates notables oradores de los tres grandes campos en que el Ateneo se divide (el que representa lo pasado, el que simboliza lo presente y el que personifica lo porvenir), como son: los Sres. Moreno Nieto, Carvajal, Rodríguez, Figuerola, Moret, Montero, Vidart, Pelayo Cuesta, Hinojosa, Sanchez Moguel, Pedregal, Labra, Valera, Rodríguez Correa, Nuñez de Arce, Rens y Bahamonde, el Padre Sanchez, Fuentes, Rodríguez San Pedro, Fliedner Puelma, Gonzalez Serrano, Lozano, Inigo, Bravo y Tudela, Fernandez Garcia, Graef, Muro, Simarro, Valle, Perrier y Amat, entre los cuales se cuentan no pocos que pueden considerarse como glorias de nuestra tribuna y de nuestra ciencia.

No es nuestro ánimo entrar en el examen de estos importantes debates; únicamente diremos que, así como en el

año anterior al que nos ocupa, el hecho culminante del Ateneo fué la aparición de las escuelas positivistas y críticas, el de este año, ya iniciado en épocas anteriores, ha sido la manifestación de la nueva democracia conservadora y templada, apartada ya de la tradición jacobina, inspirada en los últimos adelantos de la ciencia política, y dignamente representada por muchos y muy distinguidos oradores.

III.

Como dejamos dicho, tanto en la esfera de las ciencias como en la de literatura no ha sido muy abundante en trabajos de verdadero mérito el año último. Las traducciones son las que principalmente han hecho el gasto, observándose el buen síntoma de que, al lado de la plaga de novelas francesas que todos los años fatigan nuestras prensas, se han dado á la estampa versiones de obras serias é importantes, filosóficas, científicas y jurídicas, algunas hechas con gran esmero y lujo tipográfico. Las traducciones de la *Historia Romana*, de Mommsen; de la *de la Antigüedad*, de Máximo Muller; de los *Estudios sobre la historia de la Humanidad*, de Laurent; del *Origen de las especies*, de Darwin; de los *Conflictos entre la Ciencia y la Religión*, de Draper, y otras no menos importantes, muestran que se va despertando entre nosotros la afición á los estudios serios y que ya no se reduce nuestro alimento espiritual á folletines y novelas. Mucho es esto, sin duda, pero no basta para consolarnos de la notable desproporción que existe (en cantidad como en calidad) entre las publicaciones originales y las traducidas.

Tres escuelas filosóficas luchan hoy en España: la neoescolástica, la krausista y la crítico-positivista en sus varios matices, y ni una sola ha dado á luz una obra original de verdadera importancia, pues no podemos dar este nombre á los débiles engendros de ciertos escritores ultramontanos (como *La Inquisición*, de Ortí y Lara), á las colecciones de artículos de algunos krausistas (Giner y Azcárate), todos publicados anteriormente, y en su mayor parte ajenos á la filosofía pura; á las lecciones del señor Estarén sobre el positivismo, ni á algunos otros trabajos sueltos de escaso valor. Profundo dolor causa comparar esta pobreza con la fecundidad inagotable de Alemania, de Inglaterra y de Italia, que hoy marchan al frente del pensamiento filosófico.

No ha sido mayor el movimiento en ciencias morales y políticas. Los escritos publicados por el Sr. Alonso Martínez en las Memorias de la Academia que de aquellas se ocupan; algunos trabajos de los Sres. Azcárate, Giner, Pi Margull, Vizconde de los Antrines, Leon Serrano y Bernal, hé aquí todo lo que en esta materia se ha publicado, estimable sin duda, pero harto escaso para ser acabada representación de nuestra cultura política.

Más desafortunadas todavía las ciencias de la naturaleza, apenas han dado señales de vida entre nosotros. Algunas monografías publicadas en los Anales y Memorias de la Academia de Ciencias y de las Sociedades Antropológica, Geográfica y de Historia Natural; los repertorios de noticias científicas ó *Cronicones*, publicados por el señor Huclin; los escritos importantísimos del Sr. Echegaray, y los notables trabajos del Instituto Geográfico, honra de España, constituyen todo el contingente que á las ciencias positivas ha dado nuestra patria, que nunca se mostró en ellas á grande altura.

Algo más consolador es el cuadro que ofrecen los estudios históricos, eruditos, artísticos y críticos, siquiera tampoco se hallen en alto grado de prosperidad. Sin contar muchas y excelentes monografías publicadas en el *Museo de antigüedades* y en los *Monumentos arquitectónicos de España*, pueden considerarse como producciones importantes de estos géneros la monumental *Historia social, política y religiosa de los judíos de España*, del Sr. Amador de

los Rios, trabajo histórico-crítico, notable por la abundancia de sus datos, el interés de sus narraciones y la cordura de sus juicios; la rica *Bibliografía militar de España*, del brigadier Almirante, destinada á llenar un gran vacío en nuestros estudios bibliográficos; los valiosos trabajos del Sr. Borrell sobre las *Artes del dibujo*, tan notables por su fondo como por el lujo y mérito de su artística ilustración; algunas curiosas monografías históricas y literarias y colecciones de documentos, como la del Sr. Muro, sobre la *Vida de la princesa de Éboli*; la anónima sobre los *Últimos amores de Lope de Vega*, y algunas otras no menos importantes. A todo esto pueden agregarse varias publicaciones de tanta valía como la *Historia de Felipe II*, por Cabrera de Córdoba; las *Memorias de Matías de Novoa*, la *Relación de viajes de Quiros*, y otras, debidas á las diversas sociedades de bibliófilos establecidas desde hace muy poco tiempo en España.

En el orden de los estudios crítico-literarios no hay tantos motivos para congratularse, pues á excepción de un extenso trabajo sobre el *Teatro español*, debido al Sr. Álvarez-Espino, y de un erudito estudio sobre la *Poesía heroico-popular castellana*, del Sr. Milá y Fontanals, apenas se ha publicado ninguna producción crítica de verdadera importancia.

IV.

Si la bibliografía científica del año último ha sido tan pobre, la puramente literaria no ha sido muy rica. Triste es decirlo; pero con la única excepción de las novelas de los Sres. Perez Galdós y Valera, no ha visto la luz pública una sola producción poética de importancia. Campoamor y Núñez de Arce nada han producido; los demás poetas de nota se han limitado á publicar alguna composición suelta, distinguiéndose entre todas las de Fernandez Grillo y Alcalá Galiano: las del primero, por el nuevo y feliz rumbo que señalan en su inspirado ingenio; las del segundo, porque anuncian también nuevos progresos en ese jóven escritor de tantos méritos, cuya incurable holganza es un verdadero delito. No quiere decir esto que no se hayan publicado numerosos volúmenes de poesías y que no hayan aparecido algunos poetas nuevos; pero (con raras excepciones) poco hubiera perdido el arte con que los primeros no se publicarían y no aparecerían los segundos.

En el género novelesco sólo pueden mencionarse los *Episodios Nacionales*, del Sr. Perez Galdós, y sus dos preciosas novelas de costumbres: *Doña Perfecta* y *Gloria*, así como *El Comendador Mendoza*, de Valera. Muerto Fernán Caballero y entregado Alarcón al misticismo, solamente los dos novelistas citados continúan el movimiento progresivo que se había iniciado en este género.

Ni el teatro se ha librado de la decadencia general de la bella literatura en este año. Tal ha sido su degeneración y rápida ruina, que al cabo ha excitado la atención pública y movido á autores, artistas y críticos á pensar seriamente en remediar los males que le aquejan, tarea harto difícil, pues no hay procedimiento alguno para crear ingenios, y la falta de éstos es la principal y más grave enfermedad de nuestra escena.

Entre varias producciones que no pasan de la categoría de estimables, ni han obtenido otra cosa que lo que llaman los franceses *succès d'estime*, únicamente han descollado dos obras notables: *Cómo empieza y cómo acaba* y *Ó Locura ó santidad*, del Sr. Echegaray. En ellas, á través de monstruosas concepciones y errores incalificables, brillan los destellos de un genio desordenado, que ora se eleva á las alturas, ora se precipita en los abismos. Rotas á cada paso las leyes de la estética y del arte en tales producciones, la crítica retrocede espantada ante tamaños extravíos; pero al mismo tiempo no puede menos de reconocer que hay allí algo de grande y explicarse el entusiasmo, no exento de extrañeza, del público que acude presuroso á contem-

plarlas. Desgraciadamente, el Sr. Echegaray, á quien el retraimiento de los autores antiguos y la escasa fuerza de los nuevos ha deparado hoy el centro de la escena, ántes es maestro de corrupción y causa de decadencia para la dramática que modelo digno de imitarse y símbolo de futuros progresos.

Un importante acontecimiento registra la que pudiéramos llamar historia literaria del año. Nos referimos á la reaparición de Zorrilla, vuelto á la patria tras larga y por todos sentida ausencia, rodeado del prestigio que le dan á la vez su genio portentoso y su carácter verdaderamente legendario. Dos obras nuevas ha ofrecido á sus admiradores el inmortal poeta, obras que recuerdan sus buenos tiempos, y refrescando añejas memorias, parecen volvernos á aquella poética época del romanticismo, que ya nos parece sueño tan lejano como deleitoso. *La Leyenda de los Tenorios* es una de ellas, el *Legendario del Cid* la otra; y en ambas aparece, cual si para él no pasaran los años, aquel inimitable artista de la palabra, rey de los poetas legendarios y descriptivos, cuyos cantos son cuadros llenos de vida y de verdad, y tales que mejor no los pintarán ni Velazquez ni Fortuny, y en cuyos versos admirables la lengua castellana parece haber agotado todas sus riquezas y la poesía todos sus colores. Con júbilo inmenso ha acogido la patria al hijo preclaro que por tanto tiempo y con tan cruel insistencia la tuvo abandonada; y al escuchar de nuevo sus inspirados cánticos, pareciera sentirse rejuvenecida y volvió á germinar en su pecho la esperanza de que nunca se perderá en esta tierra de artistas la raza de los grandes poetas, de los que saben arrancar de su lira acentos que semejan notas perdidas de las celestes armonías y trocar la palabra humana en paleta de mágicos colores que reproducen con verdad pasmosa y encanto incomparable las maravillas de la naturaleza y las grandezas de la historia.

V.

Si del rápido é imperfecto bosquejo que acabamos de trazar no dudáramos alguna ensañanza, nuestro trabajo, limitado á satisfacer una pueril curiosidad, no tendría valor por cierto. Por eso, diseñado á grandes rasgos el cuadro que ofrece la historia científica y literaria de nuestra patria en el año último, importa que de los hechos sentados saquemos alguna consecuencia práctica.

De ilusos pecaríamos si en las conclusiones de nuestro trabajo hiciéramos gala de cándido optimismo, é injustos si en todo halláramos motivo de censura. Nogar que, á pesar del relativo desfallecimiento de las bellas letras, progresa nuestra cultura, sería cerrar los ojos á la luz. Lo que expuesto dejamos, prueba cumplidamente nuestro aserto. Pero fuera necio también desconocer el lado sombrío del cuadro y creer que nos hallamos en un periodo de prosperidad notoria.

Fuerza es decirlo, mal que pesé al patriotismo, que ciertamente ántes consiste en decir verdades provechosas, aunque amargas, que en adular el amor propio nacional. Con ser evidente el progreso de nuestra cultura, falta mucho todavía para que nos coloquemos al nivel de los pueblos adelantados de Europa. Pensamos algo, hablamos mucho, pero escribimos poco y leemos menos. No tenemos una filosofía original; profesamos escaso afecto á las ciencias positivas; descuidamos mucho los estudios históricos; carecemos de ideal artístico y poético; nuestro arte dramático vive apartado de las corrientes del siglo y sumido en notoria decadencia; nuestra producción novelesca es pobrísima; nuestro progreso científico y literario es tan lento, que por inmovilidad se tomara en cualquier país verdaderamente culto. Esta es la verdad; decir otra cosa ó engrandecernos recordando pasadas glorias, que cuanto mayores son, más nos afectan, es aumentar el mal que nos aqueja y evitar que se remedie, poniéndolo al amparo del orgullo nacional.

Hemos progresado en ciencia; pues hay gran distancia desde la España de hace veinte años, que no se ocupaba de filosofía y apenas sabía lo que eran ciencias naturales, hasta la España que expone á Krause, discute á Kant y á Hegel, lee á Darwin y posee verdaderas escuelas filosóficas y científicas, siquiera sean importaciones extranjeras. Pero ¿qué significan los debates de tres ó cuatro centros y la publicación de una ó dos obras notables en un año, al lado del pasmoso movimiento científico de Europa?

Contamos entre nosotros grandes poetas, notables novelistas y dramáticos insignes; pero ni los primeros son muchos, ni ménos los segundos, y los terceros se mueven dentro de rutinarias y convencionales fórmulas, ó se alimentan de malas imitaciones del extranjero, ó recurren á restauraciones arcaicas, ó (caso de ser genios) precipitan al teatro en los abismos de la exageración y del absurdo. Falta de ideal, y no muy provistos del sentido de la realidad, ni reflejan la sociedad en que viven, ni alcanzan á dar trascendencia á sus producciones, flores de un día, tan pronto marchitas como abiertas, que pasan por la escena sin dejar huella de su existencia.

Ese movimiento hácia la cultura, que hemos señalado, no pasa de la superficie del país. Una minoría escasa, concentrada en muy pocas poblaciones, es la única que en él se interesa; el resto de las gentes, sumida en la indiferencia ó la ignorancia, ó devorada por la fiebre política, apenas si se acuerda de semejantes cosas. Ayuda á esto, como hemos dicho ya, el mismo ingenio de los españoles, que (por más que parezca paradójico) serían más cultos si fueran ménos inteligentes. Su claro entendimiento y su viva fantasía quizá les apartan de la reflexion madura, y su nativa pereza les divorcia del estudio. Oradores y poetas por naturaleza, más devotos de la forma que del fondo, y más aptos para fantasear y adivinar que para reflexionar madura y tenazmente, parecen repulsivos el arte trascendente y la ciencia seria, y sólo buscan en el primero el dulce cántico ó la bella imágen que les recrean, y en la segunda la elocuente palabra del orador que deleita sus oídos con la música de nuestro hermoso idioma. Si á esto se unen ciertas preocupaciones tradicionales que cortan los vuelos al libre pensamiento, y la perenne agitacion política que mantiene al país en un estado de perpétua guerra, incompatible con el cultivo de las ciencias y las letras, que siempre fueron artes de la paz, fácil será comprender

á qué causas se debe la lentitud de nuestro progreso intelectual.

Pero estas tristes consideraciones no han de ser bastantes para que desmayemos en la noble empresa de proseguir con incansable celo la restauracion de nuestra cultura. Conocer el mal es el primer paso para remediarlo, y el sentimiento de nuestra inferioridad ha de ser parte, por tanto, para que procuremos concluir con ella y recobrar nuestra grandeza pasada. Iniciado, por fortuna, el movimiento, deber es de cada cual llevar su piedra al edificio comun y ayudar, en la medida de sus fuerzas, á que llegue aquél á su término debido. Por eso, al recorrer las páginas que dejamos escritas, el sentimiento de tristeza que de nosotros se apodera, no nos induce á desaliento. Antes al contrario, al ver que, aunque poco, hemos progresado, nos sentimos con nuevas esperanzas y mayores ánimos para continuar por el mismo camino. Si no pocas veces desesperamos del porvenir político de los españoles, no así del científico y literario. Hay en España sobrada aptitud para competir, dentro de la ciencia, en profundidad con los alemanes, en buen sentido con los ingleses y en claridad con los franceses é italianos. En medio del desfallecimiento de las bellas letras, todavía nuestros poetas son los primeros del mundo; é inútil es decir que no hay tribuna en Europa que con la española pueda compararse. Rivales de los italianos en fantasía y de los franceses en ingenio, dueños de una de las más hermosas lenguas y de una de las más brillantes literaturas del mundo, todavía podríamos hacer mucho si lográramos disfrutar de dos condiciones indispensables: la libertad y la paz. Si algun día reinan entre nosotros; si por ventura podemos vivir tranquilos y libres, España podrá recobrar, en el pacífico y neutral terreno de la cultura intelectual, el rango que, para desgracia suya, ocupó un día en el órden político. Pero si esto no sucede, si hemos de estar eternamente condenados á vivir en el oprobio de la servidumbre ó en la vergüenza de la anarquía, resignémonos á consumirnos en rápida é irremediable decadencia, triste lote de los pueblos que no aciertan á dirigir sus destinos ni á conservarse fieles á estos dos grandes principios: el culto de la propia dignidad y el respeto de la ley.

MANUEL DE LA REVILLA.

Julio de 1877.

LUIS ADOLFO THIERS.

Una muerte súbita, imprevista, ha arrebatado para siempre á M. Thiers, el 3 de Setiembre de 1877; el ilustre estadista residía temporalmente en Saint-Germain en Laye, cerca de Paris, y habiéndose sentido enfermo poco después de haber almorzado con excelente apetito, y á pesar de los cuidados que le prodigaron el amor de su familia y la ciencia de ilustrados médicos, falleció á las seis y media de la tarde, casi sin agonía. ¡Así se ha apagado una de las más claras inteligencias de nuestros días!

M. Louis Adolphe Thiers (cuyo retrato damos en la pág. 3, copia del elogiado cuadro de M. Leon Bonnat, que ha sido expuesto en el *Salon* artístico de Paris de 1877), nació en Marsella el 16 de Abril de 1797, y no fué mecido por cierto, dice Comenán, en el regazo de una duquesa; pero esto no impidió que el joven marsellés hiciera sus primeros estudios con notable aprovechamiento en el Liceo de su ciudad natal, y luego en la Universidad de Aix, de cuyas aulas salieron los Simpon y los Portalis, redactores del Código civil francés.

En 1820 M. Thiers era abogado, y tenía un verdadero amigo que no le habia de abandonar hasta su muerte, M. Mignet: los dos rendian apasionado culto á las letras y á las artes, y el primero escribió un doble *Eloge de Vauban*, que ganó por la Academia de Aix.

En 1831 llegó á Paris, y su compatriota Manuel le presentó en la redaccion del *Constitutionnel*: allí, aunque tratado al principio desdeñosamente por los principales redactores de este periódico liberal, bien pronto fué considerado como el hombre necesario del mismo periódico; y á la vez, en una modesta habitación de la rue du Harlay, donde vivia con Carrel y Méry, M. Thiers escribía su *Historia de la Revolución francesa*, cuya primera parte dió al público en 1827.

La fundacion del periódico *La National* fué motivada por la subida del Príncipe de Polignac al poder: á las célebres Ordenanzas de Carlos X los periodistas liberales respondieron con una protesta famosa, que redactó M. Thiers firmándola el primero, con sus amigos Mignet y Armand Carrel; y durante la sangrienta lucha en las calles de Paris, si el valeroso publicista no empuñó el fusil como tantos otros, secundó con la palabra y la pluma todas las disposiciones que se adoptaban en la reunion orleanista que á la sazón se celebraba en casa del banquero Jacques Laffitte, y fué despues comisionado para dirigirse á Neuilly con el objeto de decidir al Duque de Orleans á fundar una nueva dinastía.

La gran carrera política de M. Thiers comenzó entónces, con la revolucion de 1830.—Consejero de Estado y Secretario general de Hacienda con el baron Louis; diputado á Cortes; subsecretario de Hacienda cuando M. Laffitte tomó á su cargo esta cartera ministerial, con la presidencia del Consejo de Ministros: tales fueron los primeros pasos de Thiers en la carrera del Estado.

Bajo la administracion de M. Casimir Perier organizó el famoso Centro izquierdo, que no debia abandonar jamás el programa de Julio, la alianza del orden con la libertad, y en Octubre de 1832, siendo ya Ministro del Interior, M. Thiers hacia arrestar á la Duquesa de Berry, mientras las tropas francesas pasaban la frontera de Bélgica y tomaban á viva fuerza la ciudadela de Amberes.

Al fin del mismo año fué Ministro de Comercio y Obras públicas, y á su iniciativa se deben los caminos estratégicos de la Vendée; en 1834 volvió á ser Ministro del Interior, y reprimió energicamente la insurreccion de Abril; en 1835 se hallaba al lado de Luis Felipe I, cuando estalló en el boulevard del Temple la máquina infernal de Fieschi, que no hirió al Rey y

mató al mariscal Mortier; en 1836 fué Presidente del Consejo y Ministro de Negocios Extrañeros, cayendo del poder en 25 de Agosto del mismo año; otra vez recobró igual posicion oficial en 1.º de Marzo de 1840, y entónces, despues del previsor decreto para construir las fortificaciones de Paris, abandonó definitivamente el poder, en 29 de Octubre, á M. Guizot, que estaba predestinado para conducir á su ruina la monarquia de Luis Felipe de Orleans, en Febrero de 1848.

No dejaba entre tanto M. Thiers el cultivo de las letras: en 1833 fué elegido dos veces Miembro del Instituto; trabajaba en su *Historia de la Revolución*, y publicaba en 1845 los dos primeros tomos de su *Historia del Consulado y del Imperio*, cuya obra no estuvo concluida hasta 1860.

La revolucion de 1848 no interrumpió la carrera parlamentaria de este eminente orador: él formó parte de la Asamblea Constituyente, y luego de la Legislativa, y cuando advino que el príncipe Luis Napoleon Bonaparte, presidente de la República, tenía otras miras más elevadas, fué el primero que pronunció aquel famoso grito de alarma: «¡El Imperio se hace!»—No se le escuchó, pero en Diciembre de 1851 Luis Napoleon triunfaba y M. Thiers era encerrado en Mazas y despues desterrado de Francia.

Elegido diputado en 1863, combatió la política exterior del Imperio con un buen sentido admirable, y reclamó la libertad con poderosa elocuencia: entónces fué cuando pronunció su célebre discurso acerca de las libertades necesarias.

Desde el 4 de Setiembre de 1870, la vida pública de M. Thiers es conocida de todas las personas medianamente ilustradas: negociada y oficioso de la paz, Presidente de la República, sus aspiraciones se resumian en el vivo deseo de la liberacion del territorio y en una política interior caracterizada por su tendencia á alejarse de la derecha parlamentaria, y aun del centro derecho, para dirigirse indefectiblemente hacia la izquierda.

A su muerte era el jefe reconocido del partido republicano radical.

El entierro de su cadáver se verificó el 8 de Setiembre, en el cementerio del Père Lachaise, en Paris, y una inmensa muchedumbre de amigos y adversarios, todos reunidos alrededor del féretro por un sentimiento de profunda pena, acompañó hasta su postrera morada los restos mortales del gran ciudadano, cuyos servicios al Estado y cuyo noble patriotismo pesarán más seguramente en la balanza de la justicia que sus propios errores políticos.

La numerosa comitiva salió de la iglesia de Notre-Dame-de-Lorette, y siguió por la calle de Igualombre y la de Le Peletier y los *Boulevards* hasta la de la Roquette; llevaban las cintas del féretro los Sres. de Sacy, de Cissey, Vuitry, J. Simon, Grévy y el almirante Pothuau; á los lados y detras del carro fúnebre marchaban los miembros de la familia, los senadores, los diputados, los académicos, el consejo general del Sena y varios individuos que llevaban innumerables coronas de siemprevivas y las condecoraciones del ilustre difunto; seguian las diputaciones de Saint-Germain, de Belfort y de Auzin, con estandartes y coronas mortuorias; cerraban la marcha las tropas de Ordenanza.

Cinco discursos fueron pronunciados en el cementerio por los citados Sres. Grévy, Simon, de Sacy, Vuitry, el almirante Pothuau, en los cuales se reseñaron sucintamente los principales servicios que habia prestado á la Francia el ilustre estadista.

Por todo lo no firmado.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA POR LA EMPRESA DE

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

ÁLTUM POÉTICO ESPAÑOL.—Por los señores Marqués de Molina, Hartzembusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Gilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarria, Larraig, Alarcon, Trucha, Hurtado y Duque de Rivas.—Un tomo, 4.º mayor.—8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

VÁRIAS OBRAS INÉDITAS DE CERVANTES.—Sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el Quijote.—Por D. Adolfo de Castro.—Un tomo, 8.º mayor francés.—8 pesetas.

DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO.—Por D. José Selgas (segunda edición).—Un tomo 8.º mayor francés.—3 pesetas.

COSAS DEL VIA.—Continuación de las *Delicias del nuevo Paraíso*.—Por D. José Selgas (tercera edición).—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

ESCENAS FANTÁSTICAS.—Por D. José Selgas.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

MARI-SANTA.—Por D. Antonio de Trucha.—Un tomo 8.º mayor francés.—4 pesetas.

AMORES Y AMORÍOS.—(Historietas en prosa y verso).—Por Don Pedro Antonio de Alarcon.—Un tomo 8.º mayor francés.—4 pesetas.

EL MATRIMONIO.—Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del académico señor don Aureliano Fernandez-Guerra.—Por D. Joaquin Sanchez de Toca.—Edición reformada.—Dos tomos 8.º mayor francés.—8 pesetas.

LA CUESTION DE ORIENTE.—Por D. Emilio Castelar.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA.—Por D. Emilio Castelar (tercera edición).—Un tomo, 8.º mayor francés.—6 pesetas.

RECUERDOS DE ITALIA.—(Segunda parte).—Por D. Emilio Castelar.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

GUÍA ILUSTRADA DE MADRID.—Con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital.—Por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios.—Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

CUARENTA SIGLOS.—Historia útil á la generacion presente.

—Por D. Anselmo Fuentes.—Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

PRINCIPIOS GENERALES DEL ARTE DE LA COLONIZACION.—Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos.—Por D. Joaquin Maldonado Macarez.—Un tomo en 4.º.—6 pesetas.

RETÓRICA Y POÉTICA, ó LECTURA PRECEPTIVA.—Por D. Narciso Campillo y Correa.—Catedrático numerario de la misma asignatura en el Instituto del Noviciado en Madrid.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS POLLAS.—Por D.ª Francisca Sarasate.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

DISQUISICIONES NÁUTICAS.—Por el capitán de navío, D. Cesáreo Fernandez Duro.—Un tomo, 8.º mayor.—6 pesetas.

LETRA MENDAZ.—Por D. Manuel del Palacio.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS MADRES.—Por D.ª Maria del Pilar Sinués.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS DAMAS.—(Estudios acerca de la educacion de la mujer).—Por D.ª Maria del Pilar Sinués (Segunda edición).—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

LA VIDA ÍNTIMA.—EN LA CULPA VA EL CASTIGO.—Por doña Maria del Pilar Sinués.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.—(1.ª y 2.ª parte).—Por D.ª Maria del Pilar Sinués.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

EL COMENDADOR MENDOZA.—Por D. Juan Valera.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

DE MADRID Á MADRID, DANDO LA VUELTA AL MUNDO.—Por D. Enrique Dupuy de Lôme.—Un tomo 8.º mayor francés.—4 pesetas.

CRONICON CIENTÍFICO POPULAR.—Revista y repertorio para todos.—Por D. Emilio Huelin. *Bienio segundo*: en dos tomos. Se vende cada uno á 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias, en la Administracion de *Epidios nacionales*, calle del Barco, 2.—En Ultramar y extranjero fijan el precio los libreros.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

DIRECTOR PROPIETARIO: D. ABELARDO DE CARLOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable Revista publica en sus páginas, no sólo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino tambien cuantos monumentos artísticos y notables existen en España.

Cada número consta de 18 páginas gran folio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen se publican suplementos, gratis para los señores suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas, y la edición, tan lujosa como las mejores de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	MADRID.	PROVINCIAS Y PORTUGAL.	EXTRANJERO.
Un año. . . .	Pesetas. 35	Pesetas. 40	Francos. 50
Seis meses. .	» 18	» 21	» 26
Tres meses. .	» 10	» 11	» »

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Sale á los dias 8, 15, 22 y 30 de cada mes, y en un año forma un hermoso volumen de más de 2.000 columnas gran folio, de elegida lectura, conteniendo sobre 3.500 grabados intercalados de las más recientes modas y de labores propias de señoras; 48 figurines acabados en acero ó timbales con colores finos; dibujos de tapicería; 24 patrones tamaño natural, con más de 1.000 modelos de trajes; grandes hojas de dibujos para bordados; selectas piezas de música moderna para canto y piano solo, etc., todo lo cual constituye un **PRECIOSO ALBUM**, digno de ocupar un lugar preferente en el gabinete de la aristocrática familia y en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	1.ª EDICION.		2.ª EDICION.		3.ª EDICION.		4.ª EDICION.	
	Madrid.	Prov. y Portugal.	Madrid.	Prov. y Portugal.	Madrid y Provincias.	Madrid y Provincias.	Madrid y Provincias.	Madrid y Provincias.
	Pesetas.		Pesetas.		Pesetas.		Pesetas.	
Un año. . . .	37,50	40,00	28,00	30,00	20,00	20,00	15,00	
Seis meses. .	19,00	21,00	14,50	16,00	10,50	10,50	8,00	
Tres id. . . .	10,00	11,00	7,50	8,50	5,50	5,50	4,25	
Una id. . . .	3,50	4,00	2,50	3,00	2,00	2,00	1,50	

En suscribiéndose á ambos periódicos por 1878 se obtiene la rebaja de 25 por 100 en el precio del de la MODA ELEGANTE ILUSTRADA por obsequio que la Empresa hace á las Señoras y Señoritas.

Los pedidos de libros ó de suscripciones deben dirigirse al Administrador de la ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, Carreras 12, Madrid, acompañados de su importe.



1032974



AÑO XXXVII

1878



LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.
indispensable en toda casa de familia

La empresa remite prospectos y números de muestra
gratis a las Señoras que deseen conocer la publicacion